



El viajero sin corazón

Miguel Ángel Fecé-Allué

El viajero
sin corazón

Miguel Ángel Fecé Allué

Título original:

El viajero sin corazón

© Miguel Ángel Fecé Allué

Diseño de portada: Gōng

Maquetación: Gōng

1ª edición: 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Marta, para mi familia y también para todos los que viajan
sin corazón.

AGRADECIMIENTOS

A Jorge y Gabriel, por ser los primeros en leerla y ayudarme tanto a corregirla. Sois muy grandes.

A todos los que me disteis consejos, los siguiese o no, y a aquellos que me contasteis vuestras historias de corazones rotos para que me ayudasen a componer esta obra.

Por supuesto a ti, lector, espero que te guste.

ÍNDICE

[Poitiers](#)

[París](#)

[Caminos](#)

[Viena](#)

[Ginebra](#)

[Regreso a Francia](#)

[La isla de la bruja](#)

[Mar Mediterráneo](#)

[Memphis](#)

[Véncia](#)

[Epílogo](#)

POITIERS

I

Ninguna estrella cayó del cielo el día que Mischoll nació. No estaba predestinado a grandes cosas, no ceñiría corona, ni cambiaría la historia de la humanidad. No hubo ningún eclipse ni la Creación detuvo su avance mientras él tomaba el primer aliento. Solo era un pequeño ser rosáceo que lloraba como todos los demás, una de las pequeñas maravillas del mundo luchando por respirar. Su llanto rompió la frialdad de las afueras de Poitiers en una oscura noche estrellada. La comadrona lo dejó en las manos de su progenitor, que lo sostuvo con la torpeza de los padres primerizos; después lo dejaron sobre su madre y él se relajó con el calor exhausto que esta desprendía.

Los días pasaron y pronto fue patente que se trataba de un niño fuerte y sano, así que los padres perdieron algunos de los miedos que en aquella época acompañaban a los alumbramientos y pudieron disfrutar del pequeño ser y el

calor que proporcionaba al interior de sus pechos el contemplarlo.

La infancia de Mischoll transcurrió feliz, con más alegrías que muchas otras y menos sinsabores que la mayoría. Siempre recordaría el calor del sol sobre el campo de mies, las olas de trigo acariciadas por el viento y el olor del pan cocido en el horno de la cocina familiar, molido en el viejo molino de su abuelo cuyas aspas giraban al mismo ritmo que el devenir de los días. Tuvo la suerte de vivir en un cruce de caminos donde las principales avenidas que confluían hacia París eran recorridas por un sinnúmero de gentes, muchas de las cuales pernoctaban en la pequeña hospedería regentada por sus padres que se erguía cerca del molino.

Allí el niño conoció a multitud de personas, mercaderes y buscavidas en su mayor parte, viajeros que de manera periódica hacían ese camino, aquellos que ilusionados viajaban hacia la ciudad, o los que habiéndose enfrentado ya a ella recorrían el camino contrario con los hombros bajos y el paso lento.

Hizo amistad con el envarado húsar quien recorría el camino una vez a la semana y que se mostraba sobrio y orgulloso con todos menos con él, al que incluso le dejaba tirarle de los enormes bigotes. Era un hombre importante que llevaba cartas aún más importantes, un correo de los tiempos del Emperador que permanecía anclado en las antiguas maneras; saludaba breve y cortésmente a sus padres y siempre tenía su sitio reservado desde el que pedía lo mismo. Sin embargo tenía mano con los niños y a menudo traía una golosina o una historia para hacer la delicia de los jovencitos que hubiese en el salón. Todos se sentaban a escucharle y Mischoll ocupaba siempre un buen lugar en las primeras filas.

Era un niño curioso y despierto, una esponja para todos los conocimientos que podía atesorar. Aprendió secretos femeninos de las damas que recorrían el camino rumbo a París lanzando miradas cargadas de un sentido que él no comprendía a los que pasaban por este mientras descansaban. A sus padres no les gustaban aquel tipo de mujeres, le prohibían que hablase con ellas y a

menudo le encargaban muchas tareas para que estuviese ocupado cuando ellas llegaban, lo que las dotaba de un aura de misterio e interés que hacía que buscarse cualquier ocasión para escapar a verlas. Ellas le recibían con carantoñas, juegos y algún dulce que salía de sus bolsas.

También estaban aquellas que volvían de la urbe, normalmente las sonrisas de estas eran más tensas y no se compartían en sus ojos y que a veces olían como la oscura bodega llena de barricas de la alquería. De ellas aprendió frases que no repetía delante de sus padres porque, aunque no sabía qué significaban, podía imaginarse una idea que le producía una sensación traviesamente agradable, como picantes cosquillas en el alma.

Pasaron los años tan lentos y suaves como los días de un largo verano sin preocupaciones. Mischoll pasó de niño a muchacho, y con la celeridad de la época pronto fue considerado un adulto, entrando en esa época llena de misterios y preguntas para las que nadie está preparado. Además, para complicar aún más la historia, no tardó demasiado en aparecer el amor.

Ella llegó a su vida a lomos de un caballo acompañada de un caballero; pasaron un noche en la hospedería en la que Mischoll trabajaba y él marchó sin mirar atrás quedando ella de la mano del nieto del molinero.

¿Cuál era su nombre? No importa, pues esta no es su historia y si tratase sobre ella o incluso sobre ambos no tendría este título ni probablemente estaría escrito, pues sería una historia tan común como la mayoría y a la vez tan única como todas. ¿Qué es lo que importa sobre ella? Que trastocó al joven Mischoll, que le hizo sonreír como jamás lo había hecho, que le enseñó a pensar con el corazón, que le mostró como vivir para otra persona y le mostró el lado más dulce del amor.

Correremos aquí un velo por el tiempo que ambos compartieron, pues sólo a ellos incumbe. ¿Vivieron juntos un mes o un año? ¿A quién importa? Baste decir que su felicidad fue perfecta.

O eso imaginó él.

II

Jamás olvidaría aquel despertar en una de las últimas mañanas de verano. Notó como los pájaros más madrugadores comenzaban su canto mientras los primeros rayos del sol asomaban por la ventana. Sintió la fuerza volviendo a sus miembros y cómo el sueño se alejaba. También notó el vacío a su lado en el lecho.

Al principio pensó que todo iba bien ¿Qué podía hacer? Tal vez si sospechase lo que pasaba no hubiese tenido fuerzas para terminar de despertar, pero lo que había ocurrido era algo tan inconcebible para él que ni siquiera pasó por su cabeza. Se levantó dispuesto a comenzar las pequeñas labores de la hospedería y preparado para robarle un beso en cuanto la encontrase. Ella solía madrugar más que él y le ayudaba con las tareas de la mañana o la encontraba leyendo una de sus pequeñas novelas con los primeros rayos del sol y una vela consumida al lado.

Bajó las escaleras y se alertó al encontrar el piso de abajo a oscuras. Abrió las ventanas y se asomó todavía ciego a aquello que le había ocurrido. Fue entonces cuando sintió el primer escalofrío al no verla en el patio. Salió a la calle y se alarmó aún más al no escuchar la dulce canción que le gustaba tararear todas las mañanas. El camino hacia los establos fue lo más duro que había hecho hasta la fecha y cuando vio que el caballo de ella no estaba sintió un dolor tan fuerte en el pecho que cayó al suelo incapaz de mantenerse en pie.

Le costaba respirar así que se abrió la camisa y al hacerlo sus dedos notaron algo extraño en su torso, algo que retorció su carne y nunca había estado ahí. Bajó la mirada y se encontró con una enorme herida a un lado de su esternón, donde se adivinaba un hueco oscuro y vacío allí donde debería estar el corazón.

Sus padres lo encontraron en el mismo lugar donde había caído, contemplando la puerta del establo por donde ella se había marchado, arrodillado en el suelo y sujetándose la horrible herida de su pecho con las manos engarfiadas y las mejillas arrasadas de calientes lágrimas. Su madre, con la sabiduría que tienen algunas mujeres, lo entendió todo y se agachó para abrazarle. Entonces Mischoll fue verdaderamente consciente de que se había ido y que se había llevado su corazón con ella. El joven no pudo aguantar tanto dolor así que el desamparo lo envolvió haciéndole sentir que el mundo era una fiera tormenta y él una pequeña hoja zarandeada de un lado a otro. Por piedad terminó desmayándose.

Su padre, un hombre sencillo, consiguió levantarlo y arrastrarlo de nuevo a la cama mientras su madre se apretaba las manos llena de preocupación. Llamaron a un médico que vino desde Poitiers y, para cuando llegó, el joven aún no había despertado. Era un hombre mayor, acostumbrado a los sencillos problemas que la vida en el campo causaba en la salud como huesos rotos, fiebres, infecciones o los males de Venus en el caso de los más libidinosos. Apareció sobre un cansado mulo y cuando la madre le explicó con apresuradas palabras lo ocurrido mientras el padre atendía a los pocos clientes que habían ido atraídos por la situación, puso mala cara pensando que había sido víctima de una broma. Como le gustaba pensar, era la época de la ilustración y del maravilloso trabajo de la *Encyclopédie*, pero en el mundo rural a veces tenía que soportar semejantes muestras de superstición. Finalmente, por la insistencia de la mujer, terminó desobedeciendo su primer impulso de volver a subirse a su mulo y regresar a casa a la partida de cartas que había dejado a medias y ascendió gruñendo por la escalera de la hospedería para ver al muchacho con mal de amores.

Todas sus palabras de molestia se desvanecieron de su boca en cuanto vio la herida que el muchacho tenía en el pecho. El doctor, empírico hasta la médula, la observó con cuidado largo rato conteniendo la respiración y después tanteó los bordes de la herida mientras la madre de Mischoll escondía el rostro en el hombro de su marido. Incluso haciendo caso omiso de las inconscientes quejas del paciente llegó a meter el dedo dentro de esta para cerciorarse de su existencia, como cierto discípulo había hecho hacía ya tanto tiempo en las llagas de su maestro.

—No lo entiendo —terminó confesando—, pero su hijo debería estar muerto. No se puede vivir sin corazón.

—Pero está vivo —constató el padre, que aunque no había leído la Encyclopédie ni sabía nada de empirismo, confiaba en lo que veían sus ojos, los cuales observaban perfectamente alzarse el pecho de su retoño.

—Pero no debería estarlo —insistió el médico tozudo masajeándose las sienes y buscando una explicación racional.

—¿Se puede hacer algo? —le preguntó sosteniendo con fuerza a su esposa deshecha en llanto.

El doctor pensó largo rato hasta que llegó a una conclusión. Por muy extraño que fuese todo aquello era obvio que Mischoll seguía vivo y era su paciente. Lo atendería como debía hacerlo según su juramento hipocrático o no podría volver a llamarse médico.

—«*En cualquier casa donde entre, no llevaré otro objetivo que el bien de los enfermos*» —recitó para sí, y después habló más fuerte—. *Haré lo que haría en cualquier otro caso: lavaré la herida y la coseré. Después esperaremos a que muera.*

Y eso hizo. En sueños el muchacho se quejó de las puntadas y el doctor pidió un fuerte licor, no para su paciente sino para él. Cuando hubo terminado se retiró con el padre para terminar la botella en silencio y la madre cubrió el tullido pecho de su hijo con un lienzo blanco. Aguardó a su lado durante horas rezando todas las oraciones que sabía hasta que se terminaron y entonces empezó de nuevo una y otra vez hasta que cayó dormida. Había caído la noche cuando notó que en la oscuridad una mano buscaba la suya.

Mischoll había abierto los ojos. Lo siguiente que hizo fue abrir la boca y preguntar.

—¿Donde está ella? ¿Por qué me ha hecho esto?

Pero no supo qué responderle.

III

Mientras los amaneceres se iban sucediendo, el vacío dentro de Mischoll se hacía más y más grande; tanto que sus padres se hicieron a la idea de que no viviría mucho más. Respecto a él mismo, es difícil entender la mente de alguien que ha perdido su corazón recientemente. Baste decir que creía que ese mismo vacío acabaría por tragarle, engullido en la oscuridad y la agonía de su soledad pues nadie podía entenderle ni ayudarle. Apenas comía y solo salía de la cama cuando era necesario, lo que normalmente implicaba cambiar unas sábanas que olían a dolor y miseria humana.

El médico venía a verle cada día. Maravillado por encontrarle vivo exploraba los puntos que había aplicado y después negaba con seriedad mientras auscultaba su silencioso pecho con expresión circunspecta, incapaz de encontrar el menor latido. Su madre apretaba las manos sobre el suyo propio donde latía un corazón herido por los padecimientos de su hijo. Si hubiese podido se lo habría regalado, partido como lo tenía al ver la expresión de agonía con que él tornaba el rostro apartando la mirada, buscando la distracción de un sombrío rincón de la habitación, incapaz de enfrentarse a la visión de la herida que había en sus carnes.

Los días continuaron pasando, medidos por el joven mediante las visitas del doctor entre los agradecidos períodos de inconsciencia que le libraban del suplicio, hasta que tras una de ellas, un mes después de aquella fatídica mañana, el doctor suspiró, guardó su instrumental con sus delgados dedos en

el maletín y mirando al paciente por encima de sus anteojos anunció:

—Si no ha muerto hasta ahora, no lo hará.

La expresión de alivio de sus padres contrastó con el enorme dolor que provocaron esas palabras en el hijo quien, aunque no se había atrevido a manifestarlo, había visto en la muerte el final de aquella agonía. Una vez se puso en pie el doctor miró por la ventana, al norte, pasando la misma mano izquierda de largos dedos con la que le había auscultado por sus cabellos claros como un improvisado peine que masajease una idea.

—La mejoría se encuentra fuera de mi conocimiento, pero he leído de un cirujano en París que ha estudiado los corazones y es una eminencia en este campo. Les dejaré las señas.

Y tras escribirlas en una hoja de papel el doctor salió de sus vidas con paso rápido. Ciertamente era que se creía un hombre empírico, pero que los hechos se opusiesen a su forma de pensar y conocimientos le turbaba en grado sumo. Prefería volver a la medicina rural, a los cómodos esguinces y huesos rotos, las quemaduras y las espaldas torcidas donde él conocía los males y los remedios y no había nada que lo asustase ni retase sus conocimientos.

Mientras su madre acompañaba al doctor a la salida, su padre se quedó allí, incómodo, viendo cómo su hijo se abrochaba con torpeza la camisa evitando bajar la mirada a sus manos. El respingo que dio cuando sus dedos rozaron la piel de su pecho lo sobrecogió.

—Iremos a París; tal vez ese médico sepa lo que ocurre e incluso pueda ponerte otro.

Mischoll no lo miró. Terminó su desagradable tarea y volvió a tumbarse, de lado, dándole la espalda, mirando por la ventana. El padre aguardó unos instantes, después salió satisfecho procurando cerrar la puerta con suavidad

tras él y por primera vez en semanas sonrió, pues había escuchado a su hijo murmurar.

—Tal vez...

Al despertar al día siguiente su madre supo que algo había cambiado. Lo notó con esos sentidos que sólo las madres tienen y de los que es difícil hablar pues no están sujetos a las leyes de la lógica. Corrió hacia la habitación de su hijo y el corazón le dio un vuelco cuando descubrió que este no estaba en el lecho. Oyó un ruido en el piso inferior y bajó corriendo, temiéndose lo peor.

Sin embargo, lo que encontró fue muy diferente y mucho más esperanzador de lo que su mente había imaginado; a los lados de la chimenea se apilaban troncos de leña recién cortados para el cercano invierno, el suelo relucía y un delicioso olor surgía de la cocina.

Al acercarse con paso cauto vio a su hijo atareado en los fogones y le habló como si fuese un pajarillo al que acabase de descubrir y no quisiese asustar temiendo que de un momento a otro el sueño terminase y se encontrase aún en la cama.

—Hijo, ¿te encuentras bien?

Mischoll sacó una sartén del fuego y después la miró.

—Estaba preparando el desayuno.

Y al decir esto sonrió. No fue una gran sonrisa, para ojos expertos apenas lo parecía realmente. Pero al fin y al cabo lo era y alegró a la mujer, pues indicaba que aquel cuerpo sin corazón seguía albergando el alma de su hijo.

La gente del pueblo celebró la recuperación del muchacho, aunque a partir de entonces lo trataron con frialdad y algo de distancia ya que no entendían cómo alguien podía vivir sin corazón y temían lo que podía haber cambiado una persona que lo hubiese perdido. Si Mischoll se dio cuenta de ello no lo demostró y se centró en las labores que le exigía la hospedería mucho más de lo que lo había hecho antes.

Era el primero en despertar, tanto que muchas veces el viejo gallo que saludaba la mañana lo hallaba ya fregando los suelos y limpiando todo lo que había quedado del día anterior de tal forma que los clientes más madrugadores lo encontraban todo perfecto, el desayuno preparado y los caballos alimentados y peinados.

También era el último en ir a dormir y esperaba a que los postreros parroquianos se marchasen para echar la llave y cerciorarse que los restos del fuego se apagaban como debían, lo que le agradecían sus cansados padres que así podían dormir antes. También era cierto que los nocturnos bebedores no gozaban de su compañía ya que pocas veces hablaba el joven más que para responder preguntas y atender peticiones y preferían con mucho la presencia del padre, mucho más dicharachero.

Sin embargo, bajo aquella marea de actividad el dolor no se había apaciguado ni un ápice. Procuraba estar siempre ocupado, siempre cansado y dormir lo menos posible, pues el refugio de los sueños no era tal para él y los recuerdos le asaltaban en sus momentos de inconsciencia, donde la veía de nuevo, reviviendo los momentos que habían pasado juntos, los besos que se habían dado y los planes que habían hecho y que ya jamás podrían ser. En el fondo vivía una vida de mentiras; fingía encontrarse bien, haciendo muecas que parecían cada vez menos sonrisas y que engañaban cada vez menos a los demás, esforzándose en el trabajo para que su mente no pudiese pensar, forjando así un escudo para protegerse del dolor de un corazón robado. Todo aquel esfuerzo hizo que pronto la posada fuese conocida como la mejor por todos los que iban a París y disfrutaban de una estancia muy agradable, solo

ensombrecida por el callado espectro del camarero de ojos tristes que parecía estar consumiéndose poco a poco.

Pasaron los días, las semanas, los meses y el alivio que sentía su madre fue extinguiéndose al corroborar cómo la mejoría de su hijo no era sino un teatro. Mischoll vivía en un mundo de silencio. Apenas hablaba, ni siquiera con ellos ni con los conocidos viajeros que se hospedaban y con los que antaño se había mostrado tan locuaz. El joven que antes había sido un pozo de preguntas, un aprendiz de todo aquello que se le pusiese delante, dotado de una curiosidad perpetua, ahora solo trabajaba y mantenía la boca cerrada salvo para lo más elemental, volcado en un mundo interior que no le era en absoluto grato. Y ella comprendió que su hijo era un muerto viviente. Que un hombre sin corazón está condenado a una vida de tristeza, pues con el pecho vacío sería un autómatas sin nada que impulsase su alma.

Así pues debía salir al mundo y recuperar su corazón, o al menos, encontrar un sustituto para dar propósito a su existencia.

Una mañana en la que la primavera comenzaba a anunciarse en el frío amanecer de Francia, la pareja se sentó a hablar de su hijo creyendo que este no podría escucharles.

El padre tenía delante aquel olvidado papel que les había dado el doctor con las señas de un cirujano de París mientras su esposa manifestaba en voz alta aquello que había guardado tanto tiempo en su interior.

—Tenemos que llevarle. No puede seguir más tiempo así.

— Pero está vivo —contestó él, mesándose la barba.

Ella negó con la cabeza.

—Apenas lo está. La tristeza se ha llevado casi todo lo que es.

Él asintió, mirándose sus grandes manos callosas. En su fuero interno lo sabía, siempre lo había sabido, pero era necesario que, como todas esas cosas que conocemos pero no queremos aceptar, se lo dijese con sencillas palabras.

—De niño fui a un museo de autómatas. Mi abuelo me llevó a verlo: un hombre de hojalata escribía palabras en un rollo de papel, otro jugaba al ajedrez y ni el más listo de los visitantes pudo ganarle, otro tenía barba de latón y cortaba troncos con un hacha. Hombres sin corazón que sólo hacían aquello para lo que estaban hechos sin pensar en el futuro, sin esperanza, sin vida...

Las manos de la pareja se juntaron sobre la mesa estrechándose con un cariño que solo pueden dar los años de vida en común.

—Venderemos la hostelería y nos mudaremos a París, allí...

Siguieron hablando durante un rato de unos planes que no se cumplirían nunca, pues Mischoll que volvía de buscar agua al pozo los había oído desde el otro lado de la puerta.

A la mañana siguiente, de la misma forma y a la misma hora que unos meses atrás, su madre volvió a despertar con angustia en el corazón. De nuevo sentía que algo había pasado y la sensación era todavía más ominosa que la anterior.

Mischoll no se encontraba en su habitación, lo que no era raro en los últimos tiempos, pero ni de abajo ni de fuera llegaba el sonido de su trabajo, así que se abrigó y bajó las escaleras. No lo encontró en toda la hostelería. Salió al aún frío aire de la mañana, miró en el tajo pero no estaba cortando

leña. Recorrió el camino hasta el pozo, pero no había ni rastro. Una urraca graznó al norte y ella miró en esa dirección sintiendo un doloroso presagio.

Con paso lento volvió al interior para encontrar a su marido sentado en el mismo lugar en el cual el día anterior habían mantenido su conversación, con los ojos clavados en una carta que no necesitó leer para saber qué decía.

«Queridos papá y mamá...

Lo siento.

He tenido que marcharme. Ayer oí cómo hablabais de París y del cirujano y cómo queríais vender todo lo que tenéis, pero no puedo permitirlo. Iré sólo. Habéis cuidado demasiado ya de mí.

Podría vivir toda la vida en la hospedería, pero como dijo papá, eso haría de mí un autómata; le debo a mi antiguo yo tener un corazón.

Todos estos días acaricié la idea de perseguirla, seguir su rastro y exigirle que me devolviese lo que es legítimamente mío, pero aún la amo y sé que no podría enfrentarme a ella sin caer arrodillado.

Así que iré a París y hablaré con el cirujano. Volveré cuando tenga un corazón en el pecho y sea una persona completa.

Vuestro hijo que os quiere.»

IV

Mischoll afrontaba el camino sintiendo que en su interior habitaba la esperanza por primera vez desde que ella se había marchado llevándose su corazón. La mañana era luminosa y nada turbaba su mente, centrada en un camino que desde niño había visto recorrer a un río de gente, tanto rumbo a la ciudad como volviendo de ella. Ahora él mismo marchaba por aquella ruta evitando pensar en las expresiones de los que volvían.

Sabía que no podía ser tan fácil, pero la preocupación que había oído en la voz de sus padres y su decisión de abandonar por él todo aquello que habían construido juntos le había abierto los ojos. Se había contentado con una vida tan vacía como su pecho, con ver pasar los días sin percatarse del dolor que causaba a sus padres y gracias a escuchar aquella conversación el día anterior había apartado el velo de sus ojos y se había dado cuenta que aquello no debía durar. Su alma podía soportar la autodestrucción pero no el causar daño a otros mediante esta, ni el obligarles a renunciar a todo lo que habían conseguido en su vida por él.

Lo cierto es que el propio camino tenía algo que atenuaba el dolor. Los pasos sin que el horizonte dejase adivinar todavía el destino, el limpio viento de los campos que hacía bailar olas de mies, el giro de las aspas en los molinos al son de este... todo ello incitaba a pensar en el presente dejando atrás el pasado y no considerar el futuro que parecía ser tan lejano como irrelevante.

Durante el camino recordó su infancia, el amor y gozo de reencontrarse con la naturaleza, el no mirar más allá del momento actual, las piedras bajo los pies y la hierba acariciada por un viento que seguía meciendo las palas de los molinos igual que lo habían hecho cuando era un niño mientras las blancas nubes competían entre ellas por ser la más veloz.

Intercambiaba pocas palabras con aquellos con los que se cruzaba, las personas alegres le generaban gran ansiedad, sobretodo aquellas que llevaban su misma dirección. Dormía en postas del camino que le hacían recordar la hospedería de sus padres y sentir un aguijonazo de añoranza, o cuando no quería relacionarse con nadie, en la misma cuneta bajo la brillante noche estrellada y sentía paz. Al amanecer recordaba el dolor pero reflexionaba sobre los beneficios de alejarse, del efecto curativo del tiempo y la distancia.

Pues en el fondo sabía que aquel bienestar era una nueva trampa igual que lo había sido el exceso de trabajo en su hogar. Se sentía bien porque se maravillaba del camino y las experiencias que le ofrecía pero tenía miedo de cuando este terminase y dejase de ser Mischoll, el viajero con un propósito, para ser de nuevo un simple hombre al que le habían robado el corazón.

Un día antes de llegar a París a su espalda apareció una ruidosa carreta. Estuvo tentado de alejarse, perderse entre los árboles y volver al camino cuando se hubiesen alejado, pero una punzada de orgullo lo mantuvo allí, alejó la hosquedad de su rostro e hizo acopio de voluntad para levantar la mano y saludar. Desde el pescante le devolvió el gesto un pequeño hombre cuya gran sonrisa contrastaba con su aspecto pálido y delgado.

—¡Bien hallado, viajero! —exclamó el conductor con tono pomposo—, los hados bendigan este encuentro.

La cabeza de una mujer robusta asomó desde el interior del carro, lanzó al

hombrecillo una mirada recelosa y después evaluó a Mischoll tras lo cual la sustituyó por un cálido asentimiento.

—Buenos días —contestó el joven, notando cómo las palabras raspaban en su garganta debido a la falta de uso.

El conductor le arrojó un odre de vino.

—Demasiado polvo en el camino, ¿eh?

Mischoll dio un tiento al dulce vino y le sonrió.

—Demasiado —notó cómo al calor de la bebida la lengua se soltaba—, ¿queda lejos París?

El hombre recogió el odre de nuevo y le tendió una mano al tiempo que dejaba libre un hueco en el pescante junto a él.

—Apenas a unas leguas, al medio día la veremos y por la tarde entraremos en ella. Ten la bondad de subir y haznos compañía.

Por un momento dudó, al lado de la madre ahora asomaban tres pequeñas cabecitas tímidas: un retaco de pelo corto que llevaba un pequeño sombrero, tenía cara de pilluelo y pronto perdió el interés en él y sus dos hermanas, una rematada con una cabellera dorada y otra con una simpática coleta negra a un lado. Los curiosos ojos de aquellas pequeñas eran enormes y le contemplaban con fijeza, pozos de inocencia infantil que él había perdido con su corazón.

Sintió el viejo dolor en el pecho como si la desgarradora herida volviese a abrirse. Por un momento todo se puso negro y volvió sentirse pequeño en medio de un torbellino, todo el beneficio de su viaje se había perdido en la nada, enfrentado a la mirada escrutadora de dos pequeñas niñas y una familia feliz que buscaba una vida nueva.

Estaba en el suelo y notó unas fuertes manos sosteniéndole, después se sintió izado, sin fuerzas para oponerse. Las mismas fuertes manos le colocaron sobre el carro y recorrieron su cuerpo abriéndole la ropa para facilitarle la respiración. Por encima del parloteo excitado oyó un respingo que se coló entre la tormenta que le gobernaba.

—*¡Sacre bleu! Mira su pecho, ni en Waterloo vi heridas así.*

—¡Oh, dios mío! —exclamó una voz femenina que Mischoll supuso era la de la madre— déjalo en paz y tíralo del carro. Me da que a este ya le han robado lo suficiente.

Le habían soltado la ropa y quitado las botas lo que le ayudó a respirar mejor. Comenzó a ver un poco del mundo que le rodeaba, las expresiones de miedo de la pareja, al pequeño y a la niña rubia que se escondía atemorizada tras las faldas de su madre y a la morena con la expresión de sorpresa de una inocente que no entendía que le ocurría.

Con manos temblorosas Mischoll se abotonó la camisa evitando mirar los estragos de su pecho. Sus ojos permanecían tercamente clavados en el cielo y no vio cómo la chiquilla de pelo negro se acercaba.

—¡Aléjate, Eponine! —exclamó la madre enfadada y asustada a la vez pero la niña estaba absorta con él.

—¿Te duele?

Mischoll asintió sin decir palabras y una lágrima cayó por sus mejillas; la pequeña se sentó a su lado y sujetó su mano entre las suyas, diminutas y gordezuelas. Aquel contacto tranquilizó el dolor.

El conductor del carro le miraba con sus botas a un lado de sus propios

pies y algo de compasión en aquellos ojos oscuros. Se acicaló pensativo el bigote antes de hablar.

—A mí también me hirieron, ¿sabes? Fui sargento en la batalla de Waterloo al servicio de su majestad imperial. Metralla en el pecho. Por suerte teníamos buenos médicos. ¿Vas a París a ver a uno?

—Así es.

—Te llevaremos — y con expresión culpable acercó de una patada sus botas—. Lo lamento.

Como aún estaba encerrado en su mundo, Mischoll no entendió a qué se refería.

PARÍS

I

—Bienvenido a París, Monsieur Mischoll— exclamó el conductor del carro que durante el trayecto se había presentado como el señor Jordrette.

Había hablado bastante, la mayoría habían sido quejas sobre el estado de la nación y la gloria pasada de esta, así como la mala memoria y lo desagradecida que era Francia para los patriotas como él. Mischoll, que sabía poco sobre eso, le habló de dónde había crecido y al enterarse de que sus padres eran poseedores de una hostelería, el señor Jordrette le había comentado que él también había sido el propietario de una a la que ,según dijo, la mala suerte y la situación del país había arruinado, quedándole sólo lo único que había podido sacar de ella y llevaba cargado en el carro, lo que venía a ser su mujer, los tres pequeños y apenas unos muebles descascarillados, junto a un ceño fruncido y dolor de espalda.

—Al fin llegamos a París, la ciudad de las oportunidades, donde el Emperador puso un techo de oro a sus fieles soldados pero desde entonces hemos caído en oprobio. Es triste lo mal que trata este país a sus veteranos de guerra; mirad la situación en la que me encuentro: un sargento de Waterloo herido por cumplir su deber y abandonado por la misma patria que él contribuyó a hacer un imperio.

El hombre terminó bruscamente su perorata al percatarse de que el joven no le escuchaba, mirando como estaba la entrada a la ciudad con la boca abierta. Realmente estaba admirado, un muchacho como él estaba acostumbrado a las grandes praderas, al lejano horizonte y ver apenas una veintena de personas al día. No había podido siquiera imaginar la magnitud de una urbe como París. La gente bordeaba la carreta sin saludarles ni mirarles siquiera, el bullicio era tan alto que resultaba casi atronador, y las palabras de su acompañante se perdían en aquel pandemónium.

Los guardias que controlaban el acceso apenas les dedicaron una mirada cuando entraron y ya en el interior de la ciudad se despidió de la familia Jordrette; aquel hombre con aspecto de ratoncillo, su oronda esposa de perenne ceño fruncido que apenas había pronunciado palabra salvo para quejarse y sus tres hijos. La pequeña Eponine se acercó a él y le dio un largo beso en la mejilla, dedicándole una sonrisa cargada de sabiduría infantil que ahondó en su vacío.

Encontró por un módico precio un pequeño cuarto en la buhardilla de un edificio que regentaba una ancianita. Apenas era más grande que el suyo en la hospedería y tenía sólo una diminuta ventana pero desde ella se podía ver un mar de tejados, una visión que por insólita le resultaba irresistible.

Paseó por la ciudad sorprendido por todo lo que veía; tras cada paso encontraba una nueva maravilla pero no podía evitar pensar en que no las disfrutaba como lo habría hecho en el pasado. Sentía que contemplaba el

mundo sin participar en él, como un mero observador que veía desde fuera del ti vivo cómo los demás se divertían. Sin darse cuenta dirigió sus pasos hacia la *rue de la grande Truanderie que jamás había gozado de buena fama en la ciudad. Era un lugar de vividores, donde terminaban los que no tenían nada por lo que luchar y por ende no deseaban pensar en el futuro pero sí olvidar el pasado. Era inevitable que gravitase hacia allí y se condujese a una de las tabernas más oscuras.*

Las gentes tenían turbias miradas cuando se acodó en la barra pero pronto las monedas entregadas al tabernero suavizaron sus facciones y la hosquedad y el mal ambiente se diluyeron debido a los efectos del licor.

Volvió a su casa con la mente en brumas, mientras en sus oídos aún resonaban las carcajadas de los desposeídos, producto desenfrenado de la falsa camaradería que el alcohol había creado. Aquella noche no le costó dormir al llegar al catre y no despertó hasta bien adentrado el mediodía y tras comer con pocas ganas en la cocina de la viejecilla, encaminó sus pasos de nuevo hacia la taberna donde se había embriagado la noche anterior.

II

Los días pasaron conforme Mischoll se perdía cada vez más en el laberinto para el alma que eran aquellas calles. Cada amanecer lo pasaba narcotizado, vencido por el alcohol y la vida bohemia desenfrenada, rendidos los sueños y los recuerdos. En cuanto comenzaba a sentirse mejor salía a la calle y recorría el camino hacia aquellos lugares donde los tragos podían engañar a un hombre desesperado, embelleciendo hasta el punto de hacer creíble la falsa amistad que podía encontrarse allí.

Su ropa se tornó más ajada, por primera vez en su vida se dejó crecer la barba y sus ojos brillaban, pero no por lo que había en su interior ya que estaba vacío. A pesar de ello no se preocupó pues el dolor de su pecho estaba abotargado y pocas veces se encontraba lo suficientemente sobrio como para notarlo.

Tuvo varios trabajos y los perdió, pues su único objetivo en ellos era conseguir unas monedas para seguir pagando su catre y bebida. En sus primeros días se le habían acercado algunas trabajadoras del barrio esperanzadas por ver una cara nueva, pero él las había rechazado en silencio, atesorando los tiernos recuerdos de entrega que tenía hacia la única mujer que había amado, la ladrona de su corazón, y también teniendo miedo de la expresión de repulsa que supondría su pecho desnudo, por muy profesional que fuese la mujer que contratase.

Recordaba a sus padres. Escribió varias cartas cargadas de mentiras sobre su vida en París, cartas que terminó quemando en la solitaria vela de su pobre habitación, pues lo que había escrito en ellas contrastaba demasiado dolorosamente con la realidad. Les había escrito sobre gentes amables y trabajos honrados, del sueño profundo tras una jornada de esfuerzo y las maravillas que había visto en las limpias calles de la ciudad. Incluso se atrevió a inventarse a una costurera, una joven agradable que le había zurcido una camisa y con la que habría tomado un delicioso chocolate en la terraza de un café.

La realidad era distinta, no quedó escrita, y por desgracia tampoco ardió. Las gentes eran rudas, dispuestas a aprovecharse de los otros y muy diferentes de aquellas que había conocido en la hospedería. Al poco había entendido el porqué de la diferencia de las alegres chicas que viajaban a París trocadas en las cónicas que volvían de allí. Los trabajos que debía realizar en la ciudad en pocas ocasiones eran honrados y muchos se hacían al amparo de la noche donde las autoridades no podían verlo. Las más de las veces, para acallar su conciencia y dolor, gastaba sus beneficios en emborracharse y así conciliar un sueño con el cerebro envenenado por el alcohol. Algunos de estos trabajos requerían que fuese a los barrios ricos bien entrada la noche y algunos de sus nuevos compañeros, pues Mischoll era lo suficientemente honesto consigo mismo y se negaba a usar la palabra «amigos» con ellos, lo necesitaban para vigilar las calles mientras ellos entraban a desvalijar una casa. El resto del tiempo lo pasaba en los peores barrios, donde no debía de dar más de una veintena de pasos para encontrar un tugurio en el que beber. Por supuesto el «delicioso chocolate» que mentaba en su carta fue un asqueroso ron un día que se sintió generoso e invitó a una prostituta antes de decidirse finalmente a rechazar sus servicios.

Unos meses después, en un momento de lucidez, escribió otra en la que les pedía ayuda pero cuando la hubo terminado se vio reflejado en el agrietado espejo de su cuartucho, el único adorno que la vieja que le arrendaba le había dejado cuando se retrasaba con el pago y aquella misiva también corrió la misma suerte que las que había escrito pocos días antes de su llegada.

Finalmente volvió a sentarse y les envió unas líneas en las que les hablaba del viaje y de dónde se hospedaba ahorrándoles lo demás. No escribió mentiras pero tampoco puso el alma en las palabras así que poco consuelo fue para sus padres.

«Queridos mamá y papá:

Espero que os encontréis bien a la recepción de esta carta y gocéis de tan buena salud como yo.

El viaje a París lo realicé en el tiempo estimado y, disfrutando de buenos cielos y caminos, me uní a un grupo de personas con las que entré en la ciudad y con las que ahora convivo.

Son buenas gentes y ahora comparto con ellas hospedería; yo duermo en una pequeña buhardilla y me acuesto mirando el mismo cielo que veía en casa. Es curioso cómo las luces de la ciudad hacen que las estrellas se vean tan diferentes.

Vuestro hijo que os quiere»

Aquellos fatuos días de humo y alcohol pudieron haberse perpetuado toda la vida de no ser por un pequeño paseo que acometió una mañana en la que el alcohol había sido un peor consejero de lo habitual. En uno de los antros que frecuentaba había encontrado a uno de sus compañeros de juergas quien le había invitado a dar un golpe en una mansión del Montmartre. Era algo sencillo: entrar y robar la plata, y él solo tenía que vigilar desde la calle pero no contaban con el insomnio del dueño que había bajado a oscuras al piso inferior a tomar una copa de coñac con la que conciliar el sueño y, al subir más contento ya las escaleras, se encontró con los sorprendidos rateros. Sus gritos alertaron a todo el vecindario y pronto se organizó una persecución. Fruto de la experiencia los perseguidos se separaron y Mischoll se perdió en la noche. Demasiado asustado y borracho como para pensar racionalmente, terminó buscando un lugar tranquilo donde pasar el resto de la noche como uno de los mendigos que dormían junto al Sagrado Corazón. Varias veces lo vieron alguno de los guardias pero como no corría y su aspecto se asemejaba al de uno de los mendigos que poblaban las calles, siguieron su carrera sin hacerle caso.

El amanecer lo encontró en la escalinata de la basílica sentado sobre un peldaño de piedra, atesorando las últimas gotas de aquella petaca con la que había acostumbrado a acompañarse cuando una joven pintora colocó allí su caballete y comenzó a esbozar la magnífica vista de la ciudad.

Mischoll la miró fascinado por primera vez en mucho tiempo mientras la artista trazaba sobre el lienzo un dibujo de París con maestría. Era bonita, de eso no había duda, y sus gestos tenían tanta determinación que evocaban una belleza clásica de la que, tan concentrada estaba en su labor, no era consciente. Grabó en su mente la leve arruga de su frente cuando fruncía el ceño, el cómo se mordía la comisura del labio mientras pensaba en la composición, cómo la luz del amanecer se reflejaba en su largo cabello recogido en una coleta en la que había varios pinceles clavados como horquillas orientales.

Por primera vez en días lo poco que quedaba de licor se derramó por la larga escalinata mientras el tiempo pasaba. Los caminantes más madrugadores se acercaron a contemplar el avance de la obra pero él sólo podía contemplarla a ella.

Las horas fueron pasando y el círculo de observadores creció tanto que quiso acercarse para poder verla sin ambages pero dudó, avergonzado de su aspecto abandonado fruto de sus visitas a los peores barrios. Finalmente, cuando hubo reunido el valor suficiente para acercarse, descubrió que ella plegaba ya el caballete y marchaba con aquel lienzo sin terminar pues la luz había cambiado demasiado.

¿Qué sintió Mischoll al verla marchar?

Vacío. Un vacío que había aprendido a conocer y que durante un tiempo había llenado con alcohol, con noches de diversión vacua y que ahora la visión de aquella artista había drenado de nuevo obligándolo a enfrentarse a sus desoladores efectos.

Por un momento pensó en ahogar aquella sensación acudiendo de nuevo a la vacía petaca, abandonada en los escalones tras él y en la que seguro quedaba al menos un gota de alivio, pero se aferró a la sensación que había experimentado al verla trazar las primeras líneas de su dibujo. No, aquel no era el camino. Había probado el trabajo y también la narcótica evasión pero había bastado el dolor de unos padres para mostrar lo vacío del primero y el fuego de una muchacha para dejar de encontrar placer en lo segundo. Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, durmió en su cama alejado de las nieblas en las que se ocultaba de sus propios sueños.

El día siguiente lo encontró de nuevo en los escalones del Sagrado Corazón, pero esta vez no se encontraba sentado y medio borracho habiendo

pasado la noche allí porque su mermado intelecto no sabía volver a casa, sino que había madrugado, saliendo con paso firme y objetivo en la mente. Esperaba a la pintora y ella no tardó en acudir a aquella extraña cita que ignoraba. Volvió a extender su caballete con esos gráciles movimientos que a él le resultaban casi hipnóticos, se sacó un pincel del cabello y reanudó la labor donde la había dejado el día anterior.

El tiempo discurrió igual que lo había hecho la mañana anterior y al alzarse un poco más el sol y ser horas más prudenciales, volvió a reunirse un grupo de observadores tras ella aunque esta vez Mischoll estaba entre ellos, observando cómo plasmaba París en aquel lienzo.

El chasquido cuando volvió a plegar su caballete lo despertó de su ensueño demasiado pronto, o al menos eso le pareció a él, perdido como estaba en el baile del pincel, la expresión de concentración y la sonrisa tenue y maravillosa que la borraba cuando conseguía convertir aquello que sus ojos veían en parte del cuadro de una forma que le satisfacía.

Esta vez ella se giró y sonrió con timidez a la multitud antes de marcharse y aquella sonrisa acompañó a Mischoll todo el día.

Así transcurrieron los días mientras ella continuaba pintando y él se embebecía de sus movimientos, contento simplemente por estar cerca de ella. Era poco, de seguro escaso, insuficiente para cualquier persona normal, pero demasiado para un hombre al que habían robado su corazón. Por las noches meditaba sobre su cobardía. Algunas afortunadas personas se acercaban y hablaban con ella y Mischoll los observaba con envidia, incapaz de reunir el valor para acercarse un par de pasos siquiera.

Todo continuó de esta forma hasta que una mañana, una semana después del día que la vio por primera vez, el cuadro estuvo terminado. Todos los asistentes contuvieron el aliento mientras ella daba una lenta última pincelada. Mischoll notaba el aire arder en los pulmones, pues llevaba más tiempo

haciéndolo que los demás, casi desde que la expresión de concentración de ella se acentuó sabiendo que el fin de la obra estaba cercano.

La joven pintora se apartó y contempló el lienzo. La gente guardó un respetuoso silencio.

Finalmente guardó su pincel en la larga coleta y asintió.

Una entusiasmada ovación reinó en las escaleras del Sagrado Corazón. El joven aplaudió hasta que le dolieron las manos, expresando con ellas todo lo que no podía decir con palabras. La artista, algo cohibida ante aquel público, saludó con una pequeña y maravillosa sonrisa que quedaría grabada por siempre en su memoria, y varios se acercaron para comentar el fruto de su destreza mientras el resto se marchaban pues la historia había terminado para ellos.

Mischoll esperó. Esperó hasta que aquellos admiradores se marcharon uno tras otro, esperó hasta que no quedó nadie, sólo ella y él. Esperó mientras la joven recogía todo y contemplaba una vez más su creación comparándolo con el original. Esperó mientras ella le miraba con aquella media sonrisa que él ya sabía hasta dibujar. Y esperó mientras ella bajaba las escaleras alejándose de él para siempre.

Cuando estuvo solo la cobardía se retiró pues había cumplido su objetivo dejando lugar al arrepentimiento que se adueñó del vacío de su pecho con un dolor desgarrador.

Necesitaba un corazón, necesitaba volver a amar.

El recuerdo de todo lo demás que aconteció ese día quedó oculto por las brumas del lacerante suplicio que se infligió a sí mismo, pero el amanecer del día siguiente volvió a encontrarlo fiel a su cita en la escalinata, dispuesto a enfrentarse a la dolorosa ausencia. Tenía que hacerlo, por mucho tormento que

entrañase, pues aquel dolor le indicaba que no podía ignorar la herida y debía buscar un sustituto para su corazón.

En su bolsillo, apretado y doblado, estaba el papel con la dirección de aquel cirujano que durante meses había olvidado y que aquella misma mañana había vuelto a recoger.

III

Mientras caminaba hacia allí, leyó el arrugado papel una y otra vez. La tinta se había esparcido pero la dirección y el nombre estaban claros. En su paseo descubrió nuevos matices en la ciudad que al principio le parecieron extraños, pero pronto cayó en la cuenta que no era la urbe quien había cambiado sino él. No se había fijado en los alegres pilluelos que recorrían las calles con sus juegos de madera, ni en las mujeres que vendían en los puestos otras cosas que no fuesen sus cuerpos y su tiempo; tampoco se había fijado en la gente que se saludaba en la calle espontáneamente sin que mediase la camaradería del alcohol en el estómago. La ciudad era más bonita de lo que le había parecido en todo el tiempo que llevaba allí y siempre lo había sido, aunque él no había podido verlo.

Incluso los barrios eran diferentes ahora que se alejaba de aquellos donde había transitado en sus excursiones tras el olvido etílico. Los edificios estaban mejor conservados, las calles eran más amplias, los árboles no tenían aspecto enfermizo y llegó a apreciar la belleza de un mundo que no requería estar borracho para aguantarlo. Por un fugaz momento rememoró lo hermoso que le había parecido ver los árboles bailar al son del viento en la hospedería de sus padres.

Se sintió extraño caminando por aquellas calles tan limpias y cívicas, él que había crecido con solo el horizonte y los bosques como límite y que la mayor parte de su tiempo en la ciudad lo había pasado perdido en las nieblas

del alcohol de los barrios más populares y abigarrados. Por primera vez fue consciente de lo estropeado de su ropa, lo imperioso de su caminar, lo descuidado de su barba y lo sucio de sus zapatos.

Un par de policías le miraron con expresión de sospecha cuando encontró por fin la calle y el portal. Era un buen sitio para pasear pero se encontraba tan fuera de lugar que cada instante era desagradable. Por fortuna tenía un destino al que ir y la imagen de la pintora en su mente animaba sus pasos, algo que hacía demasiado que no le ocurría.

La puerta estaba sobre unas pequeñas escaleras y Mischoll tuvo que apartarse ya que salía una señora sujetando la correa de un perrito apenas más grande que los cachorros con los que había jugado en su infancia en la hospedería. El animal le ladró y gruñó con agudeza hasta que su dueña dobló la esquina con paso apresurado tirando de la pequeña alimaña, temiendo que aquel desgarrado y mal vestido personaje pudiese hacer algo a su querida mascota.

Se plantó frente a la puerta y contuvo el aliento. Bajó la mirada e intentó ajustarse las ropas para adecentar el desastre de su aspecto. Después soltó el aire y llamó a la puerta. Esperó unos largos instantes mientras el ruido de unos leves pasos acercándose llegó desde el otro lado de esta. Una muchacha con una cofia coronando sus bucles castaños abrió la puerta y le lanzó una mirada evaluativa con su grandes ojos marrones.

—Imagino que no tiene dinero —le dijo volviendo a mirar sus ropas—
¿Es su caso interesante?

—Supongo que sí.

—¿Cuánto? —Parecía sinceramente interesada—. Si no es algo extraordinario el doctor no lo verá.

Mischoll tomó aliento y después preguntó.

—¿Alguna vez le han robado el corazón?

Ella lo miró sin entender. Mischoll esperó.

—Claro —contestó al fin—, supongo que a todos nos ha pasado; pero no veo por qué debería contárselo ni que tiene que ver eso con...

—A mí me lo robaron literalmente —le interrumpió el joven.

La enfermera lo miró a los ojos intentando saber si decía la verdad. ¿Quién sabe lo que vio en ellos? Lo cierto es que pasado unos momentos asintió lentamente antes de abrir la puerta.

—Acompáñeme.

Aquel doctor parecía un búho sabio. Era bastante corpulento y no sacaba las manos de los bolsillos de su batín, lo que le daba el aspecto de que si se inclinaba a un lado terminaría bamboleándose. También tenía una larga barba y patillas abultadas rodeando una pequeña nariz, la cual sostenía unos anteojos que lo miraban curiosos.

La enfermera le explicó lo que el joven le había dicho y en el rostro del médico se mostró el desprecio y la incredulidad.

—No me gustan las bromas.

—No es ninguna broma.

—¿Y cómo se supone que perdió el corazón?

Mischoll se encogió de hombros sin saber muy bien qué decir.

—No conozco el procedimiento, solo se que desperté sin él. Ella se lo llevó.

—Entiendo, es una metáfora. Debo informarle que en esta misma calle encontrará varios literatos que podrán ayudarle mucho mejor que yo. Y unas calles más allá también hallará a unas jovencitas muy animosas quienes, si bien no le darán su corazón, por un módico precio harán que se olvide de sus problemas por un rato. Emma, acompáñele a la puerta.

La mujer dudó retorciéndose las manos.

—Realmente creo que debería auscultarle, doctor.

El búho clavó su mirada en ella y pareció ver algo que Mischoll no entendió. Después se encogió de hombros, abrió un cajón de su escritorio y recogió un estetoscopio de su interior. Se acercó al joven ajustándolo entre el pelo de sus enormes patillas donde se escondían sus orejas y lo colocó en el pecho, sobre su camisa. Pasaron unos largos instantes y los ojillos tras las gafas se abrieron de par en par con interés.

—No puede ser posible —musitó buscando en vano el latido por todo su pecho.

Mischoll permaneció en silencio esperando que se cerciorase, notando con cada segundo la falta de un latido en su ausente corazón. El médico buscó durante largo rato hasta que se rindió y dejó el estetoscopio sobre la mesa, después se dejó caer en el gran sillón y recolocó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Así que es cierto que ella se lo llevó, ¿cómo es eso posible? —preguntó

con voz baja más para sí que para los demás.

—Esperaba que usted pudiese contármelo —contestó Mischoll sin moverse.

El doctor búho pareció meditar en su sillón.

—No lo sé, nunca he visto nada así. Leí que existen venenos que pueden ralentizar el latido hasta hacerlo imperceptible, pero no parece el caso.

Mischoll negó con tristeza.

—Ojalá fuese eso, pero realmente me falta el corazón. El médico que me atendió en mi hogar me dijo usted que podría ayudarme.

Salvo con sus padres no había hablado de aquello con nadie más y dudó un tiempo con la garganta repentinamente muy seca. Miró en derredor con la esperanza de ver algo que beber pero no había nada en aquel ordenado despacho y el doctor, ajeno a sus problemas, le miraba con aquellos ojos curiosos y agrandados a través de las lentes, exhortándole a continuar. Luchando contra todos sus instintos levantó la mano hasta el pecho cuidando mucho de no tocarlo.

—Era mi primer amor, el único que he tenido. Desperté una mañana y a mi lado había un vacío en el lecho y también en mi pecho. No sé cómo lo hizo, fue todo tan repentino que ni siquiera sentí que ocurriese. Ahora ya no me duele la herida que el médico de Poitiers me cosió, sólo la ausencia que ella dejó en mi interior.

El rostro del doctor adoptó una expresión boquiabierta pero pronto la fría curiosidad científica se impuso.

—Tengo que verlo —declaró mientras señalaba una camilla bastante

grande.

Mischoll se acercó a ella y se sentó con incomodidad.

—Tumbese, vamos, no sea tímido.

Pero no era la timidez lo que impedía que se recostase. Sentía un profundo desagrado por mostrar su pecho y su cicatriz a aquel desconocido y, por un momento, la idea de marcharse de allí, volver a las calles y huir entre las nieblas del alcohol, dominó su cabeza, pero el recuerdo de aquel cuadro bajo el sol del Sagrado Corazón mientras la pequeña pintora lo terminaba le mantuvo en el sitio y poco a poco fue tumbándose sobre la fría superficie dejando su pecho al descubierto.

El doctor había estudiado hasta la extenuación los cuerpos de los hombres pero poco sabía de sus mentes y almas así que, sin entender su aparente renuencia, se inclinó impaciente sobre él. Los largos dedos de sus manos palparon el pecho alrededor de la herida por la que le habían extraído el corazón y él reprimió un escalofrío manteniendo la mirada obstinadamente clavada en las manchas de humedad del techo, incapaz de enfrentarse a lo que estaba ocurriendo.

—Sorprendentemente profesional —reconoció el doctor— aunque la hechura de la extracción es algo irregular ¿Puede decirme algo más sobre quien lo hizo?

Mischoll se hizo consciente que desde aquel día que había despertado solo en la hospedería de sus padres y descubierto la herida jamás había pronunciado su nombre. Permaneció callado hasta que unos dedos se enlazaron con los suyos en un cálido apretón; levantó la mirada y vio el rostro amable de la enfermera, Emma, a su lado mirándole con simpatía e instándole a hablar.

El joven tragó saliva y comenzó a hablar apresuradamente, sin pensar demasiado en sus palabras, que surgieron de lo más profundo de él sin pasar por su mente para que no doliesen. También porque de esa forma se aseguraba que serían la verdad que guardaba en su interior sin poder maquillarlas con mentiras o falsedades aceptables.

—Ella era perfecta para mí. Perderla fue el dolor más desgarrador que he sentido nunca y a veces preferiría estar muerto. Por eso llevaba bebiendo desde que llegué a París hasta que el otro día vi una talentosa pintora que me hizo sentir algo parecido a lo que sentí cuando la vi a ella la primera vez. Era inteligente y agradable, misteriosa y divertida. Cada día me despertaba a su lado creyendo que la conocía completamente y cada día descubría que estaba equivocado cuando descubría una nueva faceta maravillosa de su personalidad. Me hizo promesas de amor eterno y deseé pasar toda mi vida con ella y poder cumplir todos sus deseos. Recuerdo su voz y su risa, recuerdo el movimiento exacto que hacían mis brazos para abrazarla y el perfume de sus cabellos al acostarnos. Yo era feliz a su lado y todavía no entiendo lo que ocurrió, pero sé que me importa más el porqué que el cómo.

Calló pero aun quedaba una cosa más por decir y no quería dejarla dentro.

—Supongo que era perfecta para mí, pero yo no lo era para ella.

Ahora sí guardó silencio definitivamente. Había dicho todo lo que guardaba en su interior y no le quedaba nada. El doctor y la enfermera miraban en su dirección, pero Mischoll se dio cuenta que no le estaban viendo a él, sino a algo o alguien de sus pasados. Finalmente el doctor búho se quitó las gafas y limpió sus cristales con un pañuelo de su solapa, murmurando.

—Supongo que ninguno lo somos.

La mano de Emma volvió a apretar la suya cálidamente. En su rostro había una sonrisa triste. Mischoll se levantó y se abrochó la camisa de aquella forma torpe en que lo hacía para no tocarse el pecho. El doctor lo observó guardando

silencio unos largos instantes, después guardó el pañuelo y sacó un reloj de bolsillo de su chaleco que consultó.

—Venga mañana al salir el sol, haremos unas pruebas.

Mischoll durmió aquel día con algo parecido a la esperanza y despertó tan pronto como los días que iba a contemplar el trabajo de la artista en el Sagrado Corazón. Antes del amanecer la ciudad era diferente, menos poblada, más dada a los secretos e incluso en aquel barrio podía verse gente diferente, caminando sin duda rumbo al trabajo en las mansiones donde servían. Subió los escalones, llamó a la puerta y esta vez el propio doctor le abrió llevándole a su consulta sin hacerle esperar. Allí le pidió que se quitase la camisa, lo que él realizó renuente, como siempre, con la vista clavada en el techo para evitar mirar su pecho herido. Tanto ese día como los siguientes se sucedieron un sin fin de pruebas. El doctor utilizó fríos aparatos de hierro contra su piel mientras observaba su cronómetro. Después miró en silencio alguno de sus enormes tomos largo rato. Mientras tanto Mischoll permanecía en la camilla con el torso desnudo tanto tiempo que pudo memorizar todas las líneas y nudos del techo de madera. Una hora después el doctor comenzaba a atender a sus clientes regulares y el joven volvía a las calles con cada vez menos energía.

Durante una semana fue a la consulta del doctor, un hombre de ciencia que siempre intentaba hallar el razonamiento de todo lo ocurrido en el mundo, hasta que este renunció a continuar con sus pruebas anunciando lacónicamente:

—No puedo explicarlo.

Mischoll sintió clavarse aún más profundamente las gélidas garras del desamparo.

—No busco explicación, quiero una solución.

El doctor se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Sus pequeños ojos miopes intentaron enfocarle y entre susurros le habló de un colega suyo, un genio brillante que, según le constaba, en el pasado había tenido problemas por demostrar interés en casos tan extraños como el suyo. Esto había ocasionado que le expulsasen de la universidad de Ingolstadt y viajase a Viena a terminar su formación. Se trataba del joven doctor Einstein que hacía años afirmaba que podía sustituir las partes dañada de la gente.

Escribió una carta para que se la entregase cuando fuese a verlo y tras ello se despidieron. Cuando una afligida Emma cerró la puerta tras él, el médico lo observó marchar desde la ventana. Era un buen hombre y deseó que hallase lo que buscaba en Viena.

CAMINOS

I

Mischoll salió de París con buen paso aunque su ánimo se encontraba más retorcido que su rumbo. Había pensado que el doctor solucionaría su problema, pero lo único que había conseguido era incomodidad y una esperanza lejana similar a aquella con la que había llegado pues tenía las señas de un médico al llegar y ahora marchaba con las de otro. Se encaminó a Viena pero la frustración no tardó en hacer mella en su ánimo y como la mala e insidiosa consejera que era, le recomendó tomar otro rumbo ¿No sería más fácil buscarla a ella? ¿Encontrar a la mujer que había amado, que sin duda aún amaba y que amaría toda la vida y exigirle que le devolviese su corazón?

Así que se desvió de su trayecto y vagó por las grandes rutas preguntando en las hospederías que sembraban los caminos y también a los viajeros que los recorrían por la ladrona de su corazón sin conseguir el menor resultado.

Terminó hablando con tanta gente que pronto fue parte de los comadreo y rumores de los caminos y la mayor parte de la región conocía la descripción de la dama; incluso hubo algunos que le dieron direcciones de mujeres que se acercaban a esta, las cuales resultaron ser pistas falsas y una vez las siguió terminó descubriendo que en nada se parecían a ella. Pronto, tal vez con acierto, corrió el rumor de que estaba loco y la gente se alejaba de él e incluso reaccionaba con violencia a su presencia, así que tomó la costumbre de acercarse únicamente a los viajeros solitarios, aquellos de los que podía huir fácilmente si la situación lo exigía.

Durante este tiempo Mischoll caminó tanto que su cuerpo se endureció, la barba creció con fuerza y su cabello no conoció las tijeras durante tanto tiempo que las gentes llegaron a lanzarle piedras al verle, pues parecía un extraño eremita que solo profería una pregunta y daba una descripción.

Sería octubre cuando un atardecer abordó a un jinete que cabalgaba hacia París saliendo bruscamente de la vereda del camino. Vestido con harapos, con una higiene precaria y surgiendo aparentemente de la nada, era una visión que despertaba temor e hizo que el caballo se encabritase y el viajero a punto estuvo de descerrajarle un tiro en el pecho con su fiel pistolón. Si no lo hizo fue porque algo en las maneras de aquella criatura, más bestia que hombre, reminiscencias que le quedaban de su antigua vida, despertaron una chispa de reconocimiento en su mente y detuvieron su dedo sobre el gatillo.

—¿Eres tú el hijo del posadero de las afueras de Poitiers?

Mischoll, acostumbrado a que la gente últimamente huyese de él o le arrojase piedras se quedó sin palabras, más aturdido por que lo hubiesen reconocido que por la boca negra del arma que le apuntaba. Observó el rostro de su portador y su mente también se iluminó por el reconocimiento, así que con cuidado pronunció con voz ronca unas palabras diferentes a aquellas que llevaba demasiado tiempo repitiendo.

—Así es, soy Mischoll. Y vos sois el húsar que me llevaba hace años en

sus rodillas.

El hombre desamartilló la pistola con una mano mientras se retorció un lado de sus enormes bigotes canos con un rictus pensativo que el joven recordaba perfectamente.

—Vaya, muchacho, hacía mucho que no te veía. La última vez que pasé por tu hogar tus padres estaban muy preocupados por ti, igual que la anterior y la anterior a esa.

Una sensación de angustia recorrió el alma de Mischoll al escuchar estas palabras. Había pensado en avisarles de que partía a Viena cuando hubiese dejado París muy atrás para que la distancia impidiese que los lazos que le ataban fuesen demasiado fuertes y le obligasen a volver pero todo se había ido al traste con aquella locura en la que había caído. El húsar le propuso que montase a la grupa de su caballo y le acompañase a la hospedería más próxima para compartir una buena cena y asearse. Por mucha vergüenza que le atormentase en ese instante de lucidez, Mischoll no encontró argumentos con los que negarse.

Por primera vez en mucho tiempo el joven estaba sentado en una silla y paladeaba un vaso de vino el cual le resultó delicioso por la novedad, pues se había acostumbrado al agua fresca de manantiales cuando los encontraba y a la rancia de la bota que hubiese rellenado con anterioridad cuando no había ninguno cerca. Era una posada de camino poco transitado, tan pequeña y sencilla que apenas merecía tener ese nombre, pero cuando traspasó el umbral de la puerta sintió que había vuelto a la civilización.

Todo el dolor y penalidades que había pasado estos meses le golpearon de nuevo cuando su mente dejó atrás la fijación animal y volvió a ser la de una persona y lloró; lloró como no lo hacía desde que era niño, pues ni siquiera lo había hecho con tanta intensidad el día que descubrió su pecho vacío. Si alguno de los pocos presentes quería preguntar algo sobre tan extraño

comportamiento, una mirada del húsar les acalló. Después una camarera trajo una bandeja de comida y conoedora de los llantos de los hombres dejó una nueva jarra de vino sobre la mesa. El soldado lo miró comer en silencio, compartiendo pequeños bocados mientras el joven se atiborraba, famélico por las privaciones de los últimos tiempos. Después, cuando hubieron terminado, el hombre cargó una pipa y la encendió paciente, lanzando volutas de humo al techo de la posada. Mirando el plato vacío Mischoll se concentró en la agradable sensación del estómago lleno y la calidez del vino. Por un momento pensó en pedir otra jarra más pero el recuerdo de sus primeros tiempos en París le sobrevoló como un buitre y se sobrepuso a su deseo. Sonrió cuando vio un enorme aro de humo envolver uno más pequeño y aquellas memoraciones fueron sustituidas por otras más agradables, las de cuando de niño aquel mismo hombre le fascinaba realizando trucos similares.

—Gracias.

Por primera vez en mucho tiempo dijo aquella palabra con sinceridad. En los caminos la había repetido con frecuencia, tras preguntar a alguien o recibir limosna para continuar su viaje pero había sido una mera fórmula de cortesía. Esta vez surgió sin pensar de dentro, del lugar donde antaño había estado su corazón.

Al escucharle, el húsar agitó la pipa restándole importancia, volvió a chupetearla y después, entornando aún más sus ojos entre el humo, habló.

—Me contaron lo que pasó. Mala cosa eso que te hicieron, muchacho, y entiendo tu comportamiento. Siempre que pasaba por la hospedería preguntaba por ti a tus padres pero sólo tenían dos cartas, la que dejaste en tu marcha y otra que escribiste en París. Una escrita por un alma rota y otra redactada sin ella y cargada de huecos y vacíos. Soy viejo y he visto mucho, así que no me costó adivinar a qué se dedicaba un joven destrozado en la urbe; pero no te preocupes, no les dije nada y ellos creyeron lo que les habías escrito. Sin embargo cada vez están más nerviosos pues ya ha pasado mucho desde que recibieron noticias tuyas y la historia del hombre que pregunta en los caminos

les ha llegado ya varias veces.

Mischoll escuchó con estoicismo aquellas palabras que no eran de su agrado pues sabía que todo era un error suyo, que había marchado de la casa de sus padres para evitarles dolor pero que inmerso en el suyo propio había contribuido a hacer justo lo contrario.

—Lo lamento mucho —dijo con palabras que surgieron del mismo lugar que el agradecimiento anterior.

—Sé que lo lamentas pero no es a mí a quien debes decírselo.

—No puedo volver —intentó explicar—. Si lo hiciese sé que no encontraría la fuerza para volver a irme y me vería obligado a vivir una vida sin corazón.

—Lo entiendo —concedió el húsar asintiendo, mirándole con sus viejos ojos cargados de compasión—. Pero entonces escríbeles. Explícales qué ocurre, acaba con sus temores y sé un buen hijo.

Era tan sencillo y sin embargo no lo había hecho, centrándose egoístamente en su dolor, buscando cualquier rastro de una mujer que le había abandonado sin pensar en el daño que haciéndolo causaba en los que le querían y sufrían su ausencia.

—Lo haré, les escribiré una carta —concedió avergonzado—. ¿Se la llevará usted?

El enorme bigote se curvó en aquella sonrisa que no por estar envejecida dejaba de recordarle su infancia.

—Por supuesto. Éste era mi último viaje pero no veo por qué no puedo hacer uno más, sobre todo si es para llevar una carta tan añorada.

Hubo un largo y cómodo silencio entre ambos mientras se sumergían en recuerdos de épocas más placenteras.

—Te he visto crecer, Mischoll. Desde que eras un mocoso que me tiraba del bigote hasta que te convertiste en un hombre hecho y derecho. Te conté mil historias de aventuras, algunas confesaré que fueron inventadas y tú me recompensaste recogiendo alguna flor para las señoritas que pernoctaban en la posada o diciéndome el nombre de las más guapas. Pero hay una que no he contado a nadie y me gustaría contártela a ti.

El joven asintió animándole a continuar, algo sorprendido por el repentino rictus de cansancio que recorría el rostro de aquel hombre.

—He estado en muchas guerras. Luché por el Corso desde el principio cuando apenas era un joven oficial; más tarde, cuando fundó el Imperio, e incluso cuando fue a Egipto y a Rusia. En el tiempo que estaba en su primer exilio me descubrieron llevando una carta secreta a algunos de sus partidarios en París y pasé un tiempo en la infame prisión de If. Había un abate en la celda de al lado, un hombre al que nunca vi pero que me mantuvo cuerdo gracias a su ingeniosa cháchara —Sus ojos miraban la mesa pero lo que veían estaba mucho más lejano en el tiempo—. Por fortuna, en el breve retorno del Emperador a Francia alguien se acordó del fiel cartero que languidecía allí y me liberaron pero como estaba tan debilitado no pude volver a luchar por él y me dieron un puesto de correo, algo irónico pues era lo que había estado a punto de matarme. Cuando fue definitivamente derrotado ya nadie se acordó de un pobre hombre como yo.

Hubo un nuevo silencio en el que pidió a la camarera que le rellenase el vaso. Mischoll, demasiado interesado por la historia para caer en el aletargamiento, tapó el suyo con la mano.

—Una vida curiosa así contada, la de un joven idiota que malgastó su juventud en pos de la gloria, pero ¿sabes? —Sus ojos se clavaron en los de

Mischoll—. La prisión de If fue lo segundo peor que me ocurrió en mi vida. Luché por el Corso porque quería ser oficial, quería un futuro y unas rentas que me permitiesen dar una buena vida a Roxanne.

Su rostro compuso una sonrisa triste que apenas movió su mostacho, sus ojos perdidos en aquellas remembranzas se humedecieron. Se llevó el vaso a los labios y dio un largo trago. Cuando terminó el vino contempló el vaso y lo alejó de sí.

—Roxanne. Hacía años que no pronunciaba su nombre. La conocí en Monbazillac, nuestra comuna natal. Un gran vino blanco el de la zona, no dejes de tomarlo si viajas allí —Sonrió dándose cuenta que estaba divagando y como el valiente soldado que había sido, acometió su tarea de nuevo—. Éramos dos pobretones, sin lugar donde caernos muertos con un futuro de manos encallecidas y espaldas rotas, pero yo estaba decidido a darle algo mejor. Cuando llegó el reclutamiento me alisté y ella prometió que me esperaría. Con la primera soldada le pedí matrimonio bajo un cerezo y nos casamos esa misma tarde. No fue una gran boda pero era lo que queríamos y nos hizo felices. La marcha fue dura aunque la acometí con optimismo pues lo hacía por nosotros. Aprendí a escribir solo para poder mandarle una carta todas las semanas y así lo cumplí durante dos años sin faltar ni una sola vez. Hice fortuna en el ejército, nada espectacular, solo lo suficiente para poder tener una oportunidad, pero alguien me propuso para oficial y acepté. No por orgullo ni por patriotismo, sino por una causa menos elevada: había visto las mordidas que sacaban los oficiales y con ellas supe que podríamos comprar un negocio y obtener rentas; además me iba bien, el propio Corso conocía mi nombre y se me auguraba un futuro brillante. Así se lo dije a Roxanne en cada uno de los permisos que disfruté desde entonces y ella cada vez mostraba más miedo, así que le prometí que cuando volviese de Rusia dejaría el ejército y viviríamos juntos por fin.

Hubo una pausa pues la congoja que se adivinaba en su voz había acabado por reducirla a un susurro.

—Rusia... el infierno blanco. Allí morí. Alguien lo escribió en un papel así que fue oficial. Nadie contaba ya los cadáveres de los soldados por el hambre y el frío pero yo era un capitán y para nosotros sí había esa consideración. Me perdí buscando algo que llevarnos a la boca con un puñado de hombres y pasaron semanas hasta conseguir replegarnos con lo que quedaba de nuestras líneas. Para entonces la carta de mi muerte ya venía hacia Francia. Intenté alcanzarla pero fue imposible, los pocos que tenían caballos se los habían comido y cuando llegué a Monbazillac ya era demasiado tarde: ella había hecho un lazo, había caminado hasta el cerezo donde le pedí matrimonio y se había colgado allí.

Se alzó un ruidoso silencio entre ambos que por su peso les arrastraba a profundidades del interior de sus almas que nunca visitaban. Unas lágrimas unían los vidriosos ojos del húsar con su enorme mostacho.

—Volví al ejército, ¿qué podía hacer si no? No sabía hacer otra cosa y no tenía ya dónde asentarme. A veces me hace gracia el destino que terminó haciéndome correo. Desde entonces intento que todas las cartas lleguen a tiempo, igual que haré con esa que deberías ponerte a escribir ahora.

II

«Queridos mamá y papá:

Necesito disculparme por mi última carta. Imagino que os causé mucha desazón con la frialdad de las palabras que escribí en ella pero os ruego me creáis cuando os digo que lo hice con la mejor de las intenciones para evitaros la preocupación por mi situación. El viaje a París no fue idílico y apenas entré me vi arrastrado a los barrios más bajos, los malos hábitos y a las peores compañías quizá porque me identificaron como un ser tan carente de corazón como ellos. Me avergüenza reconocer que me dediqué durante bastante tiempo al hurto con el único fin de conseguir unas monedas con las que embotar mi mente con alcohol.

Por fortuna una mañana vi algo que hizo que el dolor de mi pecho se recrudeciese; y digo “por fortuna” porque me hizo comprender que el dolor es algo humano y que a veces puede ser algo bueno pues nos indica que estamos vivos y que podemos mejorar.

Acabé haciendo aquello que llevaba tanto postergando y visité al doctor que me recomendaron. Tras días de estudio no supo darme respuesta a mi problema pero me derivó a un colega suyo residente en Viena hacia donde ahora parto.

Estoy seguro que habéis oído mi leyenda, si es que tal cosa puede referirse a mi persona. Al salir de París para ir a buscar a este nuevo doctor, los viejos demonios se hicieron fuertes y se adueñaron de mi cordura impeliéndome a buscarla, prefiriendo dedicar mis esfuerzos a encontrarla a ella que un remedio para mi aflicción.

Pero volví a ser afortunado; de nuevo alguien interfirió por mí y consiguió sacarme de las garras de la locura. Gracias al portador de esta misiva comprendí lo errado de mi conducta hacia vosotros y hacia mí mismo.

Nada desearía más que volver a veros y abrazaros a ambos pero sé que si volviese sería imposible marcharme de nuevo.

Volveré a escribiros pronto, lo juro por mi corazón perdido. Si lo deseáis podéis mandar una carta a la dirección del doctor Einstein que os dejo al final de estas líneas

Vuestro hijo que os quiere»

A la mañana siguiente, después de un animado desayuno donde intercambiaron anécdotas medio olvidadas de su pasado común, se despidieron con un abrazo sabiendo que no volverían a verse. El viejo húsar cogió la carta y no la guardó en sus alforjas sino en el bolsillo interior de la chaqueta, bien cerca de su corazón, para después montar y, llevándose una mano a la frente, despedirse y lanzarse a ese galope frenético que tantos buenos recuerdos traía a Mischoll.

El joven alzó la mano en una postrera despedida mientras lo contemplaba alejarse hasta perderse en el horizonte. Después recogió el nuevo petate con el que se había hecho en la hospedería y comenzó a andar hacia el este, dispuesto

a salir de Francia, cruzar los Alpes y llegar a Viena para conocer al doctor Einstein.

Había necesitado volver a encontrar los buenos momentos de su infancia para poder superar los peores y desear tener un futuro fuera de aquella aspiración por encontrar a la mujer que tanto había amado. Debía dar por perdido su viejo corazón e intentar encontrar alguna solución, como la que esperaba se encontrase al final del camino que se disponía a recorrer.

Aunque no lo sabía en el fondo estaba en lo cierto, pues siempre hay una solución al final del camino, aunque a veces este es mucho más largo de lo que estimamos en un principio.

VIENA

Le sorprendió lo dispar que Viena era de París. La capital de Francia le había avasallado los primeros días por el contraste con el tranquilo lugar donde había crecido y se había terminado refugiando en su submundo en parte para huir de ello y en parte para acallar su dolor. Pero Viena era diferente. Desde fuera podía verse ya que los edificios hermosos se distribuían más democráticamente y no había aquellas largas filas de gente en su periferia llegando y marchando, buscando una nueva vida o huyendo de ella; pero carecía del dinamismo de la ciudad francesa, donde las nuevas ideas, formas de pensar y gobernar se convulsionaban unas contra otras intentando gestar algo más grande que en muchas ocasiones acababa en estallidos de vigorosa violencia.

Había cafés de estudiantes pero en ellos se hablaba de literatura, arte clásico y de la grandeza del pasado, a diferencia de París donde constantemente bullían nuevas ideas y se discutía de política, novedosas tendencias artísticas y de las promesas de la ciencia y el futuro.

Vio un pintor por la calle y le recordó a la pequeña pintora pero la ilusión se vino abajo en cuanto se acercó, pues él estaba pintando a unas modelos que conversaban en una terraza con una hermosa fuente de fondo en una

composición tan similar a lo que tenía delante que le resultó artificial y contrastaba con la obra de la joven en la escalinata del Sagrado Corazón, el soberbio intento de captar la impresión que la bullente urbe parisina causaba en el ojo humano sin ser fiel a la forma pero sí a la identidad de ella.

La gente recorría las calles rebosantes de tranquilidad, caminando con movimientos lánguidos y hablando en voz baja sin molestarse unos a otros, sin compartir más que corteses y casi ausentes saludos tan lejos de los parisinos que chocaban entre sí andando o corriendo entre multitudes buscando cumplir sus objetivos, medrar unos sobre otros e inyectar sangre e ideas nuevas en una sociedad bulliciosa.

Mischoll se sintió cómodo en aquella ciudad, lo cual le hizo reflexionar. El pequeño niño que había crecido a las afueras de Poitiers jamás podría haberse sentido así allí, sin correr por las calles ni bailar ante los músicos callejeros que componían versiones fieles a lo escuchado en la ópera, sin tampoco quedarse boquiabierto ante una muestra de arquitectura particularmente hermosa ni sonreír al resto de viandantes con los que se cruzaba. El pequeño preferiría París a Viena por mucho miedo que le diese; y que el Mischoll adulto se encontrase a gusto en la segunda le indicaba la urgencia de volver a tener un corazón para poder regresar a una vida donde las alegrías durasen más de unos meros instantes.

Preguntó por el doctor Einstein en la vieja universidad. Allí el viejo profesor de medicina que le dio las señas le miró ceñudo por encima de sus gafas y le aconsejó que no lo buscase, pues, según él, era un advenedizo que poco sabía de la medicina y que ningún bien haría a quien se pusiese en sus manos. Al parecer, le contó con la voz baja y el brillo en la mirada de quien disfruta contando una historia sabida por todos y se congratula de poder hacerlo a alguien que por fin no la conoce, el doctor Einstein había estado a punto de ser uno de los profesores: un hombre de indudable valía, dones y conocimientos llamado a ser un gran sabio pero que había mal empleado estas virtudes con preguntas que ningún hombre cuerdo y respetuoso con la obra de

Dios podría plantearse.

Aquello animó aún más a Mischoll, pues dos hombres cuerdos y respetuosos con esa obra no habían podido ayudarle con lo que le había ocurrido así que uno que no cumpliera esas características podría suponer una buena oportunidad.

Salió de la universidad sintiendo las miradas en su espalda mientras los estudiantes que conocían las habladurías murmuraban sobre él, el extranjero que había venido buscando al indisciplinado doctor, conjeturando sobre la posible causa de su interés en este. Algunos incluso hacían apuestas sobre si después de haber pasado por sus manos acabaría en alguna de sus mesas de disección.

Ya teniendo la dirección no encontró ninguna razón para perder más tiempo y caminó hacia uno de los barrios más antiguos y apartados de la urbe donde los edificios se diferenciaban de los típicos de la ciudad, señoriales construcciones de dos o tres plantas ocupados por una única familia, y se asemejaban más a los París, con gente más pobre y viviendo más cercanos unos a otros.

Llamó a aquel enorme portón de oscura madera situado en uno de los barrios más sucios. Pertenecía a un edificio de piedra gris con una placa de bronce en su portal la cual indicaba los residentes en el edificio entre los cuales se había labrado el nombre que venía buscando.

Viktor Frank Einstein.

Al otro lado de la puerta se oyeron unos pasos que se acercaban con determinación y la mirilla se corrió dejando ver en la oscuridad un ceño gris de pocos amigos bajo el que escrutaban dos ojos amarillentos y ancianos.

—Busco al doctor Einstein.

Con una protesta de las viejas bisagras la puerta se abrió con brusquedad y tras ella apareció una mujer encorvada por el peso de la edad cubierta con viejas ropas de luto. Ver su rostro no suavizaba la expresión de desconfianza de su mirada. Sin decir palabra se hizo a un lado mientras lo examinaba de pies a cabeza y después señaló con un dedo huesudo hacia el techo. Mischoll acometió las escaleras de madera que crujieron lóbregamente por su peso, pero antes de haber llegado al primer rellano escuchó la cascada voz de la anciana a sus espaldas.

—Esta es una casa honesta y no nos gustan las extravagancias. Que su visita sea breve, ya molestará al «doctor» cuando haya encontrado una residencia más afín a sus actividades.

No se le escapó lo despectivo del tono al referirse a su inquilino. El joven se giró para preguntar a qué se refería pero ella ya había desaparecido. Encogiéndose de hombros subió los pisos en aquella crujiente y oscura espiral con paso lento mientras notaba cada vez más fuerte olores químicos que le hacían pensar en el molino del campo tras la hospedería de sus padres después una tormenta cuando atraía algún rayo.

Solo había una vieja puerta de madera en el piso superior y al acercarse a ella pudo observar que las bisagras habían cedido hacía poco y se habían reparado chapucemente. Tras esta se escuchaba una alborotado ajeteo; respiró hondo y llamó.

El sonido se acalló instantáneamente. Mischoll esperó unos segundos en ese silencio y volvió a golpear. Unos pasos rápidos se acercaron a la puerta.

—¿Sí?

—Me llamo Mischoll, vengo de París y estoy buscando al doctor Einstein

—Después, tras un instante de silencio recordó que tenía una baza más—. Traigo una carta de un viejo colega suyo.

Escuchó cómo se liberaba un cerrojo y la puerta se abrió las pulgadas que le permitió una brillante cadena que parecía mucho más actual que la madera en la que estaba asegurada. Al otro lado de la rendija se asomó un gran ojo que imitó a la anciana de la entrada, examinándolo con suspicacia. Comprobó que el propietario de ese ojo era un rostro joven y cuidado al que faltaba un buen afeitado y una larga noche de sueño. Antes de que acertase a decir nada, la puerta se cerró y escuchó caer la cadena. Cuando volvió a abrirla de par en par, la expresión de desconfianza se había perdido y el doctor Einstein sonreía abiertamente, invitándole a pasar; sin embargo esa expresión amable no evitó que cerrase la puerta inmediatamente tras él y volviese a colocar la cadena y el cerrojo.

Tras comprobar que la puerta estaba segura, el doctor se giró y le tendió una mano de dedos alargados y pálidos, la mano de un artista que jamás ha tocado un pincel, y él la estrechó mientras el rostro del doctor mostraba un entusiasta interés.

—Creo que ha dicho que se llama Mischoll, ¿verdad? Llámeme Víktor. ¿A qué debo su visita?

El aludido carraspeó y le entregó la carta del doctor parisino. Víktor la cogió y tras abrirla comenzó a leerla. Como no le habían indicado ninguna silla en la que sentarse Mischoll permaneció en pie, observando la amplia estancia. Supuso que en su momento había sido un palomar pero ahora todo se encontraba inmaculadamente blanco: cubiertos por sábanas había lo que tomó por grandes muebles pero que al poco descubrió que eran máquinas que no entendía; entre las vigas del techo se asomaban algunos raíles y varias poleas colgantes para manejar grandes pesos; en una esquina había un buen número de cajas selladas y varias maletas. Parecía que había habido un gran bullicio allí pero ahora todo estaba calmado, limpio y empaquetado como si quien había trabajado allí se arrepintiese de haberlo hecho y quisiese borrar el rastro de

sus esfuerzos.

En el centro de la sala, muy cerca de donde estaban solo quedaba una alta camilla de metal sin tapar por las sábanas blancas. Mischoll se sorprendió al ver varias correas de cuero rotas en el suelo junto a esta pero el doctor no se percató de ello y las apartó de una patada al acercarse.

—Fascinante, parece un caso interesante y mi colega lo ha documentado estupendamente. Me hubiese gustado leer alguna otra publicación suya — Viktor se encogió de hombros—. En fin, dígame señor Mischoll ¿qué puedo hacer por usted?

Mischoll lo miró sorprendido de que no entendiese su demanda después se señaló el pecho con cuidado de no tocarlo.

—Vine a buscarle porque me dijeron que usted era un doctor que podría sustituir mi corazón por otro.

El doctor guardó silencio unos largos instantes. Por un momento una chispa de ambición surcó su mirada pero fue apagada con rapidez por algún tipo de pensamiento.

—Lo fui —admitió finalmente con las manos cruzadas ante la cara—, pero salió mal. Creí que podría cambiar la ciencia médica pero solo eran los delirios de un joven loco.

—Inténtelo de nuevo —le rogó Mischoll.

El doctor negó lentamente con la cabeza.

—No sabe lo que me pide. Es una locura.

Los dedos de Mischoll se cerraron sobre su camisa y dio un respingo al

notar la cicatriz a pesar de la tela, la levantó para mostrarle los estragos que guardaba allí.

—Esto también lo es.

Viktor clavó la mirada en la cicatriz. Por un momento pareció a punto de rendirse pero terminó negando con la cabeza, girándose para mirar la enorme camilla y no encarar la mirada del joven.

—¿Y de dónde sacar un corazón? ¿Se atrevería a pedirle a alguien que le diese el suyo, que se transformase en lo que usted es ahora para que usted pudiese ser lo que él era antes?

Le tocó al joven negar con la cabeza.

—Tal vez el de alguien que acabe de morir...

Un sonrisa triste decoró el rostro del doctor.

—Amigo mío, veo que piensa igual que yo lo hacía. Intenté seguir las investigaciones de Luigi Galvani y Erasmus Darwin sobre el poder de la electricidad para revivir cuerpos inermes. Conseguí movimiento, logré una parodia de vida pero nada de amor. Aunque tenía corazón, éste era solo un músculo latiendo en el pecho. Descubrí por las malas que un corazón muerto ha perdido la bondad.

Mischoll tragó las palabras lentamente.

—Ser un hombre es mucho más que tener un órgano bombeando sangre en el tórax —continuó el doctor—, es respetar a los demás, quererles, pensar en el futuro y el crecimiento.

—Pero ¿cómo puede hacer todo eso alguien que solo tiene un vacío en el

pecho? —preguntó Mischoll—. Tal vez su error fue que lo intentó con cuerpos muertos. Yo estoy vivo, ponga en mi un corazón y mi esperanza lo hará latir.

El doctor lo pensó durante largo rato. Se acercó a una de las maletas del suelo y la abrió sacando una botella que abrió con una torpeza impropia de cirujano. Le dio un largo trago y se la pasó a Mischoll sin dejar de mirar el pecho de este. El joven no bebió, pues notaba que el filo de la desesperación se encontraba demasiado cerca y el alcohol resultaba demasiado tentador, así que aguardó paciente.

—No, al menos aún no. No puedo crear otro monstruo ni soportar las consecuencias. Primero debo lidiar con lo último que hice —dijo el doctor al fin. Extendió las manos y cogió la botella de la que volvió a beber—. Parto a Ginebra a casarme; allí acabaré con lo que hice y meditaré después sobre su caso. Visíteme allí dentro de un año, volveremos a hablar de esto y le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle si sigue queriéndolo.

Mischoll salió de allí apesadumbrado pues la esperanza era poco pago para todo el camino que había recorrido.

Como solo le quedaba la espera decidió aprovecharla pues era incapaz de asentarse en aquella ciudad sabiendo que debía ir a Ginebra ya que sentía el cántico de sirena que era la vida tranquila y sin emociones que la urbe le prometía que podía tener entre sus calles,. Así que una mañana fría, ninguna particularmente especial pues no quiso ponerle fecha señalada, Mischoll salió de la ciudad dispuesto a sacar partido a aquel año de mora que le habían dado. Se encontraba en el centro de Europa en tiempos interesantes y quería ver qué podía ofrecerle el mundo para cuando consiguiese encontrar una solución a su estado.

Tras dejar atrás la ciudad eligió un camino cualquiera y cuando este se bifurcó observó que un pequeño pájaro volaba en uno de los sentidos así que decidió seguir ese. En el siguiente cruce de caminos siguió el que tenía el cartel con más clavos y en el siguiente fue al de la dirección con el nombre

que le resultó más musical. Sin más razón que aquellas casualidades comenzó su periplo.

GINEBRA

I

Viajó. Viajó mucho. Visitó un gran palacio casi desierto, habitado por cuatro reyes ciegos que no sabían que nadie les escuchaba, atendidos únicamente por un chambelán tuerto que hacía y deshacía a su antojo. Vio un lago congelado en una noche tan fría que aún las olas encrespadas se habían convertido en hielo sin llegar a caer y dentro de estas podía verse las formas de los peces que aguardaban el deshielo. Pasó una noche en un bosque encantado y no vio nada raro aunque supuso que era porque había dormido muy profundamente después de danzar durante horas con hadas y duendes. Cuando se quedó sin dinero trabajó en un lagar tan inmenso que su vista no

alcanzaba a ver su final y probó los vinos espumosos que había contribuido a crear, emborrachándose tanto que cuando volvió en sí descubrió que no sabía ni dónde estaba ni tampoco volver. Conoció a un mendigo que afirmaba primero haber sido un príncipe y después haber caído tan bajo como Belisario, pero al contrario que este, no había sido por mano ajena sino por su propia voluntad para experimentar lo que el más humilde de sus súbditos vivía a diario, por desgracia, al volver a su castillo estaba tan bien caracterizado que nadie lo había reconocido y no le habían permitido entrar. A los pies de los Alpes compartió las abundantes viandas de la mesa de un filósofo que, emulando a Diógenes, vivía en barril; salvo porque este barril tenía la altura de una torre y disponía de un buen puñado de habitaciones y sirvientes porque, como le explicó el sabio bebiendo en copa de oro, ser pobre era un estado mental que el hombre se causaba a sí mismo y ni todos los lujos del mundo podían volverle un hombre rico o corromperlo.

Incluso visitó Roma y en sus alrededores fue atrapado por la banda de Luigi Vampa, quienes le despojaron primero de su poco dinero y después de su historia. Esta pareció apaciguar la sed de sangre de su líder y terminó dejándole marchar en compañía de otro rehén al que un misterioso benefactor había liberado. Este era un joven compatriota suyo que parecía atormentado, hijo de un famoso general, quien le ofreció volver a Roma. Estuvo tentado de ir y conocer al exótico conde del que solo había oído alabanzas, pero el plazo dado por el doctor Einstein terminaba, así que Mischoll decidió poner camino a Ginebra para encontrarse con él.

Había pasado un año, un año de maravillas y curiosidades en las que su mente se había sumergido y deleitado, vagando con esperanza, aprendiendo sobre lo que aquel mundo tenía que mostrarle; pero la vuelta de los fríos le trajo recuerdos que tiraban de él en dirección a la ciudad del lago. Cada amanecer se despertaba y miraba el horizonte calculando la distancia que le quedaba y las jornadas en las que podría llegar. También, como todas aquellas personas que han afrontado una larga espera, fantaseaba con el mejor resultado posible: imaginaba que el doctor Einstein habría terminado con los asuntos que le afligían y tras, pensar largo tiempo en su caso, habría dilucidado una

solución que le devolvería la capacidad de vivir, probablemente no fuese sencillo ni agradable, pero Mischoll estaba decidido a pagar las consecuencias por volver a tener un corazón.

Bordeó el lago Lemán hasta que encontró un barquero al que pagó unas monedas de su mermada bolsa para que le acercase. Este era un hombre sencillo pero buen conversador pues había llevado y hablado con muchos viajeros y encontrado sabiduría en el reflejo del espejo que era el agua sobre la que trabajaba.

Durante un tiempo remó hasta que el viento los atrapó y, arrullados por el ruido de sus caricias en la vela, hablaron de la placidez calma de la superficie del lago, de la navegación, de los impuestos y finalmente de las leyendas de pescadores sobre las hermosas ondinas que tentaban a los barqueros solitarios para que se bañasen con ellas seducidos por su belleza innatural, antes de arrastrarlos al fondo donde darse un festín con su carne. El barquero bromeó invitándole a asomarse por la borda de la barca y mirar las aguas para ver si veía alguna, explicándole con una sonrisa que él probablemente podría sujetarlo si intentaba saltar tras ella. Esta era una pequeña travesura con la que se divertía a costa de los nuevos viajeros, en la que tras asomarse amenazaba con zozobrar la barca y les daba un buen susto.

Pero Mischoll no lo hizo. No soportaba la idea de enfrentarse a su reflejo. Había vivido un año hacia el mundo, maravillándose de las cosas que encontraba pero sin reflexionar sobre ellas pues hacerlo implicaría poner algo de un interior que sabía yermo y por tanto debería examinarse siquiera brevemente a sí mismo, algo que el joven no tenía el valor de afrontar. No quería enfrentarse al vacío que reinaba en su alma y que intentaba llenar con todas aquellas experiencias.

El barquero le llevó más allá de las afueras de la ciudad pues la familia acomodada de la que el doctor procedía tenía su morada en las tierras familiares en las riberas del río Arve. Cuando pisó tierra firme contempló la niebla que se negaba a retirarse totalmente de la orilla y un pequeño camino

sinuoso que se dirigía a la mansión en el que se alzaban grandes árboles entre los que cantaban pájaros invisibles. Al verlo, el joven se descubrió silbando mientras caminaba a paso vivo y afrontó con una ilusión que no sabía que podía sentir lo que creía era la última parte de su viaje.

Como todo lo que nos ilusiona, aquello no podía durar mucho. Cuando se acercó a la mansión supo que nada iba a ir bien pues, recibéndole bajo los árboles ya en los terrenos familiares, había varias tumbas recientes. Por los ventanales podían adivinarse cortinas negras y los pocos y cabizbajos trabajadores de los jardines apenas podían enfrentarse en silencio al descuido en que se encontraban estos. El viejo mayordomo que le recibió en la puerta estaba vestido de riguroso luto y lo invitó a pasar a través de un recibidor oscuro de una casa en la que no quedaba alegría alguna. Sin más palabras de las necesarias lo dirigió hacia un pequeño despacho donde el dueño de la mansión le esperaba. La puerta chirrió cuando se cerró tras él, dejándolo con un hombre anciano que tenía el dolor grabado en el rostro y una pistola sobre la mesa.

—Disculpe el estado del hogar pero una tragedia inmisericorde la ha visitado demasiado a menudo este año. Mi hermano Alphonse me designó como albacea al verla llegar. Su hijo pequeño, William, murió en el bosque bajo el cuidado de una criada negligente; Elisabeth, a quien quería como a una hija, murió la noche de bodas. Mi hermano lo hizo al poco, agostado por el dolor de la pérdida, y su amado Viktor partió al lejano norte buscando quién sabe qué y murió de una enfermedad... o eso me dijo la tripulación de su nave. Demasiada miseria nos ha sacudido como para ahondar más en ella. Espero que el pobre pueda descansar allí donde quedase su cuerpo. Su última voluntad fue que yo le recibiese y le explicase su ausencia, disculpándome en su nombre y ayudándole en lo posible, así como entregarle esta carta...

No escuchó cómo terminaba la frase ya que con aquellas palabras Mischoll sintió el vacío abrirse de nuevo ante él, mostrándole con su inmensa oscuridad que aquel año que había pasado esperando era solo un espejismo,

una mora que el dolor le había concedido antes de volver a clavar sus garras en él. Por mucho que hubiese intentado no hacerse ilusiones, la promesa de aquel doctor le había dado esperanza para aguardar un futuro mejor en el que pudiese volver a casa y ser una persona normal, con calor y latidos en el pecho, y ahora toda aquella esperanza había demostrado tener tanta consistencia como una pompa de jabón. Sintió el mundo girar y tuvo que apoyarse en la mesa antes de caer al suelo mientras todo se hacía oscuridad.

Había vuelto a la posada, había vuelto al recuerdo de sus brazos. Había vuelto al lecho vacío, a la pérdida y al amor malogrado.

II

Cuando despertó lo hizo en la cama más lujosa en la que jamás había estado. Tenía incluso un dosel de seda que se mecía con pereza por efecto del calmo viento que entraba por un ventanal desde el cual había una magnífica vista de aquellos jardines en la oscuridad nocturna iluminadas por la luna. Gracias a ello vio que a un lado había una mesilla y sobre esta descansaba la carta de Viktor. Incapaz de resistirse y esperar a horas menos intempestivas se incorporó y, tras encender una lámpara cercana, comenzó a leer.

“Estimado Mischoll,

si lee esto es porque he marchado al norte y todavía no he regresado. Lamento no poder estar ahí para nuestra cita, pero las desgracias acaecidas en mi familia me obligan a tomar partido en unos actos que yo confiaba dejar atrás.

Me gustaría que me aguardase para poder explicarle en persona, pero si no retornase le agradeceré que queme esta carta cuando la haya leído pues me llena de vergüenza reconocer que lo acontecido fue iniciado por mi propia mano. Cuando nos conocimos yo había perpetrado un crimen equiparable al que usted fue víctima, una atrocidad contra la humanidad y la propia

naturaleza. A través de cuerpos que esta había descartado, recreé vida... o al menos una parodia de la misma... El fruto de ese experimento miserable me persiguió durante un tiempo, exigiéndome responsabilizarme de él, demandando ser reconocido como un humano; pero yo, horrorizado por lo que había hecho, no pude darle lo que me pedía. Ciertamente tenía un corazón latiendo en su interior, pero como ya le dije en Viena, solo era un músculo en su pecho, más similar al vacío que habita el suyo, Mischoll, o al mío, muerto de dolor, que al de una persona normal, lleno de sueños, bondad y amor, todas aquellas cosas que nos elevan por encima de las bestias.

Tal vez podría haberle puesto a usted uno viejo; le mentiría si le dijera que la idea no tentaba a mi antiguo y vano yo. Pero el dolor que he experimentado durante este tiempo me ha demostrado que no soy capaz de responsabilizarme de las consecuencias en caso de que volviese a ocurrir lo que pasó en Viena. Soy responsable de un infeliz engendro, no puedo serlo de dos.

¿Cuál es mi consejo?

Vuelva a casa, retorne al hogar y olvídense de lo ocurrido. Indagar en los secretos del corazón me ha demostrado que solo trae tragedias. Intente llevar una buena vida y agradezca cada día por lo que todavía no ha

perdido. La curiosidad y la esperanza son maldiciones para los hombres.

Espero que no me maldiga demasiado.

Viktor Einstein.

Mischoll leyó la carta una y otra vez sintiendo de nuevo cómo el abismo del que creía haber escapado volvía a abrirse bajo él una vez más. El doctor en quien había puesto todas sus esperanzas ya no estaba en el mundo y la única respuesta que le había dejado era que se resignase y pasase su existencia como mejor pudiese. Él, un hombre que se decía haber jugado con la vida y la muerte a su antojo afirmaba no tener el poder para reconstruir su corazón. Arrugó la carta y la lanzó al otro lado de la habitación para después salir de la cama y vestirse con sus viejas ropas que alguien había lavado y dejado en un sillón de aspecto incómodo junto a un armario. Aprovechó la noche para dejar aquella mansión que cada vez se quedaba más desierta, pasando junto a las tres cruces que señalaban tres tumbas de una tragedia de la que poco sabía.

REGRESO A FRANCIA

I

Volvió a Francia cruzando las montañas con paso lento y mirada baja. ¿Por qué encaminó sus pasos hacia allí? Quién sabe, puede que ni siquiera él mismo lo supiese. Lo cierto es que salió de la mansión del finado doctor, echó a caminar y quizá la fortuna solo quiso ponerle en el camino a su hogar. Apenas pensó en nada para evitar la angustia de no tener un destino; además pocos viajeros encontró en esa ruta y con menos aún intercambió palabra. Algunos de los que lo veían caminar cuando el sol declinaba se santiguaban, pues pensaban que se habían cruzado con un abatido espectro; y a punto estuvo de convertirse en uno, pues el camino por las montañas casi acabó con él ya que apenas tomaba conciencia del entorno ni adoptaba precaución alguna en aquellos helados parajes. Cuando salió de los valles a la campiña había empezado marzo y había sobrevivido a la crueldad de las montañas que habían acabado con los elefantes de Aníbal. Tal vez ellas no quisieron finalizar su vida porque no vieron en aquel despojo nada interesante que pudiesen destruir.

Ya bajo un sol más cálido sus pensamientos se deshilaron y Mischoll tuvo que volver a enfrentarse a ellos cuando en un cruce de caminos se encontró

con un cartel que señalaba al norte y otro que lo hacía al sur. Sabía que si seguía el primero sus pasos le llevarían a Poitiers, donde su fracaso sería una cadena que lo atase el resto de sus días, así que decidió seguir el segundo y caminó hacia tierras más alegres, aunque en su interior él aún no podía notarlo.

Volver a los caminos de su patria le hizo sentir la necesidad de escribir una carta a sus padres, así que en un pequeño pueblo compró papel, tinta y pluma y por la noche, mientras descansaba con tranquilidad a la luz de una vela, intentó poner en orden esos pensamientos congelados durante tanto tiempo. No quería preocuparles pero tampoco mentirles, así que se concentró en disfrutar del poder terapéutico de la escritura.

«Queridos mamá y papá.

Espero que esta carta os encuentre con buena salud. Desde mi última, y para mi vergüenza segunda misiva, me han ocurrido cosas y he visto lugares que me han hecho crecer.

Viajé por los países occidentales y recorrí los Alpes de lado a lado. He visto amaneceres desde glaciares tan hermosos que no sabría ni por dónde empezar a describirlos, con la luz refractándose en cien arcoíris. Caminé por un bosque tan espeso que los pájaros se bajaban de los árboles y caminaban por el suelo ya que les era más fácil que volar entre las ramas y comí truchas de un riachuelo tan recóndito que creo que jamás habían

visto a un humano ya que prácticamente saltaron a mis manos. También he visto gente maravillosa y escuchado a músicos tan buenos que harían empalidecer a los que tocaban en la hospedería.

Como os comenté que me disponía a hacer en mi otra carta, viajé a Viena y hablé con el doctor Einstein, pero no pudo ayudarme. La tragedia se había cebado con su familia y espero que allí donde esté haya encontrado la paz. Pero este revés de la fortuna no me ha quitado la esperanza: me dirijo al sur, a Marsella, dispuesto a encontrar la información que necesito en una ciudad tan bulliciosa como esa. En sus muelles hablaré con los marineros que recorren el mundo y escucharé sus palabras para obtener alguna pista de cómo poder sanarme.

Estoy seguro que dentro de poco volveré a abrazaros y estaremos juntos.

Vuestro hijo que os quiere y añora»

Un amanecer encontró las ruinas de una posada en el camino, abandonada y quemada hacía años; muchos de sus maderos y piedras habían sido saqueados para otras construcciones y los que no, estaban demasiado arruinados por el fuego como para sacarles provecho alguno. No le hubiese dado más importancia de no ser porque a un lado había un hombre mayor

observando las pocas paredes ennegrecidas que quedaban erguidas, estaba acompañado de una muchacha rubia que, por la íntima cercanía entre ambos, dedujo que era su hija. El padre estaba delgado, tenía la tez pálida y parecía bastante enfermo, lo que hizo que la mejor parte de Mischoll venciese la hosquedad y su deseado aislamiento y se acercase a compartir el pan que tenía en la bolsa. La chica retrocedió tras su padre con una mano sujetando con fuerza algo escondido entre los pliegues de sus faldas, mientras el hombre se giraba con una expresión de tristeza en el rostro y entonces ambos se quedaron mirándose con incomodidad, pues se dieron cuenta que se conocían.

Mischoll rebuscó en su memoria intentando hallar un nombre olvidado.

—Señor Jordrette —le saludó cuando lo hubo conseguido, pero el reconocimiento no tuvo una respuesta amable. El ceño del hombre se frunció aún más y la postura de la muchacha se hizo más perentoria.

—Creo que os confundís —explicó él con voz fría—, me llamo Thenardier.

Mischoll no dudaba de su buena memoria pero no quería ahondar en los motivos por los que aquel hombre no respondía al nombre con el que se le había presentado en primer lugar.

—Nos conocimos en París, me llevasteis en vuestra carreta hacia allí.

La muchacha soltó una exclamación y él se relajó visiblemente.

—Ahora me acuerdo. Mira, Azelma, es el hombre que no tenía corazón. Causasteis gran impresión en mi pequeña Eponine. Veo que os sobrepusisteis de vuestra herida.

—Sigo vivo, aunque la herida no haya mejorado. Y vos, ¿os encontráis bien?

—Sí, perfectamente, gracias por vuestro interés. Nos acercamos aquí por mi ridículo romanticismo de viejo, ya que tuvimos una posada como esta en el cantón de Montfermeil. Allí atendimos a infinidad de viajeros y fuimos felices; incluso recogimos a pequeños de gentes menos afortunadas para darles una mejor vida. Cuando nos conocimos la mala fortuna nos había golpeado y habíamos tenido que renunciar a ello y viajar a París en busca de una vida mejor para los pequeños.

—¿Y qué tal fue?

La muchacha tomó la palabra escupiendo primero a un lado como si las palabras que iba a decir tuviesen mal sabor.

—Mejor nos hubiese ido sentándonos a morir en los caminos. Mi madre murió en la cárcel y Eponine lo hizo en los disturbios de los malditos republicanos.

Había tal rabia en la voz que Mischoll no supo qué decir. Tampoco preguntó por el pequeño niño que les acompañaba entonces en el carro pues no quería ahondar más en su dolor. El señor Thenardier acudió en su ayuda.

—Vamos, vamos, pequeña. Hemos juntado un poco de dinero para iniciar una vida mejor y obtener algo de consuelo. Vamos al Nuevo Mundo, una tierra de nuevas oportunidades que, estoy seguro, cambiará nuestra fortuna.

Mischoll sonrió, dejó su bolsa de viaje en el suelo y aprovechó para estirar su espalda.

—Al parecer todos buscamos nuevas oportunidades y cambios en la fortuna. Hoy ha sido un día duro, he pensado en descansar aquí y continuar el camino mañana. ¿Querrían compartir mi fuego?

Padre e hija intercambiaron una mirada y luego asintieron, así que Mischoll tendió su capa en el suelo y sacó sus cada vez más magras provisiones. El ahora señor Thenardier, antiguo señor Jordrette, se sentó y comenzó a devorarlas hasta que llevado por algún tipo de pundonor buscó en su propia mochila y sacó una botella de vino que aportó a lo que allí había.

El joven se alejó buscando ramas para el fuego y no demasiado complacido con la idea de pasar la noche con aquellas almas en pena pero se obligó a hacerlo porque encontraba la absoluta soledad cada vez más cómoda y había decidido que haría todo lo posible por evitar seguir el consejo del difunto doctor Einstein. Él era Mischoll y en su interior, tapado bajo capas de dolor, aún vivía el niño que había crecido a la vera del camino en Poitiers, quien había crispado a no pocos adultos con su curiosidad y sus ganas de saberlo todo. No debía conformarse con pasar por su vida como una sombra contemplando cómo los demás vivían las suyas. Se sobrepondría y conseguiría hallar una solución aunque la ciencia médica lo hubiese desechado.

Salió de esos pensamientos cuando oyó un ruido a su espalda y se giró para encontrarse con la chica que, a unos pasos de distancia, lo miraba con unos ojos en los que se arremolinaban varias emociones. Apenas la recordaba de su breve encuentro en el camino a París pues era su hermana quien más le había impactado, pero sí rememoraba el miedo con el que la callada pequeña le había mirado. Ese mismo miedo persistía, pero ahora estaba acompañado por ferocidad hacia el mundo, astucia, orgullo y desesperación, todo ello gobernado bajo el férreo puño de la desconfianza.

—Lamento lo que le ocurrió a vuestra familia, Azelma —dijo Mischoll llevándose una mano al pecho pero con mucho cuidado de no tocarlo—. Eran buenas personas y me ayudaron en un momento de necesidad. Recuerdo con viveza la mirada de vuestra hermana, Eponine; creo que fue la primera persona que me miró sin compasión.

—Yo también os recuerdo a veces: sois el hombre sin corazón. Ella habló varios días de vos hasta que se le ocurrieron otras tonterías con las que

distraerse. Tiempo después volvisteis a su memoria pues se enamoró de un hombre que la utilizó.

Por la forma en que levantó la barbilla tras decir eso Mischoll entendió que culpaba a todos los varones por igual de aquel desplante, pero como era un experto en dolor sabía que ninguna palabra que dijese la convencería de lo contrario.

—Existen hombres que lo hacen, sí —terminó diciendo.

—Si no hubiese sido por ese «caballero» seguiría viva y a mi lado. Le supliqué que no fuese a su encuentro, que no llevase los mensajes a esa damisela de la que él estaba enamorado, pero mi hermana me dijo entonces que ella no era como aquel hombre vacío que habíamos conocido antes de llegar a París, quien era libre para hacer lo que quisiese en el mundo sin seguir los designios de su corazón. Es cierto lo que decís, que al principio tuvo curiosidad mientras todos os tenían compasión, pero murió envidiándoos.

Mischoll se mordió el labio apenado por aquella joven cuya muerte había vertido veneno en el corazón de su hermana y también por ella misma y la amargura que destilaban su figura y sus palabras.

—Me hubiese gustado hablar con ella, hubiese intentado ayudarla. Os lo digo de corazón.

—No tenéis corazón.

Aceptó el golpe, aunque la fuerza del recordatorio le surcó el rostro. Decidió hacer caso omiso a esas últimas palabras.

—Le hubiese dicho que no soy libre, que todos mis pasos se encaminan a buscar una solución a mi estado, a tener un corazón para volver a sentir alegría por estar vivo.

Los ojos de Azelma no mostraron ningún cambio, en ellos no había el menor resquicio de que sus palabras la hubiesen afectado. La voz del señor Thenardier llegó llamándoles desde las ruinas y ambos se encaminaron en silencio hacia allí. Tal vez si hubiese tenido ese corazón que anhelaba, Mischoll habría podido decirle las palabras que ella necesitaba para aliviar su dolor, pero en su estado no podía ni decírselas a sí mismo.

Cuando amaneció descubrió que estaba solo. La pareja se había marchado y con ellos la bolsa de monedas que llevaba en su ligero equipaje. Durante unos instantes meditó ceñudo sobre la naturaleza humana y después sonrió alejando aquellos pensamientos de su mente antes de ponerse en marcha. De poco le servía el dinero así que no lo echaría en falta: era joven, fuerte y no le importaba trabajar para conseguir alimento y un lecho. Miró una última vez a las ruinas de aquella taberna incendiada y deseó que Azelma y el antiguo señor Jordrette encontrasen algo de felicidad allí donde fuesen.

II

Llegó a Marsella y quedó anclado allí trabajando en los puertos, pues por una de esas vicisitudes del destino, Alejandra apareció en su vida. Ella era una mujer de piel oscura que había hecho un largo viaje desde las islas del ron y el sol, donde aún vivían unos pocos viejos piratas que cantaban canciones aún más viejas.

Fue uno de esos encuentros casuales que en el momento parecen carentes de la menor importancia pero terminan cambiando la vida a quienes los experimentan. Simplemente coincidieron en las calles, hubo una mirada, una tenue sonrisa y ambos continuaron su paso sin darse cuenta que la imagen del otro había echado raíces en sus pensamientos. Volvieron a encontrarse al día siguiente y, al siguiente, y al siguiente de este también, cada uno de los dos poniendo excusas para recorrer aquella calle donde se había dado el encuentro, hasta que ella se decidió a romper aquella dinámica y le dirigió la palabra con un acento que le resultó tan curioso como agradable. No hablaron de nada interesante, apenas unas palabras cordiales que podían tener mil significados pero a las que él no dejaba de darles vueltas buscando el correcto. Recordó a la pequeña pintora del Sagrado Corazón y decidió no dejar pasar la oportunidad, así que fue él quien le habló al día siguiente. Nada demasiado elaborado y sí algo torpe, pero que ella recibió con el agradecimiento de una mujer ilusionada.

Cada día se detenían más tiempo hablando de cualquier noticia que

ocurriese en la ciudad hasta que los temas de conversación se redujeron a una espiral que los tenía a ambos en el centro. Nunca sabremos cómo prosperó aquella relación, pero pronto comenzaron a verse fuera de las calles y a compartir algo más que cuidadosas frases pensadas con esmero horas antes del encuentro. Ella le mostró que su isla había producido cosas más dulces que el ron y por la noche su piel se mezclaba con la oscuridad y él la besaba el doble para compensar los besos que podían perderse en las sombras.

Pasaron varios meses inmersos en esa relación que no era un remedio para aquello que les acontecía y había herido sus pasados. Marsella era una buena ciudad y uno de los puertos más importantes del mundo donde los barcos procedentes de mil destinos desconocidos traían cargas más exóticas de lo que cualquiera pudiese imaginar. Trabajando en sus muelles Mischoll cargó y descargó bajeles importantes y vio a gente más importante aún. Fue de los afortunados que subió a bordo y descargó las bodegas del Faraón, el bergantín milagroso, pues se había dado por perdido en la otra punta del mundo en un viaje a las Indias Orientales y que supuso una nueva época de prosperidad para la naviera Morell e Hijos.

Ella era la única razón para que Mischoll permaneciese en la ciudad y no continuase su viaje a ninguna parte pues las pesquisas que había contado a sus padres que haría habían resultado del todo infructuosas. Marsella se dedicaba al comercio y sus habitantes daban tal importancia al dinero que no tenían tiempo para hablar de leyendas, amor o corazones perdidos.

Pero volvamos a cosas más mundanas, como la relación de Alejandra y Mischoll, en la que ambos se buscaban un día y se repudiaban al siguiente, necesiándose cuando estaban separados pero deseosos de la soledad cuando llevaban tiempo juntos. Con ella Mischoll creyó que todo iría bien, que la herida en su pecho y la ausencia de un corazón no impedirían la vida que deseaba tener. Pero él aún era joven e inexperto y la inocencia fruto de ello quien ponía aquellos pensamientos en su mente. Ella no era para él, ni él para ella. Ambos eran un bálsamo para el otro, un leño para un náufrago en medio

del mar que sirve para mantenerse a flote pero no protege de la sed, ni del hambre, ni de los ardientes rayos del sol. Cada uno era una parada en la vida del otro en la que tomar aliento para lo que deparase la siguiente etapa.

A la fuerza terminó dándose cuenta de que aquello no podría durar, pues en las noches en las que ambos compartían el estrecho catre donde él se alojaba, demasiado apretados para dormir, demasiado extenuados para no hacerlo, ella aguardaba unas palabras que él no podía pronunciar. Unas palabras que le exigió con sus oscuros ojos en los largos silencios pero que nunca se atrevió a pedir, pues en el mismo interior donde las guardaba sentía que lo perdería antes si la pregunta salía alguna vez de su garganta.

Si hubiesen hablado sobre ello habrían terminado haciéndolo sobre sus corazones: él le habría explicado que estaba falto del suyo y con ninguna esperanza de volver a tenerlo, que le escondía su pecho porque en él había una cicatriz; y ella le hubiese hablado de las heridas que también portaba en el suyo, heridas que como ella no compartió no quedarán aquí recogidas.

Así pues ambos se conformaron durante un tiempo con una relación que ninguno de ellos merecía, pues hombres y mujeres no deben conformarse con burdos remedos como ese. En ese tiempo ambos se sorprendieron y aprendieron del otro pero muy poco de sí mismos, fueron tiernos y pronunciaron palabras de miel y fueron crueles y vertieron acusaciones de odio, sintieron el vacío de la soledad acompañada y el éxtasis de unos dedos enlazando con los suyos en los momentos de necesidad.

¿Fueron felices? Supongo que lo suficiente para mantener aquella situación hasta que el dolor y la amargura acabó dominándoles y terminaron olvidando lo bueno que tenía el otro, lo cual es una de las cosas más crueles que pueden hacer las personas.

Por supuesto alrededor de Alejandra había otros hombres, porque la gente con el corazón herido tiende a amar mal y, en vez de expresarse con palabras ella lo hacía con besos, intentando trocarlos por ese cariño que necesitaba y

que nadie le había dado hasta entonces.

Acabó conociendo a un rudo trabajador del puerto, un hombre que estaba loco por ella y tal vez un poco loco en general. Ambos fueron a vivir juntos y Mischoll se alegró por Alejandra pero en el hueco de su pecho anidó un leve dolor.

¿Cuánto de éste era por haberla perdido y cuánto por envidia hacia lo que ella había encontrado? Nunca se atrevió a responder esa pregunta.

Sin embargo aquel hombre no curó el corazón de Alejandra y a veces, en las noches que la luna traía recuerdos y el ron resultaba un compañero que daba malos consejos, la puerta de Mischoll sonaba con una culpable llamada y, aunque él sabía que no debía hacerlo, terminaba abriendo la puerta. Al siguiente amanecer, cuando quedaba solo, Mischoll reflexionaba sobre la venenosa soledad y la vergüenza que le causaba su cobardía por no afrontarla.

A veces hacían voto de no verse, pero terminaban buscándose y luego se mentían diciéndose que se habían encontrado fortuitamente. Transcurrieron algunos meses así hasta que los murmullos de aquellos muelles llegaron a los oídos del trabajador del puerto quien, con el escaso juicio del que lleva una vida asesorado por el alcohol y no entiende los errores de un corazón herido, buscó a Mischoll por toda la ciudad encontrándolo al caer la noche en uno de sus paseos. Allí se acercó a él con rapidez y le golpeó hasta que no pudo más; después lo arrojó al interior de un barco donde creyó que moriría y tardarían en encontrarle.

Por fortuna un hombre sin corazón está acostumbrado al sufrimiento y no consiguió matarle a pesar de que poco le habría importado hacerlo. El barco partió con el amanecer llevándose en su bodega a un Mischoll que, sin saberlo, había iniciado una nueva vida que le llevaría más cerca de aquello que tanto quería.

Alejandra quedó atrás en Marsella. De vez en cuando pensaba en él y

escribía una carta a la luz de una vela solitaria que luego quemaba en su llama
pues no tenía dónde enviarla.

LA ISLA DE LA BRUJA

I

El barco se encontraba ya muy lejos de la costa cuando los marineros lo encontraron herido y amoratado entre las cajas donde el trabajador del puerto lo había dado por muerto. Corrieron raudos a informar al capitán quien, al comprobar su mal estado, decidió que el joven no era un polizón y lo envió al camarote del barbero, que era quien se ocupaba de atender los problemas de salud a bordo. Debido a lo concienzudo de la paliza del enamorado de Alejandra tardó varios días en recuperar la conciencia y cuando tuvo fuerzas para subir a la cubierta se encontraban ya más cerca de Italia que de Francia.

Como no tenía dinero con el que compensarles por las molestias propuso ayudarles en las labores del barco.

De esta forma Mischoll acabó siendo marino en una corbeta que transportaba mercancías de lejanas tierras y no tardó en aprender el lenguaje que aquellos rudos hombres usaban, como la diferencia entre babor y estribor, por qué las cuerdas se llamaban cabos y cómo trepar los aparejos sin mirar abajo. También aprendió las canciones que acompañaban la vida marinera y rememoraban puertos lejanos y oportunidades perdidas por seguir la melodía de las olas. Y su más dulce aprendizaje fue que el mejor ron se destilaba en las bodegas de un barco y además su sabor mejoraba cuando se compartía bajo el cielo nocturno de alta mar.

Viento, sal, olas y sol; a ello se reducía su vida y la verdad es que no le parecía mala. Disfrutaba el duro trabajo aislado del mundo y el rudo compañerismo con aquellos hombres, aunque el dolor no terminó de marcharse pues a veces, cuando la nostalgia se hacía fuerte en épocas de calma, algunos hablaban del hogar, de las familias que allí les esperaban y apenas veían en sus viajes.

A veces le preguntaban pero él guardaba silencio; había dejado aquel dolor muy atrás a su espalda, a fuerza de mirar siempre el presente y empatizar con aquel mar de olas en las que el barco subía y bajaba pero se mantenía siempre a flote mientras ellas quedaban atrás. Por ello no hablaba de su pasado ni de lo que le había ocurrido antes de ser encontrado en las bodegas, un silencio del que el capitán acabó percatándose. Era este un buen hombre, un marino instruido que había dejado familia en su hogar de Cagliari y le gustaban más los libros y las letras que el licor, el juego y las rameras del puerto, así que llevado por la sensibilidad de un buen observador acabó cogiendo cariño a Mischoll y como también era hombre talentoso terminó sabiendo más de él que los hombres con los que compartía literas en la bodega y algún trago de ron en la cubierta.

Algunas noches le invitaba a su mesa con los oficiales y hablaban de cosas

que ocurrían en el mundo, como la anexión de Polonia por Rusia o las revueltas que amenazaban con recrudecerse en París; y la velada se alargaba normalmente abandonando esos aburridos temas y optando por otros más distendidos y que conforme las botellas se vaciaban se iban convirtiendo en canciones mal entonadas. Mischoll jamás le confesó su aflicción pero el hombre adivinó buena parte de ella y el joven se habría sorprendido si hubiese sabido cuán cerca estaba de la verdad.

Por el día, cuando la mar estaba calma y las labores terminadas, el capitán le enseñaba los secretos de la navegación dispuesto tal vez a hacerle medrar en el mundo naval.

Así el tiempo fue pasando y el mar tragó las penas de Mischoll igual que lo habían hecho las calles de París, los caminos de Francia o la hermosa belleza de los Alpes. Por fortuna era un hombre más sabio y ahora podía ver el peligro de aquella vida de placidez tan agradable en la que un sufriente podía relajarse y continuarla a perpetuidad, una salida que sabía que no estaba hecha para él.

II

En el Mediterráneo fondearon en una isla que se decía estaba desierta salvo por una dama que vivía entre antiguas ruinas rodeada de animales. El capitán le contó que era una antigua bruja que había encantado el corazón de innumerables náufragos y que llevaba esperando a su amado desde hacía demasiado tiempo. En un muy lejano pasado ese hombre había encallado en la isla y vivido con ella hasta que decidió volver con su familia, dejándola a ella esperando su regreso. Había muerto hacía ya tanto que nadie se atrevía a decírselo.

Aquella noche siguiendo la llamada del misterio Mischoll se alejó de la playa hacia el interior mientras los hombres se emborrachaban sobre la arena. Caminó hacia donde se adivinaban las viejas construcciones, atraído por aquella mujer a la que habían llamado bruja, deseoso de saber si conocía realmente la magia de los corazones.

En la espesura no había forma de orientarse pues la silueta de las ruinas se perdía entre las sombras y las estrellas estaban ocultas para quien como él caminaba bajo el techo de hojas de árboles, así que decidió que cualquier dirección era tan buena como cualquier otra y deambuló sin rumbo confiando en la buen fortuna. La oscuridad también hizo que perdiese la noción del tiempo y solo notó el paso de este cuando sintió que sus piernas protestaban y sus ojos se cerraban. Acarició la idea de buscar un lugar donde tenderse a dormir para intentar encontrar el lugar al amanecer cuando escuchó un gruñido

a su espalda. Era un ronco sonido procedente de una garganta inhumana y que acarició la espina del joven advirtiéndole sobre la promesa de un peligro inminente. Se giró lentamente sabiendo que cada movimiento podía ser el último y allí, en las sombras que gobernaban la espesura a su espalda, descubrió una más oscura fundida entre las demás, adornada con dos relucientes ojos que lo miraban con intensidad. Un instante después la mano de una mujer acarició el lomo de la negrura dándole la forma de una pantera que le acechaba.

Más sorprendido aún por la presencia de ella, Mischoll alzó los brazos intentando mostrar sus buenas intenciones. Los ojos del felino eran casi humanos y parecían invitarle a correr, los de la mujer poseían el toque animal del que carecían los de la bestia.

Ella aguardó en silencio y él sostuvo la mirada sabiendo que le estaban midiendo. Cuando el joven consiguió hablar, las palabras surgieron renuentes de su boca, como si ninguna quisiese ser la primera en exponerse al oído de aquella mujer.

—Soy Mischoll, provengo de Poitiers y he venido en el barco que ha anclado en la costa. Me contaron vuestra historia y os he estado buscando.

—Entonces ya sabes mi nombre, Mischoll que viene de Poitiers en el barco anclado en la costa. ¿Para qué me has estado buscando? —Su voz era la voz del viento bajo las estrellas, cargada de fuerza, misterios y sabiduría.

—He oído que es una bruja —confesó él optando por la sinceridad sin apartar la mirada de aquellos ojos fieros, usando todo su control para evitar mirar a la pantera—, que sabe magia de amor y conoce los secretos de los corazones de los hombres.

Ella siguió mirándole mientras acariciaba a la fiera quien le devolvió un gruñido sin abandonar aquella postura a punto de saltar. Después asintió lentamente.

—Es cierto que soy una bruja y algo sé de magia y de los corazones de los hombres. También aprecio la sinceridad. Así que acompáñame, joven marino: hablaremos más cómodamente en mi palacio.

Mischoll la siguió, pues llegado ahí no podía hacer otra cosa. Caminó en silencio tras sus pasos hasta que llegaron a unas ruinas de mármol, otrora una hermosa construcción erigida sobre columnas a la que el tiempo había derrotado hacía demasiado.

Un brasero iluminaba unas tumbonas en las que la mujer y la pantera se reclinaron dejándole un hueco frente a ellos. Él se sentó y, maravillado, se dio cuenta que la mesa estaba llena de vino y viandas y preguntándose si hacía unos instantes lo había estado. La mujer le indicó que podía comer con un gesto que invitaba a servirse y Mischoll, aquejado de una súbita sed tras toda la noche vagando por la espesura, sirvió vino de una antigua ánfora en dos copas. Los ojos de la dama brillaron en la oscuridad cuando las entrecocaron y cada uno acercó la copa a sus labios; pero antes de poder probarlo la pantera se desperezó súbitamente y derramó con una zarpa la copa del joven que no pudo atraparla a tiempo; después le lanzó una mirada cargada de inteligencia. La advertencia que reinaba en aquellos ojos extrañamente humanos impresionó tanto a Mischoll que decidió no volver a probar nada de aquella mesa, así que se recostó contra el respaldo de la tumbona y tranquilamente esperó a que ella comiese. Al percatarse de esto la mujer frunció el ceño y arrugó los labios con expresión contrariada, aunque no dijo nada, pero sí dio un coscorrón a la pantera, empujándola fuera de su lado. El animal rodó por el suelo y se puso en pie con insólita dignidad; después se alejó con el paso lento de los gatos que saben que han ganado una partida a un juego que el resto no conoce.

—Está bien, extranjero, ¿por qué buscas a una hechicera que entienda de magia y corazones?

Mischoll tomó aliento, como siempre que se enfrentaba a este tipo de

situación.

—Hace tiempo una bruja me robó el corazón. Creí que era el amor de mi vida hasta que un día desperté y ella se lo había llevado.

La mujer clavó su mirada en él, observándole en la oscuridad.

—Entiendo. Una mujer te lo quito y ahora crees que otra tiene la obligación de restaurarlo —Guardó un largo silencio—. ¿Se lo habrías entregado libremente?

Él lo pensó unos instantes antes de asentir.

—Así es.

—Entonces no puedes quejarte —explicó ella—. Lo entregado voluntariamente no puede exigirse de vuelta.

—Pero yo no sabía lo que ello supondría —se quejó el joven—. La amé tanto que no tenía otra opción. ¿Cómo vivir a su lado y no entregárselo? Yo creía que estaríamos siempre juntos.

—Los deseos y creencias son cosas que pocas veces coinciden con la realidad de nuestras vidas. Congratúlate de haber tenido el valor de habérselo dado; pocos hombres lo tienen.

Mischoll sintió que había sabiduría en aquellas palabras y que debía reflexionarlas con serenidad, pero ese no era el momento para ello ni había recorrido ese camino hasta allí para hablar de filosofía.

—El pasado pasado está, pero un hombre sin corazón que entregar no puede amar. Desde entonces no he sido capaz de entregarme a nadie y todas las alegrías acaban volviéndose huera.

—Entonces quieres que use mi magia para devolverte lo que te robaron.

Mischoll asintió.

—De acuerdo, pero tendrá un coste. Te quedarás y durante un año me servirás para pagar mi favor.

Con estas palabras el futuro del joven quedó sellado durante el siguiente año. Ni siquiera pudo despedirse de sus compañeros de tripulación pues a la mañana siguiente ellos habían partido ya de la playa, cargados de nuevas advertencias para el resto de barcos sobre el marino que desoyendo las viejas historias se había adentrado en la espesura de la isla para nunca volver y sin duda había caído bajo los engaños de la bruja.

Y tal vez realmente había sido así.

III

La vida en la isla era cómoda, tanto que a veces sentía volver a ser un niño en la vieja alquería de Poitiers. Todo era fascinante y no había preocupaciones, solo paz y serenidad ya que hasta la comida brotaba naturalmente sin intervención de mano alguna; tanto que descubrió que las tardes que quería relajarse pescando debía lanzar el sedal sin anzuelo para que los peces no se peleasen por picar su caña.

Le pareció que la misteriosa mujer no necesitaba nada terrenal más allá de la compañía que le daban la pantera y él mismo, pues la naturaleza se ocupaba de cubrir sus otras demandas, así que se dedicó a adecentar las ruinas quitando las malas hierbas, recogiendo las ramas y hojas caídas y moviendo con gran esfuerzo las piedras derrumbadas. Consiguió arreglar el tejado y comenzó a reconstruir una hermosa fuente que llevaba siglos estropeada. Todo lo hacía disfrutando del esfuerzo, sin más recompensa que un parco agradecimiento de la dueña de la isla y la mirada cargada de sospecha de su enorme mascota, que no le quitaba ojo de encima.

Al reinar la oscuridad la puerta de la dama quedaba abierta, solo obstruida por una tenue cortina que invitaba a pasar al calor de su interior. Las primeras noches la pantera se tendía en el umbral, observándole con aquellos ojos casi humanos, vigilándole celosa de cualquier posible acercamiento; al percatarse que él no iba a entrar terminó buscando un lugar más cómodo, aunque no abandonó su custodia completamente y a veces la sorprendía mirándole desde

las sombras.

Mentiríamos si dijésemos que Mischoll no estuvo tentado de aceptar la velada invitación. Era una tierra de primavera perpetua que empujaba a entregarse a placeres carnales, además como todos los felinos, la pantera dormía demasiado para mantener una vigilancia infalible y los labios de la dama siempre parecían tentadores aunque sus ojos fuesen fríos. A veces ella le hablaba de la soledad y lo difícil que era soportarla, en estos momentos sus manos permanecían sobre las de Mischoll unos instantes más de la cuenta; otras veces se sentaba cerca, tan cerca que él notaba el calor de su piel contra la suya.

En estas ocasiones el joven pensaba en lo fácil que era la vida allí, enfrascado en una labor agradecida, disfrutando de aquel clima y gozando de una mujer a la que no podía querer pero con la que era fácil compartir una vida.

Pero no era justo terminaba diciéndose. No lo sería para Alejandra, ni para sus padres, ni para la bruja que le robó el corazón, quien finalmente habría ganado. Tampoco lo sería para él mismo pues sentía que una vida así sería traicionar aquello que podría haber sido, aquello que aún tenía esperanzas de ser.

Un soleado día mientras intentaba componer una polea paliando la escasez de herramientas con ingenio, tablas y cuerdas, la mujer salió de su hogar y se alejó en silencio de las ruinas en dirección a la playa. Había algo extraño en su conducta: Mischoll había notado que su mirada estaba vidriosa y su paso parecía menos seguro de lo normal, pero como la pantera, quien parecía saber siempre su estado de ánimo, se quedó junto a él decidió no molestarla. Ella no volvió hasta muy avanzado el día siguiente. Antes de que el joven pudiese enterarse de su llegada la pantera alzó su cabeza y corrió hacia la espesura para volver al poco con ella, frotando el rostro contra sus muslos. La bruja tenía los ojos enrojecidos y la antigua vestimenta con la que solía vestirse a

diario muy sucia. Miró a Mischoll, después a la estatua que él había conseguido incorporar de algún héroe desnudo y olvidado de la antigüedad y por primera vez habló con una voz diferente al tono displicente que usaba, pues estaba ronca por el lamento.

—Ayer fue el aniversario de que mi amado se marchase. Cada año le espero como una tonta en la misma playa en la que me dejó. Cada año soy un patética ilusa y desearía dejar de serlo. Sé lo que se dice de mí, sé las burlas de los marineros y no me importan.

Mischoll calló incapaz de decir nada ante la repentina vulnerabilidad de aquella mujer tan dura como la estatua que había levantado tras él. En su voz se adivinaba tanto dolor y un vacío tan profundo que se tragaba todas las esperanzas que podían crecer en su interior. Después dio un paso hacia ella haciendo caso omiso del sordo gruñido que brotaba del cada vez más arrugado hocico de la pantera. Abrió los brazos y ella se estrechó contra su pecho mientras sollozaba unas lágrimas que no había compartido con nadie desde que la habían abandonado. Unos labios salados buscaron los suyos pero Mischoll la estrechó con fuerza reposando le cabeza en el hombro, dándole con aquel cálido apretón el consuelo que necesitaba y que intentaba encontrar en su boca.

Ella sollozó. Él la mantuvo dándole su cercanía. La pantera gruñía intranquila sintiendo que allí ocurría algo que ella no podía entender. El aroma de su cabello era embriagador y sus manos le aferraban la espalda con una necesidad casi salvaje pero Mischoll se mantuvo firme. Un tiempo después, cuando el hombro del joven estaba mojado de unas lágrimas que ya se habían secado en los ojos de ella, la mujer se separó y tras darle la espalda se dirigió a su estancia.

—Gracias —dijo deteniéndose un instante en el umbral antes de entrar al sombrío hogar.

Y nunca volvieron a hablar de ello.

IV

Con estos menesteres transcurrió un año de cuyo paso Mischoll apenas se dio cuenta. Era una buena vida, viviendo de la tierra junto a una mujer hermosa, con la promesa de un futuro que traería felicidad, hasta que esa promesa se convertía en un quizá que jamás se materializaba. Pero tal vez hubiese continuado así si la mañana que hacía un año exacto que estaba en la isla no se hubiese acercado a la costa y visto unas conocidas velas en el horizonte, pues así es el destino de los hombres: puede permanecer perennemente igual hasta que una fuerza externa, por nimia que sea, les conmina a moverse.

Bajó a la playa y se encontró con sus antiguos compañeros de tripulación quienes se sorprendieron de haberlo encontrado aún con vida y lo recibieron al principio con suspicacia y después con grandes muestras de alegría. Cansado de aquella isla pidió embarque al capitán quien, guiado por sus buenos sentimientos y el cariño que le guardaba, se lo concedió deseoso de llevarlo lejos de aquella isla hechizada. Mischoll le dijo que volvería al amanecer, que antes debía despedirse de la bruja con la que había vivido y el capitán le rogó que no volviese allí, pero el joven sentía que debía hacerlo.

—Así que vas a dejarme —le espetó ella en cuanto lo vio llegar aquella noche. ¿Quién sabe cómo lo supo? ¿Alguna brujería quizá? ¿Había observado

las blancas nubes que eran las velas del navío desde la espesura? ¿O quizá se percató de algo diferente en el paso del joven cuando volvió a ella?—. Todos los hombres sois iguales: viniste a mí por la magia de los corazones y aquí tienes la primera lección y la más importante: los de los hombres son todos similares e igualmente despreciables.

El dolor con que dijo estas palabras golpeó a Mischoll con fuerza. Era tan intenso que se había convertido en el eje en el cual giraba la vida de la habitante de la isla, lo que la dotaba de identidad. Sin aquel dolor, sin aquella espera, esa mujer no era nada. El joven se sintió más cercano a la bruja pues aunque tuviese un corazón ella no quería usarlo.

—Me temo que estás equivocada —dijo él con la mandíbula tensa, herido por la rabia y la culpa que ella le había lanzado al rostro—, no sabes nada del amor. Si aquel al que esperas hubiese querido habría vuelto en todo este tiempo. Intentaste seducirme a mí, un hombre que no puede amar —Miró a la pantera, la perenne sombra de su dueña—. Y si supieses algo de los corazones de los hombres te habrías dado cuenta que tienes uno aún retenido junto a ti.

La bruja giró su rostro hacia el animal que lanzó un ronroneo quedo.

—No soy idiota, conozco la historia de la dama de la isla, aquella que convertía a los hombres que llegaban a su costa en animales y que se enamoró de uno que la superó en ingenio y luego la abandonó para volver a su hogar en la lejana Ítaca. Lo que no sabía es que uno de esos hombres engañados decidió permanecer por voluntad propia a su lado durante todos estos años —La pena superó el enfado cuando volvió a hablar: pena por ella, pena por el animal y pena por él, que había permanecido allí un año sin avanzar ni un paso en su búsqueda de un corazón—. Me dijiste que arreglarías el vacío de mi pecho, pero solo lo llenabas con la ilusión de una esperanza. Algo que al principio alimentaba y daba un calor confortable pero que iba volviéndose cada vez más incómodo. Vives de esas esperanzas que das, carente del valor de enfrentarte a los demás y mostrar lo que realmente eres, lo poco que tienes que ofrecer.

Calló, pues había dicho todo lo que había atesorado en su interior; decir más hubiese sido crueldad. Ya no había rencor en esas palabras, solo la verdad que surgía de dentro, del vacío que tenía en el pecho. No tenía intención de herirle, sino de estremecer su vida y forzarla a tomar un camino. Durante unos instantes ella permaneció callada y después se puso en pie con movimientos enérgicos. La pantera gruñó y la miró súbitamente alarmada.

—De acuerdo —dijo ella apartando al felino de su lado—, vete. Idos ambos, sois libres. Idos y no os echaré de menos, pero yo seguiré aguardando aquí. Ninguno de los dos sabéis nada del amor, el amor es aguardar, es dolor y es esperanza. El amor solo vale la pena si implica adoración y sufrimiento. Hacer otra cosa no es digno de alguien como yo.

La pantera se estremeció desde el hocico hasta el rabo, aplastada contra el suelo como un gatito al que su dueña estuviese regañando. Gimió cuando ella se giró y se encaminó hacia el interior de las ruinas de su hogar.

—No, no lo es —exclamó Mischoll a su espalda—, o al menos no lo debería ser. El amor tiene que ser creativo, tiene que hacernos crecer, no puede llevar sufrimiento.

Pero ella ni siquiera se giró para contestarle con desprecio.

—Ese es tu problema. Si crees que tu amor es el mejor has desperdiciado tu tiempo aquí.

Y se perdió en las sombras de sus estancias.

La pantera quedó mirando la oscuridad donde ella se había marchado, después giró su rostro a Mischoll y este vio el dolor de la pérdida reflejado en sus rasgos.

—Ven conmigo —le ofreció, pero el animal soltó un gruñido y se internó en el pórtico, buscando a la mujer que le había hechizado hacía ya tanto tiempo que no sabía vivir sin ella.

El joven observó la oscuridad durante largo tiempo deseando que ambos volviesen. Cuando se hizo obvio que no lo harían, alzó la vista a las estrellas que lo observaban indiferentes y con un largo suspiro recorrió el mismo camino que un año atrás le había traído allí.

Al volver a la costa el sol surgía ya de su lecho marítimo y percibió en los ojos de la tripulación la sorpresa, ya que ninguno esperaba volver a verle otra vez. Los más atrevidos le preguntaron qué había ocurrido en la isla, pero él se encogió de hombros y no dijo nada, queriendo guardar para su interior aquel último año.

Pronto se dejó llevar por la rutina de la vida marinera que volvió a arrullarle con su duro cariño. Las manos doloridas, la salada sed marina, la infinitud del mar, el baile de las olas, el extenuante trabajo y la hermosa camaradería de quienes saben que su vida depende de los demás pronto le limpiaron de nuevo haciendo que su alma se sintiese ligera otra vez.

MAR MEDITERRÁNEO

I

Ocurrían maravillas en aquel mar anciano y Mischoll fue testigo de muchas. Navegaron entre enormes ballenas que surgieron a la superficie todas a una para lanzar al cielo columnas de agua tan grandes que superaban el palo mayor de su nave y por un momento creyeron cruzar un bosque maravilloso. Un día de calma chicha el barco se vio rodeado de un cardumen de peces plateados tan brillantes que tuvieron que cerrar los ojos ya que relucían demasiado a la luz del sol. Un anochecer la luna se alzó tan roja que algunos murmuraron sobre que tal vez se hubiesen perdido en el octavo mar, el secreto océano que bañaba los intersticios entre mundos, y cuando el amanecer los

volvió a rescatar de sus miedos descubrieron que se encontraban a varias millas de donde deberían estar.

Otra vez, cuando pasaron por un estrecho al sur de Italia, el capitán arrojó unas monedas y una copa de vino al fuerte oleaje del mar picado mientras toda la tripulación contemplaba las rocas conteniendo la respiración. Transcurrieron largos minutos con todos guardando silencio pero no ocurrió nada más y surgieron de nuevo al mar. Más tarde le explicaron que un viejo monstruo habitaba aquellas aguas, antaño una dama al que una rival despechada había maldecido mediante el amor que ella había rechazado. El joven contempló las aguas esperando ver algo devolviéndole la mirada desde sus profundidades y meditó sobre cómo, al parecer, su camino siempre le llevaba a seres torturados y sobre el cruel dolor que podía causar el amor. Estuvo mucho tiempo pensando e intentando mirar bajo las olas pero dejaron aquellas aguas atrás y nadie surgió a contarle su triste historia. El capitán sacudió la cabeza con tristeza y terminó diciendo unas palabras que Mischoll recordaría toda la vida.

—Cada vez queda menos magia en el mundo.

Los días en la mar transcurrían con suavidad, agotadores si se tomaban de forma individual pero fáciles de acumular hasta que descubrió que llevaba ya un año en el barco. Fue al sur de la isla de Chipre cuando, al cambiar el viento en las velas, el aroma que trajo de los campos le hizo pensar en el viejo molino rodeado de campos de mies cerca de la hospedería de sus padres. Entonces buscó entre sus escasas pertenencias y sacó una valiosa cuartilla de su reducido fajo, la botellita casi seca de tinta y con bellas palabras convenció a una gaviota de que le diese una de sus plumas a cambio de un arenque. Aprovechando la paz de la noche se sentó en la cubierta a la luz del fanal del piloto para escribir a casa.

«Queridos mamá y papá.»

Espero que esta tardía carta os encuentre bien. No por gusto he estado todo este tiempo sin escribiros pues desde Marsella me hice a la mar dispuesto a ver mundo y disfrutar del baile de las olas y terminé aislado durante un año en una isla en la que pocos barcos se atrevían a detenerse y mucho menos a pasar noche en sus costas.

En este tiempo conocí a dos mujeres, una tan oscura como la noche y la otra tan brillante como el día; ambas renovaron el viejo dolor ya casi olvidado pues me hubiese gustado amarlas como solo un hombre completo podría hacerlo. Debo estarles agradecido pues ellas me mostraron que no solo los faltos de corazón pueden sufrir por amor y que añorar el pasado y lo perdido también puede traer dolor a nuestro pecho. Pensándolo ahora, al arrullo de las olas y con la perspectiva que dan la distancia y el tiempo, veo que una buscaba completarse a través de mí, algo que debía hacer ella sola antes para que el amor no se hiciese cansado y opresivo. La otra añoraba con tanta fuerza a alguien que la había abandonado hacía mucho tiempo y perseguía con la intensidad de la locura lo que ya no podía tener, que era incapaz de ver lo bueno de lo que le rodeaba. El amor puede ser una obsesión pero cuando esta nos duele es indicativo de que ya no es amor.

He pasado un rato releiendo lo escrito y me ha asaltado una horrible vergüenza. Ahora creeréis que vuestro hijo es un filósofo, o un mal poeta, o quizá un estúpido que se cree sabio y piensa que puede dar lecciones a los demás.

Nada más lejos de la realidad. Sigo siendo el hombre curioso y sencillo que creció a vuestro lado en Poitiers pero necesitaba poner estas palabras por escrito y decírselas a alguien. Mis actuales compañeros de tripulación son buenas gentes pero sus mentes son sencillas y no entenderían lo que quería decirles. Tampoco sé si vosotros lo haréis; ni siquiera creo que yo mismo lo entienda del todo.

Vuestro hijo que os quiere»

II

Los viajes habían sido provechosos pues la carga se había vendido bien en cada destino así que cuando hicieron puerto en Cagliari, donde aguardaba la familia del capitán, tenían la idea de descansar durante unas semanas, reponer fuerzas, ver a sus seres queridos y gastar la fortuna tan duramente ganada en el tipo de diversión que no podía tenerse en alta mar. Renuente, Mischoll acompañó a pocos de sus compañeros en estas diversiones pues aún recordaba con prudencia las cadenas con las que el alcohol lo había retenido en París hacía tanto tiempo que le parecía una vida. No entendía el placer de las apuestas y los juegos de dados, y tras aquella larga temporada en el mar, sabiendo los nombres de todos aquellos que veía a diario, encontrarse súbitamente rodeado de tantas personas que no conocía le resultaba levemente desagradable, así que conforme pasaban los días él renunciaba más y más a la compañía y vagabundeaba por las zonas más tranquilas del puerto.

El capitán lo encontró una tarde contemplando las naves allí resguardadas y le invitó a cenar en su casa. Mischoll aceptó, pues valoraba la compañía de aquel hombre y lo siguió a su hogar, una casa de dos plantas con un pequeño jardín, donde conoció a un viejo camarada de éste, un rico y parlanchín pirata que antaño había pertenecido a un adinerado linaje y pudo dedicarse a la poesía al no tener otras preocupaciones que le apartasen de lo que él llamaba «artes más elevadas». Tras comer las sabrosas viandas que había preparado su esposa y haber jugado con los pequeños le preguntaron curiosos por su estancia en la isla de la bruja y él, sintiendo que lo que dijese quedaría en

aquella habitación, les habló todo lo que pudo hasta donde consideró que seguir haciéndolo sería traicionar el recuerdo de aquella mujer herida.

—El amor es un arma, hacedme caso —exclamó el pirata llenándose la pipa cuando Mischoll terminó de hablar, haciendo caso omiso de la censura en la mirada de la dueña de la casa ante aquella declaración—. Por eso no me casé nunca. Una mujer en cada puerto: es lo mejor para no hacerse daño. Y tengo una historia para demostrarlo.

Esperó con una sonrisa ufana a que le preguntasen, repantingado en su sillón, y cuando fue complacido les contó que en su juventud había vagabundado por el desierto buscando rimas entre las ruinas antiguas que salpicaban los márgenes del Nilo, pues con la fortuna de su familia podía darse a esas excentricidades. En aquellos tiempos tuvo por guía un beduino, un hombre de piel tan oscura que cuando dormía en la noche era invisible, quien al fuego de una lumbre tras una dura jornada le contó la historia de un antiguo señor de esas tierras: un faraón que amó más de lo aconsejable, si es que tal cosa era posible. Le dijo que durante un año él y su amada fueron felices y disfrutaron de todos los placeres que las Dos Tierras podían ofrecerles mientras las recorrían, pero su suerte no estaba destinada a durar y ella murió de fiebres cuando la larga peregrinación por su reino tocaba a su fin.

Se le construyó un enorme monumento para que permaneciese siempre en la memoria del pueblo que tanto la amaba, aunque ahora ya nadie recordaba dónde se encontraba. Antes de que se colocase la última piedra de la sepultura, él depositó un jarrón sellado junto al sarcófago de su amada.

Nunca se supo qué había en aquel recipiente aunque algunos especularon que había recurrido a antiguos sabios embalsamadores que le extrajeron el corazón para quitarle el sufrimiento y que así lo había dejado en el interior de la tumba para que estuviese junto a su verdadera dueña por toda la eternidad.

Al escuchar Mischoll aquella historia supo hacia dónde debía dirigir sus pasos pues se dio cuenta de que buscar un nuevo corazón era inútil y que debía

encontrar a aquellos sabios para que le enseñasen a vivir sin el suyo. Miró al capitán, quien entendió que debía buscar a un hombre para su barco; este asintió dándole su beneplácito, entendiendo ahora por fin el barullo de piezas de puzzle que su marinero había sido. Antes de que marchase le dio una bolsa de monedas, buenos deseos y le nombró un barco fondeado en el puerto que partía mañana mismo y donde sería admitido si se presentaba diciendo que había servido a sus órdenes. Mischoll se lo agradeció con un fuerte abrazo.

Así a la mañana siguiente se despidió por segunda vez de la tripulación y enroló en el navío que el capitán le había recomendado. Este lo llevaría a África desde donde después tenía esperanzas de viajar a Egipto.

Dejó atrás buenos amigos, pero por primera vez marchaba sonriente pues sentía que había descubierto algo importante para su recuperación.

III

Paola era matemática, pero tenía el alma de una arqueóloga. La conoció al atardecer en un viejo café de Túnez donde ella había arribado en uno de sus frecuentes viajes por mar. Allí tomaron juntos un café tan fuerte que hizo que sus ojos brillaran aún más y su risa fuera más célere. Hablaron mucho: de los lugares que habían visitado, de libros que habían leído y de aquella música con la que se habían enamorado la primera vez.

Al día siguiente se vieron en el bazar y allí, entre los sonidos y el aroma de las especias, sus dedos se entrelazaron por primera vez para no perderse en la multitud. Su mano, suave pero firme, tiró de él hacia un puesto de plata donde él le obsequió con un pequeño colgante con la forma de una pluma que contempló fascinada abriendo mucho sus ojos de un azul turquesa.

Ella pasó las manos sobre los hombros con gesto elegante, enlazándolas tras su nuca y le dio el primer beso. No fue uno de esos que siglos después llamarían «de película» pero sí uno de los que estaban cargados de promesas.

Salieron de Túnez juntos y viajaron durante una semana hacia el amanecer en su pequeño barco destartado que Paola había comprado siendo institutriz del hijo de un conde. En el viaje fondearon la costa, comieron dátiles y nadaron en las cálidas aguas transparentes del sur del Mediterráneo. Hablaron de matemáticas, de números que controlan todo menos una cosa, de la música

de las esferas por la cual giran los planetas y un día que habían bebido mucho vino ella rió tanto que se cayó de su bamboleante hamaca entre los palos escuchándole pronunciar Fibbonacci.

Las noches, con el oscuro cielo engarzado de estrellas, no eran para hablar.

Él recorría su cuerpo con los labios, midiendo con besos todos sus secretos: desde los pequeños dedos de los pies hasta las pequeñas arrugas que una vida de sonrisas había provocado en torno a sus ojos, deteniéndose en la pequeña cicatriz que había entre sus pechos.

Fueron días de sol y sal, de cálidos vientos y largos placeres sin prisas, de largas charlas intrascendentes y largos silencios mirando sus almas a través de los ojos.

Se despidieron con una sonrisa, pues ambos sabían desde el principio que lo que había ocurrido entre ambos no podría durar, los dos se encontraban en un viaje y no podían abandonarlo.

Mischoll vio alejarse el barco desde la costa de Alejandría mientras ella dirigía la vela con aquellas manos que tan fuerte le habían estrechado en el bazar de Túnez. El bajel se hizo pequeño y se perdió en el infinito rumbo a su destino. Solo entonces dejó él de sonreír y sintió que el vacío de su pecho se hizo tan frío y profundo que horas después el amanecer lo encontró en el mismo lugar, contemplando aún el horizonte.

Una vez dentro de Alejandría le hablaron de un sabio que vivía en Memphis, un viejo monje copto que había abandonado la orden y retornado a la sabiduría ancestral de los antiguos embalsamadores que en el pasado extraían el corazón a los faraones para que les sirviese en la otra vida.

Hacia allí dirigió su camino bajando por el Nilo en una gabarra remolcada por un afable y vetusto cocodrilo. Cuando subió a bordo el barquero, un anciano de piel oscura y pelo blanquísimo, le mostró las encías vacías y le advirtió contándole que había tenido que darle todos sus dientes al cocodrilo por una apuesta que habían hecho un día que estaban borrachos.

Dándole la razón, el viejo reptil simplemente mostró una sonrisa de perfectos dientes y agitó levemente su cola como un gato juguetero.

Fueron días tranquilos, monótonos y cargados de paz navegando entre campos de cereal que el río nutría con sus aguas. Por las noches solo encendían una lamparilla e intercambiaban historias mientras cenaban los tres. A veces el cocodrilo les contaba los chismorreos que había oído nadando en el río y reían los hombres ante la imitación que hacía del acento afectado y el comportamiento esnob de los hipopótamos, o las flagrantes mentiras de los petulantes ibis. Otras el anciano hablaba de las leyendas de su tierra en el lejano sur, donde el Nilo era apenas un riachuelo. Las menos era Mischoll quien hablaba, contemplando con fijeza la llama, e intentaba describir el azul de los ojos de Paola a aquellos que no los habían visto.

La noche antes de llegar a Memphis, después de que el joven lo hubiese intentado sin éxito una vez más, el anciano chupeteó la larga pipa de caña con sus vacías encías y manifestó su opinión.

—Deberías haberte quedado con ella.

Mischoll miró la negrura entre las estrellas durante un largo rato. El anciano acabó su pipa y comenzó a llenar otra, el cocodrilo lo observaba en ese silencio cargado de significado que solo los animales y muy pocos humanos pueden realizar.

—No— contestó finalmente con un largo suspiro—. Yo no tengo corazón y

creo que ella tampoco, aunque nunca me lo dijo. Por eso viaja buscando algo que llene su pecho. Alguien se lo robó hace mucho más tiempo que a mí.

Por un momento guardó silencio pensando en las pequeñas arrugas que había besado cada día a la luz de las velas, marcas de tristezas y alegrías entremezcladas con orgullo en su piel.

—Fue maravilloso y duró lo que tenía que durar —sentenció y se dio cuenta que estaba sonriendo.

El anciano asintió al fin y chupeteó la cánula de su pipa en silencio mientras el cocodrilo miraba las aguas y con disimulo dejaba caer una lágrima.

Aquella noche, la última del viaje, los tres tardaron en dormir pero cuando lo hicieron tuvieron sueños agradables.

MEMPHIS

I

Mischoll despertó sobre la arena suave de la orilla del Nilo. La superficie del río ya no albergaba barca alguna que rompiese el curso del agua lenta fluyendo como el tiempo. A su lado descansaba una cesta de mimbre hecha con los juncos fuertes de aquella zona. Dentro había dátiles y tortas de miel y mientras mordisqueaba una, meditó en si todo aquel viaje había sido un sueño.

A mediodía se adentró con paso firme en la milenaria Memphis que lo acogió con indiferencia entre sus blancos edificios que tantas historias habían

visto pasar. Preguntó por el sabio que buscaba a unas mujeres que fabricaban canastos con los tallos de las plantas del río y ellas, con malos modos y un gesto de protección contra el mal de ojo, le indicaron cómo llegar a un olvidado templo en el corazón antiguo de la urbe, allí donde los edificios se inclinaban unos sobre otros como ancianos que ya no podían mantenerse en pie. Caminó por callejuelas cada vez más estrechas y terminó llegando a una larga cola de gente doliente que aguardaba en la puerta de un pequeño y vetusto templo de lisas paredes en el que dos sacerdotes guardaban las puertas, uno muy alto y el otro corpulento como un barril.

Se unió a los que esperaban y allí aguardó durante horas pero hasta que cayó la noche la fila no se movió y entonces, como si hubiese recibido una señal previamente acordada, la pequeña multitud que permanecía a la espera se dispersó con expresión ausente. Un sorprendido Mischoll quedó allí, de pie en la oscura calle, observando a las gentes alejarse totalmente desconcertado hasta que uno de los guardianes del templo se le acercó y poniéndole una mano en el hombro señaló las sombras entre las calles.

—Tengo que ver al sabio —dijo el joven.

El sacerdote, que era alto y delgado, asintió cortésmente sin dejar de sonreírle con lástima.

—Hoy el maestro no va a ver a nadie; tal vez mañana tengas suerte— le contestó con voz profunda.

Mischoll, cabizbajo, se adentró en las oscuras callejuelas, buscando algún lugar donde dormir decidido a volver al amanecer del día siguiente. Tan fuerte fue su propósito que apenas durmió aquella noche y como dijo el antiguo poeta, cuando la nívea aurora acarició con sus ligeros dedos las calles de la ciudad lo encontró caminando, dejando atrás el pequeño rincón donde había pasado acurrucado las pocas horas de sueño.

Cuando llegó al viejo templo encontró a los dos guardianes situados ante

la puerta, mirando con expresiones indolentes a la pequeña fila de gente que ya había empezado a formarse. La componían una anciana encorvada de nudosas manos y un enorme hombre con una gran barba, tan alto como el guardia espigado y tan corpulento como el bajo.

De nuevo nadie dijo nada mientras el tiempo transcurría y ninguna persona entraba ni salía de las custodiadas puertas. El estómago de Mischoll protestó debido a la espera y sacó la última torta de miel que le quedaba. Se dio cuenta de la mirada que le dirigieron el hombretón y la anciana y con una sonrisa la partió en tres trozos y les ofreció dos. Ellos mostraron su agradecimiento con una inclinación de cabeza y la espera se hizo un poco más soportable. Solo cuando el sol estaba en lo más alto los guardianes se movieron para repartir un cazo de agua entre los que esperaban.

Le sorprendió la dulzura del agua y contempló sorprendido cómo la mujer que le precedía se frotaba la lengua como si quisiese limpiar un mal sabor. Cuando todos hubieron bebido, los guardias sacaron una cesta y repartieron deliciosas galletas que al igual que el agua contribuyeron a revitalizarle a pesar de que el resto de la cola no parecía disfrutarlas. Por desgracia aquel día tampoco se abrieron las puertas del templo, así que cuando la fila se dispersó él volvió al mismo rincón donde había pasado la noche y se tumbó a dormir deseando tener más suerte la jornada siguiente mientras su estómago protestaba por lo exiguo del alimento.

II

Al amanecer volvió a la puerta del templo con paso cansado, cuerpo dolorido y en su mente ardiendo la idea de aquel agua y aquellas galletas que refrescaban su alma. Eran magro consuelo pero necesitaba el alimento y la bebida para aguantar en pie el clima de la ciudad y por su dulce sabor no le importaba soportar los olores de las gentes, el calor inmisericorde del sol ardiente ni las miradas de los guardias que a veces parecían burlarse de ellos mientras los recorrían asegurándose que no había ningún alboroto.

El sol volvió a recorrer su camino en el cielo hasta que las sombras se alargaron en la plaza y llegó el momento del ansiado refrigerio que tanto anhelaba. Casi pudo paladear la galleta mientras veía como se la entregaban a las personas que había ante él en la cola y cuando le llegó la suya la mordisqueó intentando calmar su estómago. Por pura fuerza de voluntad consiguió aguantar sin devorar el último trozo y lo guardó entre sus ropas para esa noche. Después, tras esperar otro día estéril, la gente volvió a dispersarse por las calles de la ciudad y él caminó de nuevo al lugar donde había dormido las noches pasadas.

Esta vez no tuvo suerte; el hueco entre escaleras a refugio del paso de animales, gentes y la fría brisa que surgida del río recorría las calles ahora que el ardiente sol se había dormido estaba ocupado por un enorme perro que le gruñó al acercarse. Mischoll miró al animal, viejo y lleno de cicatrices pero con energía en unos ojos cargados de amargura y decidió que prefería buscar

otro lugar para dormir. Era un buen sitio pero no lo suficiente como para arriesgarse a sufrir una dentellada de un perro como aquel. Sin embargo, como la mirada del animal le trajo viejos recuerdos, sacó el sobrante de la galleta, la partió por la mitad y le lanzó un pedazo. El orgulloso animal bajó el rostro, receloso de los humanos que le habían maltratado y lo olisqueó. Después bufó y su respiración lo lanzó de nuevo a los pies de Mischoll para volver a tenderse en el frío suelo de nuevo sin apartar su mirada de él. El joven se encogió de hombros y continuó su vagabundeo.

Llegó a la vera del río y se recostó sobre una antigua pilastra erigida para recordar algún gran hecho del pasado que ahora ya nadie recordaba. Allí sacó el pedazo de galleta que le quedaba y lo mordió. Estaba delicioso y cuando lo terminó, demasiado pronto para su gusto y su dolorido estómago, se lamentó de haber malogrado un trozo ofreciéndoselo a aquel animal desagradecido.

El amanecer volvió a encontrarle en marcha, volvió a hacer cola y volvió a ser infructuoso. Los guardias le tendieron la galleta y esta vez sin poder contenerse la devoró de dos bocados como vio que hacían todos los demás de la cola. Al irse esta vez no se alejó demasiado y se tendió a dormir en un portal de una calle cercana al templo que no parecía demasiado transitado importándole cada vez menos el frío, los animales o las personas. Y con esta forma de vida pasó Mischoll un mes en Memphis, aguardando en aquella cola que no se movía ni un ápice en busca de una sabiduría que no llegaba, comiendo los mismos alimentos a diario cuyo sabor se iba tornando más desagradable y durmiendo sobre el suelo en los lugares que los propios animales habían desechado. Tal vez pensase que todo era una prueba, que los guardias tomaban nota de la fidelidad e implicación de los que esperaban fuera del templo y así juzgaban lo importante de su determinación.

Las noches eran igual que los días, pues cada vez que soñaba lo hacía con el templo; al principio con que sus selladas puertas se abrían y podía pasar al interior donde el sabio maestro le ofrecía conocimientos que permitían que en su pecho anidasen las mismas emociones que antes de perder su corazón, pero con el paso de las noches empezó a soñar más y más con la galleta, el agua y su sabor cada vez más insoportable.

Hasta que una mañana no pudo más. No ocurrió nada especial que le abriese los ojos, no hubo ninguna epifanía, ninguna bella diosa de dorados dedos le rozó al despertar revelándole un secreto con su aliento. Simplemente sus pies decidieron tomar el control ya que su mente no parecía funcionar y cuando llegó a la plaza frente al templo no dejaron de caminar. Continuaron en movimiento arrastrándole frente a la fila ante la mirada de aquellos que habían sido sus compañeros en los que brillaba por primera vez la sorpresa. Hasta los guardias intercambiaron un breve susurro mientras le seguían con la vista atentos por si intentaba saltarse la cola y entrar por la fuerza. Mischoll no les devolvió la mirada. Aquello era una derrota, el templo le había superado y aquella sabiduría no era para él. Allí había puesto todas sus esperanzas pero había resultado ser un pozo seco que se las había tragado todas.

III

Sus pasos le hicieron abandonar la ciudad sin mirar atrás, creyendo en su fuero más interno que cometía un error pero incapaz de permanecer más tiempo en aquella cola que esperaba sin moverse durante días y días.

No tenía rumbo así que escogió una dirección al azar y comenzó a caminar sintiendo la arena deslizándose bajo sus pies y la llamada del horizonte del desierto. Tal vez se encaminaba a Nubia y allí conociese a gente con una piel más oscura que Alejandra, o volviese a Alejandría a visitar los restos saqueados de la Gran Biblioteca, o quizás, como luego descubriría, se estaba adentrando en la zona más inhóspita de aquel enorme yermo mientras la muerte le acechaba.

Como además de no tener rumbo también carecía de planes de futuro, no llevó agua ni alimentos pues tampoco le quedaban esperanzas, depositadas todas en aquel templo al que nadie podía entrar. Tal vez, en realidad, buscaba una forma de huir de aquel lugar y hallar una solución en la sabiduría de los espíritus que, se rumoreaba, cantaban en el desierto al anochecer. Tal vez simplemente se había cansado de vivir y buscaba expirar y ser olvidado entre las arenas.

Lo cierto es que estuvo más cerca de encontrar lo segundo que la primera. Se alejó de rutas conocidas intentando dejar la mente en blanco para que no le

asaltasen los pensamientos que le acechaban siempre que no tenía nada en que pensar. Sin embargo aquello era imposible. El brillo de la arena y el azul del cielo limpio, tan sencillos, abiertos y monótonos como si perteneciesen a una Tierra en la que nunca hubiese habido hombres, invitaban a caer en pensamientos y reflexiones cada vez más profundos a los que Mischoll no quería llegar.

Tarareó canciones para entretenerse, recordó entre solitarias risas la picante anécdota que había contado el cocodrilo del Nilo sobre dos hipopótamas y exclamó a las dunas hasta perder la voz todas aquellas palabras que aprendió de las damas que iban hacia París y que hacía años que no había pronunciado, pero las dunas se tragaron aquellas palabras y ningún djinn vino a preguntarle por su significado.

Su garganta terminó ronca por el calor de los días y el frío de las noches, el polvo sempiterno y aquella infructuosa huída del silencio y la meditación.

Tardó tres días en desfallecer sobre la ladera de una duna. Su cuerpo falló pero su mente hacía tiempo que lo había hecho y se encontraba perdida en el pasado, en los tiempos que había pasado en la hospedería, en los que había pasado con ella.

Los recuerdos le desbordaban.

La fragancia de sus cabellos, el suave tacto de sus caricias, la musicalidad de su risa, la medida de su cintura cuando la abrazaba... Todo ello le golpeaba a pesar de no haber pensado en ello en años. Aunque le sorprendió encontrar que por algún misterio de la memoria su rostro le era esquivo y no conseguía rememorarlos.

A veces la veía con la expresión concentrada de la pequeña pintora de cuadros, en otras los exóticos rasgos de Alejandra o la serena madurez de Paola y los de muchas más mujeres que había conocido. Y en cada rostro el vacío de su pecho se hacía más y más doloroso hasta que acabó cayendo en

ese sueño tan cercano al fallecimiento que solo los expertos pueden distinguirlo.

Por fortuna para él, uno de esos diestros profesionales con el límite entre la vida y la muerte se encontraba ahora muy cerca, guiando una pequeña caravana rumbo a Memphis. Se había alejado de las rutas principales por motivos deshonestos y al encontrar al joven quemado por el sol y a punto de morir, sintió que Alá estaba dándole la oportunidad de volver al redil de los justos, así que lo cargó en uno de sus camellos y compartió con él su agua, hasta que tras dos noches recuperó la consciencia y pudo hablar.

¿De qué hablaron en su jaima?

El hombre, de piel tan oscura como la noche, le narró su vida, una vida gastada y llena de cicatrices, cargada de las malas decisiones que había tomado, las esposas que no había amado y endulzada por la libertad bajo el firmamento nocturno en el laberinto de las arenas.

También le habló de cierta doncella, todo ojos y redondeces, que siendo él muy joven en la corte de Murad Bey, había admirado bailar apenas vestida con unos pañuelos de delicada seda y de la que, ¡ah, la estupidez de los hombres! jamás había podido olvidar pese a que en aquel momento no supo hablar con ella por temor al mayor de los ridículos.

Mischoll por su parte le habló de sus viajes, de las maravillas que había visto y la gente que había conocido. El hombre se regocijó con todo aquello, al principio llamándole mentiroso entre carcajadas pero terminó creyendo sus palabras al percatarse de cómo el joven no tocaba nunca su pecho donde albergaba la herida. Mischoll terminó exponiéndole el vacío que gobernaba su vida y hablándole del corazón que no latía en su interior, perdido en algún lugar desconocido.

El mercader le confesó entonces que hacía muchos años había conocido a un hombre que le había hablado de la medicina del corazón, un maestro que

había venido con el Corso en la expedición que había marcado la historia de ese país. Ahora hacía espejos en Venecia y de vez en cuando le pedía arena del interior del desierto para una de sus obras. También se rió bastante de los sacerdotes del templo en Memphis, afirmando que no había más sabiduría en sus tres cabezas que en las de sus tres camellos más estúpidos.

Y mientras hablaban de estas cosas bebían un café, fosco como el cielo sobre sus cabezas, y que aportaba calidez al alma y tranquilidad a las mentes agitadas.

IV

Tardaron dos noches en regresar a Memphis y en ellas intercambiaron historias y buenos deseos. Mischoll le explicó lo que se sentía navegando por los estrechos cercanos a Grecia y el mercader le enseñó medio centenar de los peores insultos que conocía en media docena de lenguajes del desierto, uno de los cuales ya solo hablaba él.

Cuando quedaba poco para llegar a la ciudad se despidieron. El hombre se desvió a un pequeño oasis cercano, donde permanecería unas pocas horas en espera de otro mercader que adquiriría lo que él llevaba para después venderlo en la ciudad, pues había asuntos de sangre que debían mantenerle lejos de sus calles y Mischoll le deseó buena fortuna en el futuro y un pasado tan lento que jamás lo encontrase.

El hombre rió al escuchar esto y puso una mano sobre su hombro.

—El pasado siempre nos alcanza, haríamos bien en recordarlo a diario. A mí me atraparé y quedaré muerto sobre la arena, pero espero adivinar cuándo llegue y poder enfrentarme cara a cara con él —Le dedicó una sonrisa de enormes dientes blancos—. Es algo que tú también deberías hacer.

—Quiero solucionar mi futuro antes de enfrentarme a mi pasado.

—Tal vez lo estés haciendo al revés, amigo —Se encogió de hombros y se llevó la mano a la frente antes de alejarse—, pero yo no soy un sabio ni tengo un bonito templo y los que peregrinan hacia mí lo hacen con cuchillos bajo los ropajes y malas intenciones.

Mischoll quedó callado y asintió. El hombre clavó los negros ojos en los suyos y escrutó en su interior. Después le devolvió el asentimiento.

—Eres el primer hombre que no conoce mi pasado y no me has preguntado por él. Te considero un amigo, Mischoll el viajero, el que ha visto tierras que yo no puedo imaginar; y me has obsequiado con tu historia, una que sé te cuesta contar. Déjame que te otorgue yo la mía y veamos si aún puedes mantenerme la mirada.

El hombre le habló de una época pasada, cuando el Corso había venido a esta tierra pertrechado de militares pero también de hombres sabios y científicos. Él y su hermano eran hombres del Murad Bey, el último gobernante del país y perteneciente a una larga dinastía. Como eran jóvenes y se les daban bien las lenguas les echaron a suerte a quién mandarían a hablar con los franceses, a hacerse pasar por un traidor que les llevaría por los mejores caminos y les conduciría a su perdición. La fortuna le correspondió a él y su hermano quedó en la corte con la chica guapa a la que él no se había atrevido a hablar. El Murad tenía buena vista para estas cosas y su plan salió tal cual había planeado. Fue incluso demasiado fácil, tanto que al poco estaba dentro del campamento y en breve tiempo acabó formando parte del círculo interno del Corso y a veces se le permitía asistir a las mismas reuniones que su estado mayor. También, cuando los militares no lo requerían, ayudaba fascinado al cuerpo de científicos que acompañaba a la expedición. Allí conoció al vidriero que hacía espejos, a un hombre que replicó cierto experimento muy antiguo para demostrar que la Tierra era una esfera, a otro que curó una enfermedad endémica de aquellas tierras y a un cuarto que encontró una enorme piedra escrita en tres idiomas y que, según dijo, serviría para traducir la lengua perdida de los faraones.

Espiaba para el otro bando y pasaba información, pero cada día le costaba más. Aquellos no eran los mejores hombres pero sí traían leyes y prometían acabar con la esclavitud. Así que cuando le dijeron que asesinase al Corso el veinte de julio para que las tropas de Murad y su hermano Ibrahim cayesen sobre su ejército descabezado a la sombra de las pirámides, él tuvo dudas. En todo el tiempo que aquella dinastía había reinado apenas habían cambiado las cosas en aquellas tierras, y los pocos conocimientos que se tenían se iban perdiendo como las dunas del desierto. Aquel hombre traía otra tiranía, pero también progreso, así que cuando se coló en su tienda no pudo cumplir su misión y le advirtió del inminente combate.

Los mamelucos eran audaces hijos del desierto pero desconocían la disciplina y la cautela. Pese a todas las advertencias que les había dado no creían en los cañones y confiaban exclusivamente en su valor, sus puñales de Damasco, sus caballos beduinos, y en la bendición del Profeta, por supuesto.

El hombre se detuvo y una expresión de dolor surcó su rostro. Aún tenía la mano sobre el hombro de Mischoll.

—Aquella mañana, al ver las tropas de Murad Bey, el Corso me estrechó esta misma mano con agradecimiento y dijo una famosa frase que aún resuena en mis oídos. «¡Soldados! ¡Desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan!» —El hombre se había llevado la mano al pecho al decir esto y al darse cuenta la quitó de ahí—. Pero al parecer no solo nos contemplaban cuarenta siglos, también lo hacía vuestro Dios mientras el nuestro estaba ausente. Fue una masacre. Apenas cuarenta franceses murieron y las tropas de Murad Bey fueron expulsadas y desbandadas poniendo fin a setecientos años de gobierno mameluco.

Mischoll conocía la historia que seguía, pero dejó que el hombre siguiese contándola pues sabía que con cada palabra liberaba un dolor que llevaba mucho tiempo atesorando.

—Diez días, mi traición fue por un cambio que apenas duró diez días. Los británicos vencieron a la flota francesa y el Corso rompió el cerco para volver a Francia y tomar el poder abandonándonos de nuevo a la oscuridad. Desde entonces he vivido en el desierto huyendo y matando a todos aquellos que venían a por mí. Traficando con cosas tan oscuras como la gente que las vende y compra; y si sigo vivo es por la habilidad que el Más Grande me otorgó con el cuchillo.

Cayó el silencio y finalmente el hombre le soltó.

—Esa es mi historia, Mischoll. Eres el primero a quien se lo cuento.

El joven no apartó los ojos de los del hombre. Subió su mano y la apoyó en su hombro, copiando el gesto que él había tenido antes.

—Tu confianza me ha honrado. Me salvaste de la muerte, me acogiste bajo tu techo y compartimos tu café. Me gustaría seguir llamándote amigo. Me gustaría tener la amistad de un hombre valiente, honesto y bueno.

El viajero le sonrió y lo abrazó bajo el sol del desierto.

V

De esta manera volvió Mischoll a la ciudad, sin hallar respuestas en el desierto pero con la voluntad reforzada de hablar con el sabio del templo.

Si no era satisfactorio tal vez podría viajar a Venecia a ver al hacedor de espejos, pero primero entraría en aquel templo y comprobaría si las palabras del sabio valían lo mismo que el berrido de uno de los camellos del mercader.

Con paso firme llegó a la puerta del templo donde comenzaba a formarse la cola diaria y descubrió que algunos de los que ya conocía permanecían allí. La vieja señora con la que había compartido una torta de miel el primer día le hizo un gesto para que se acercase invitándole a colocarse en su posición habitual pero Mischoll movió la cabeza y se puso en el último puesto.

De nuevo no hubo cambios en el transcurso del día: nadie entró y nadie salió, las puertas ni siquiera se abrieron y todo fue igual salvo por la determinación de Mischoll, que sabía que hoy hablaría con el sacerdote o no habría un mañana.

Al atardecer los dos guardias repartieron las galletas y el agua. Cuando le tocó el turno Mischoll negó con la cabeza, a pesar de los cuarteados labios y los rugidos de su estómago ante un alimento que por muy rancio que estuviese

era lo más deseado en ese momento.

El guardia bajo alzó una ceja intrigado.

—¿Estás seguro?

Mischoll, que tenía la lengua tan seca que no se atrevía a hablar, asintió con determinación, pues esta era lo único que le quedaba. Ambos hombres sonrieron y continuaron repartiendo sus preciados y detestados obsequios en la cola.

El día continuó su lento paso mientras Mischoll se esforzaba por permanecer en pie. La luz se hizo cada vez más mortecina hasta que llegó la fátidica hora en que los guardias dispersaron la cola pero él permaneció en pie tenazmente. Al igual que el primer anochecer que pasó allí, el guardia alto y delgado apoyó su mano de tenaza en su hombro y le señaló las calles sombrías en silencio. Sin mover los pies Mischoll se sacudió la mano del hombro con terquedad.

—No me iré —su voz salió con dolor de su garganta ronca por la falta de agua y el agotamiento.

—Pero debes hacerlo. Tal vez mañana haya más suerte —le replicó este con la voz cargada de simpatía.

Mischoll negó con la cabeza de nuevo.

—No me iré —repitió.

El sacerdote bajo transformó su mano en un férreo puño y lo agitó ante su rostro.

—Si no te vas te echaremos y aprenderás la lección con huesos rotos. Tal

vez mañana sea el día y tú no puedas estar en la cola.

Miró el puño y después a los ojos del hombre bajo. En ellos solo había certidumbre. Después miró a los del alto. Eran amables y le suplicaban que renunciase.

—Hacedlo —les invitó recrudesciendo su mirada—. Se acabaron las esperas, el agua salobre y las galletas rancias. Si el sabio no quiere verme es un monstruo sin compasión y por tanto no merece ningún respeto ni podré aprender nada de alguien como él. No soportaré un día más, pero no me iré por mi propio paso sin haberlo visto.

Ambos guardias se miraron.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es —respondió rezando por que le restasen las fuerzas suficientes como para no caer antes de recibir el primer golpe.

De repente el rostro de los dos sacerdotes mudó en sendas sonrisas.

—Entonces puedes pasar —dijeron mientras se hacían a un lado y le ayudaban a entrar.

Atrás quedó el frío nocturno de Memphis, pues dentro un par de braseros caldeaban el ambiente iluminando una amplia estancia espartana que otrora había sido un templo dedicado a olvidadas deidades y que ahora, desprovisto de adornos y estatuas, resultaba extrañamente acogedor. En el centro, un arrugado anciano de enorme barba estaba sentado sobre una estera contemplándoles avanzar con los ojos de un benévolo abuelo.

Los dos sacerdotes acompañaron a Mischoll hasta una pequeña estera

situada frente a él y mientras el bajo le ayudaba a sentarse el alto se perdió en las sombras y retornó con dos cuencos de leche y un plato de galletas. Después ambos se retiraron.

En silencio el anciano sacerdote le indicó con un gesto de su mano que comiese, pero desconfiado permaneció quieto. Con una franca sonrisa de grandes dientes muy blancos el sabio cogió una de las galletas y la untó en su cuenco para después llevarla a la boca y masticarla disfrutando obviamente de su sabor.

—Adelante, come —le invitó con voz profunda—. Estas galletas no son como las otras, solo cereales y miel.

Mischoll aún vacilante alargó la mano y cogió una. Su estómago rugió en homenaje al dulce y cálido aroma que desprendían así que sin poder soportarlo la mordió. El anciano tenía razón; era una galleta normal y corriente, una pequeña maravilla de forma redondeada. Descubrió que había cerrado los ojos mientras la paladeaba. También había bebido leche y aún antes de que la hubiese tragado el anciano le sirvió más sin perder aquella franca sonrisa.

—¿De qué eran las otras?—consiguió preguntar sin atragantarse.

La expresión del anciano no cambió pero la respuesta fue inesperada.

—Dímelo tú.

Mischoll sintió que se encontraba de nuevo ante otra clase de prueba así que meditó su respuesta largamente antes de decir nada mientras miraba los despiertos ojos amarillentos del sabio. Pensó en el sabor amargo, tan dulce de los primeros días, pero que con el paso del tiempo se había hecho más y más insoportable, hasta ser algo intragable pero a la vez deseado, hasta ser casi el objetivo de esperar en aquella fila de personas a las puertas del viejo templo.

Solo podía haber una respuesta.

—De compasión.

El sabio sonrió aún más y asintió.

—Así es: la compasión es dulce al principio pero puede volverse amarga si nos conformamos con ella, si se convierte en el objetivo de nuestras acciones. La compasión debe ayudarnos a limpiar nuestras heridas, reunir fuerzas y pertrecharnos de aquello necesario para continuar nuestra vida. Un exceso de ella a lo largo del tiempo nos hace adictos a su sabor, blandos, débiles, incapaces de intentar coger las riendas de nuestra vida.

Mischoll mordió otra galleta y su estómago rugió agradecido.

—Yo no deseo compasión, sacerdote, solo sabiduría y ayuda. En Alejandría me dijeron que era un sabio que conocía las artes de los reyes antiguos, la magia de los que extraían órganos y los guardaban en vasijas. Hace mucho tiempo a mí me robaron una parte y se la llevaron. Soy un hombre sin corazón, un hombre que no puede amar: soy un ser con una herida en el pecho por la que escapan toda su ilusión y sus buenos sentimientos.

El viejo guardó silencio tan intrigado como sorprendido estaba el joven por la vehemencia con la que había hablado. Desde aquel lejano amanecer fatídico jamás había sido tan sincero así que continuó hablando, contando su historia con unas palabras que brotaban de él como el agua de un río que vence la resistencia de una presa y corre por primera vez libre en mucho tiempo.

El sacerdote escuchó la historia de Mischoll con la paciencia de los ancianos, haciendo las preguntas pertinentes cuando notaba que el joven se perdía en los detalles o intuía que el dolor podía hacerle omitir algo

importante. Tragó su crónica con lentitud, paladeando su sabor, pues pocos eran los que superaban la prueba y traspasaban la entrada en el templo. Los que lo hacían eran gente especial, individuos que luchaban por ser como los demás cuando estaban hechos precisamente para lo contrario.

Cuando Mischoll dejó de hablar el sacerdote le preguntó a qué había venido a pesar de que sus viejos ojos podían ver la respuesta incluso más claramente que al propio joven que la emitía.

—Hace tiempo escuché la historia de un faraón que enterró su corazón junto a su amada para no volver a sufrir mal de amores. En Alejandría me dijeron que usted era un sabio en esas artes antiguas de esta tierra y vine para pedirle ayuda. Como no pude entrar en el templo me alejé al desierto y caminé sin rumbo hasta que encontré un mal hombre que quiso hacer una buena acción y me dijo que usted era un estúpido.

Al terminar de escuchar aquello el anciano agitó la cabeza dolido ya por sus próximas palabras mientras en su rostro aparecía una sonrisa triste.

—Ese era mi hermano al que hace demasiado que no veo. Él vive en el presente pero su pasado le persigue. Yo soy un hombre que intenta vivir en el pasado pero que no puede escapar del presente —Sacudió la cabeza una vez más para cambiar de tema—. Por desgracia no sé si podré ayudarte, pues aunque esas artes antiguas de las que te hablaron son tan ciertas como te dijeron, poco bien atesoran. Proviene de tiempos más bárbaros de gente que creía que esta vida no era sino una fracción de la venidera, un mero vestíbulo en sombras antes de llegar a la verdaderamente importante. Para hacer el paso entre ambos más sencillo estudiaron cómo extirpar el dolor pero no cómo curarlo. Pesaban sus corazones en balanzas para saber si habían vivido como los dioses exigían pero jamás se preocuparon por volver a introducirlos en sus pechos.

Mischoll contenía la respiración mientras él hablaba, aguardando una solución, unas palabras que no llegaban.

—Tendemos a considerar que los hombres de antaño tenían una sabiduría que hemos perdido —continuó el sacerdote—, pero en este caso la suya no merece la pena ser recordada. Ojalá llegue el día en que lo que yo sé se olvide, en que ninguna persona se pueda llevar el corazón de otra.

—En mis viajes he visto un puñado de cosas y entre ellas un buena plétora de dolores y alegrías —le interrumpió el joven, incapaz de guardar silencio un momento más—. También las he sentido: he maldecido mi falta de corazón y a la que me lo robó cuando la noche caía, la pasión se saciaba y me daba cuenta que no podía amar. Pero ahora ya no me arrepiento de haber entregado mi corazón ni de haber querido como lo hice. Ojalá llegue el día en que podamos entregar nuestro corazón sin tener miedo de perderlo para siempre.

Ambos se miraron un largo rato en silencio, reflexionando sobre las palabras del otro. La noche transcurrió con tranquilidad y las luces de los pebeteros fueron perdiendo fuerza.

—No puedo ayudarte. Los corazones que persisten en las vasijas están ya tan muertos como las personas que provocaron su pérdida y no queda magia en ellos, pero se que mientras una persona esté viva lo estará su corazón, pues no existe maldad en este mundo ni en el otro capaz de matarlo. Estoy seguro que el tuyo está vivo y llamándote. El camino ha sido largo pero estás más cerca del final de lo que crees y no deberías rendirte ahora. Existe un artesano en Venecia, en la isla de Murano, del que se dice que puede ayudar a quienes como tú no pueden escuchar su corazón. Hace años vino a estas tierras a buscar viejos secretos y marchó solo con arena. Llévale tu historia y tal vez te cuente uno.

VI

Mischoll salió de Memphis con un nuevo destino en mente y quiso la fortuna que encontrase pasaje hacia el norte en la misma barca que le había traído, así que realizó el camino a Alejandría acompañado por el viejo y el cocodrilo. Ambos se alegraron de volver a tenerle a bordo y de nuevo se sentaron sobre la cubierta bajo el firmamento nocturno contando las nuevas anécdotas que habían vivido, así como repitieron algunas de las viejas que más les gustaban. El anciano volvió a contar la de cuando abandonó su tierra muy al sur porque soñaba con navegar el ancho río y allí este era apenas un hilo de agua cargado de promesas y esperanzas. Mischoll compartió con ellos algunas de las historias que había aprendido del hombre del desierto, como la de los maliciosos djinn encerrados por Salomón en botellas enterradas hace milenios bajo las dunas y que prometen tres deseos al desafortunado que los libere para luego convertir su vida en un infierno al malinterpretar de forma cruel sus peticiones. El cocodrilo les reveló que estaban navegando sobre un viejo tesoro que había encontrado bajo las aguas cuando era apenas una cría: un barco dorado de un antiguo faraón olvidado tan avaricioso que había querido navegar con todas sus riquezas demostrando más valor que sentido común y que se había hundido muy cerca de allí. El viejo le llamó mentiroso y el cocodrilo se enfurruñó proclamando que si no hubiese tanto barro en el lecho del río podría traer el pesado medallón de oro del pecho del faraón que lo había arrastrado al fondo por no desprenderse de él.

El anciano volvió a reírse y el cocodrilo murmuró algo que solo decía a los hipopótamos más viejos y lentos que no se apartaban al paso de la barca con suficiente rapidez. Después se tiró al agua y volvió tras una hora con dorados anillos en las zarpas, un enorme medallón en el cuello y una enorme sonrisa de suficiencia en las fauces. El barquero se disculpó cuando el reptil le regaló el medallón y los tres brindaron por el alma del faraón entre carcajadas.

A Mischoll la idea de quedarse le tentó. Podría ser el aprendiz del anciano que le contaría los secretos del río y terminaría llevando la barca en aquel río milenario transportando gente esperanzada en busca de respuestas o gente que estaba desilusionada por las que había obtenido. Sería una buena vida ayudando a los demás a recorrer su camino, pero pronto desechó ese plan pues sabía que implicaría despedirse continuamente de la gente que una vez terminado el trayecto siguiese adelante con su destino mientras él se había rendido y quedaba en aquella cómoda barca que surcaba una y otra vez las mismas aguas.

La última noche les explicó lo ocurrido en el templo. Ambos lo escucharon con atención, como los buenos oyentes que eran, congratulándose de las palabras que el joven le dijo al sacerdote y brindaron por el día en que las personas no temiesen entregar su corazón a otros por miedo al daño que pudiesen recibir. Después cantaron una canción triste en un idioma cuyo significado nadie conocía ya y juraron que volverían a verse.

Al día siguiente Mischoll volvía a caminar por Alejandría. Como se había quedado sin dinero se enroló de nuevo en un barco. Era un pequeño mercante de dos palos que partía hacia el Egeo y después a Sicilia cabotando el Tirreno. La tripulación era amable, hombres que se habían enrolado huyendo de un pasado del que raramente hablaban más que en las largas noches de luna llena, cuando el arrullo del mar animaba a descargar el peso del alma con palabras en la oscuridad.

Volvió a sentir la camaradería de tener un propósito y depender de otros para llegar a puerto así que durante unos meses vivió una vida tranquila con aquellos que le habían salvado de la soledad del viaje en solitario, hasta que una noche, en Cnosos, avistó bajo las hojas de una parra que adornaba una terraza el rostro de Paola entre la multitud, riendo. Pensó en acercarse, pero también en los dedos de sus pies bajo la luz de la luna, en el tacto de su piel bajo sus labios, en las pequeñas arrugas que la sonrisa había marcado en su rostro, en su alegría, en la medida exacta de su cintura cuando la había rodeado con los brazos, en el azul de sus ojos tan similar al cielo sobre Alejandría la mañana que se separaron...

Cuando volvió a mirar ella había desaparecido; tal vez nunca había estado ahí o tal vez se había deslizado sin verle en una de las callejuelas del barrio viejo. ¿Fue una ilusión o fue otra de esas casualidades que el destino pone en nuestro camino para enderezarlo? No lo sabía; tampoco quería saberlo pero había supuesto el revulsivo que necesitaba. Desde entonces se esforzó por recordarse que no debía ponerse cómodo, que cada hermoso amanecer, cada día de limpio trabajo y cada anocheceer en camaradería acortaba la cercanía al día de su marcha. La mar y el amor podían confundirse a veces pero él no debía dejarse embaucar. Se preguntó si aquella vieja historia de las sirenas sería real o solo eran los cuentos de aquellos que habían dejado todo por la placidez que el horizonte marino prometía y jamás habían vuelto a su antigua vida.

Alzando la vista encontró una gaviota y le sorprendió descubrir que era el mismo animal con el que había enviado una misiva a sus padres hacía ya tanto tiempo. Con bellas palabras le ofreció el mismo trato pero el animal, más viejo, astuto y sabio regateó hasta obtener tres peces que Mischoll pescó para él. Mientras los comía el joven se sentó en la cubierta y sacando su tintero casi vacío escribió la siguiente carta para reforzar su decisión.

«Queridos mamá y papá.

¡Egipto!, ¡he estado en Egipto! Ya sabéis lo que estas

lejanas y antiguas tierras maravillaron a los nuestros hace no demasiados años. He recorrido el Nilo desde Alejandría a Memphis, he visto las pirámides y hablado con sabios y mercaderes, idiotas y asesinos. Vine buscando sabiduría antigua y obtuve experiencias que jamás pensé que tendría. He visto llorar de risa a un cocodrilo, comido en la jaima del guía del viejo emperador, sido engañado por un sacerdote y llenado mi estómago con galletas de compasión que al principio eran sabrosas y luego me dieron asco. Hice colas durante días para solo recibir palabras huecas y he pasado tanta hambre y sed que el agua salobre y unos dátiles me parecieron un festín de reyes. Hablé con un hombre anclado en el presente y con su hermano anclado en el pasado.

De ambos obtuve una dirección, un último lugar hacia el que dirigir mis pasos. Parto a Venecia a ver a un maestro que en el pasado se dedicó a la medicina del corazón y ahora hace espejos en Murano. Será mi último intento y pronto nos veremos. Si él no puede ayudarme volveré a casa y abandonaré mis intentos; si lo hace seré un hombre completo y volveré para abrazaros con un corazón nuevo en el pecho.

Siento que para bien o para mal esta es la última parte de mi viaje. Solo os pido un poco más de paciencia.

Vuestro hijo que os añora.»

VENECIA

I

Cuando llegaron a Sicilia abandonó el barco y viajó al norte, a veces como pasajero en carros ajenos, otras a pie sobre las viejas calzadas, en pos de su última esperanza. Como había prometido a sus padres, en su fuero interno sabía que encontrase lo que encontrase sería su último esfuerzo y después se rendiría e intentaría vivir lo que le restase de vida como mejor pudiese.

En ocasiones se detenía en algún lugar hermoso y buscaba trabajo durante unos días, descargando materiales, ayudando con la siega o reconstruyendo alguna vieja ruina. Lo justo para ganar unas monedas que aliviase el vacío de su bolsa y le permitiesen continuar el camino. Así transcurrió un mes de viaje hasta que llegó a la joya del Adriático, la enseñorada Venecia, donde su búsqueda terminaría, de una forma u otra.

Le sorprendió que estuviesen esperándolo.

Había hombres del dogo con libreas y trompetas en el camino esperando al hombre sin corazón, el viajero errante que perseguía un sueño, aquel que había recorrido Europa y del que varios artistas habían compuesto alguna obra que había encantado al vulgo. Alguien le preguntó si lo había visto en los caminos y Mischoll negó con la cabeza guardando una queda sonrisa para sí. Meditó sobre la capacidad del ser humano para inventar historias y embellecer algo que tenía poco de hermoso pues le asombraba que pudiesen idealizarle hasta el punto de descartar que el sucio y cansado caminante que llegaba a Venecia era el legendario hombre sin corazón que había recorrido Europa buscando la solución a su problema.

Se adentró en la ciudad caminando entre una multitud que oteaba el camino que él dejaba a sus espaldas, esperando ver llegar a la versión idealizada de Mischoll que cada uno había imaginado. Paseó por las calles llenas de gente expectante y cogió una góndola cuyo dueño le propuso hacer una ruta por la ciudad, como le provocaba una extraña gracia el ajetreo en el que estaba sumida decidió disfrutar de este. Le llevó bajo el Ponte dei Sospiri y le explicó que, en contra de lo que le diría la mayoría de sus conciudadanos, los verdaderos venecianos sabían que tenía ese nombre por los suspiros que habían emitido el centenar de damas que contemplaron desde allí como Casanova era encerrado en el Piombi. También lo llevó bajo el Rialto y por el Puente de los Tres Arcos explicándole anécdotas de su construcción, las sucesivas reformas que luchaban contra la decadencia a la que estaban condenados, las personalidades que los habían recorrido y los duelos al anochecer que se habían celebrado hasta que el Corso los prohibió.

Bajo el Ponte delle Tette volvió a sonreír. Varias mujeres contemplaban los barcos, enseñando sus encantos y ofreciendo cariño por monedas con un amable desparpajo que hasta a él, quien había recibido propuestas similares en los puertos de media Europa, le sorprendió.

—Dicen que hasta el viajero sin corazón viene a Venecia a buscar consuelo con una de nosotras. ¿Qué te parece eso, viajero?

Mirando el rostro sonriente de aquella mujer que lo contemplaba desde el puente descubrió por primera vez que podía bromear sobre su pecho vacío.

—Me parece que cuando llegue notará como le crece uno nuevo para poder amaros.

La mujer le dedicó una pícara sonrisa.

—¿Y no querías adelantarte a él? También dicen que es un hombre de gran fortuna. Tal vez me enamore de él y me saque de las calles y tú pierdas la ocasión. Sería una pena que los remordimientos te persiguiesen toda la vida.

Mischoll notó cómo el barquero frenaba la velocidad de la barca y por un instante estuvo tentado de aceptar y comprobar a qué sabían los labios de aquella mujer que tan dulces sonaban en sus oídos, pero terminó negando con la cabeza antes de despedirse con un gesto de su gastado sombrero.

—Ojalá ocurra, mi señora, pero yo debo rechazar la oportunidad. No podría dejar que me comparaseis con un hombre legendario.

Después, mientras el puente y la mujer se hacían cada vez más pequeños y notaba un viejo pinchazo en el vacío de su pecho le dijo al barquero.

—No tengo más tiempo que perder. Vamos a Murano, el maestro vidriero me espera allí.

II

Notó el olor a humo de la isla antes de pisarla. Las calles estaban tranquilas pues supuso que a esas horas los clientes que usualmente las recorrían se encontrarían esperando su llegada en la propia Venecia. Se acercó a un muchacho que estaba limpiando un recipiente agachado en los escalones que bajaban al canal silbando con desgana una tonada triste.

—Busco a un maestro vidriero —le dijo—, uno que dicen que curaba corazones en una vida anterior y que ahora importa arena del desierto de Egipto.

El muchacho estaba tan concentrado en su tarea que no le había visto. Dio un respingo y la vasija casi se le cayó al agua. Sorprendido dejó de silbar la melodía que salía de sus labios y alzó la mirada con rapidez, abriendo mucho los ojos.

—¿Eres tú? ¿El viajero sin corazón?

—Lo soy.

—Toda la ciudad te está esperando.

Mischoll negó con la cabeza.

—No es a mí. Buscan a alguien más alto, más ilustre y supongo que con la bolsa más llena—le contestó con una sonrisa.

El chico no entendió el significado de sus palabras pero asintió igualmente.

—¿Cómo es?

—¿El qué?

—Ya sabes —dijo señalándose el pecho—, vivir sin corazón.

Mischoll pensó su respuesta unos instantes.

—Duro. ¿Quieres a alguien de tal forma que es lo primero que piensas por la mañana y lo último al acostarte? ¿Lo haces con tanta fuerza que crees que no podrás resistirlo?

—Sí —contestó el muchacho mientras una sombra surcaba su rostro.

—Pues yo no puedo hacerlo.

Cayó un silencio entre ambos. Mischoll volvió a tomar la palabra.

—El maestro... ¿sabes a quién me refiero?

—Sí, todo el mundo lo conoce. Pero él se ha burlado de las historias. Dice que son todo mentiras, que nadie podría vivir sin corazón en el pecho.

—A veces los maestros se equivocan.

Una sonrisa alegró los rasgos del chico.

—Sigue esta calle y lo encontrarás. Es el único taller que no ha cerrado para ir a recibirte.

Mischoll le lanzó una moneda y comenzó a andar en esa dirección, pero antes de que se alejase el muchacho le adelantó.

—¿Cómo lo hicieron? ¿Te dolió? ¿Podrían hacérmelo a mí también?

El viajero se alarmó por aquellas palabras, pues no habían sido dichas con miedo sino con un oscuro anhelo. Miró al muchacho a los ojos y allí vio el dolor que se ocultaba en su interior.

—Supongo que podría y jamás volverías a sentir la agonía del desamor — Guardó silencio un instante—. Pero tampoco volverías a amar. Ni aunque te amasen, ni aunque lo desees con todas tus fuerzas, ni aunque lo supliques en la oscuridad de la noche sabiendo que la persona que comparte tu lecho te entrega algo que tú ya no le puedes dar.

—No quiero amar a nadie más si no puedo tenerla a ella —le replicó el muchacho.

Mischoll asintió y puso la mano en el hombro del muchacho. Cuando había comenzado su viaje tendría más o menos su edad y su altura. Los viajes le habían hecho crecer y le habían dado un destello de sabiduría que alguien tan joven no podía tener.

—Ahora no quieres, pero querrás. Tal vez sea una pequeña pintora que venga a narrar mediante un lienzo la belleza de la ciudad, tal vez sea una mujer de tierras exóticas que necesite ser amada con más fuerza de la que necesita amar, tal vez una arqueóloga que busca su destino, o tal vez una dama del

Ponte delle Tette. No lo sé, pero te aseguro que querrás: querrás tener un corazón que darles, aunque sea uno dañado en la juventud, pues todos los corazones tienen esas heridas y siguen latiendo. Te lo aseguro.

Descubrió que estaba apretando con fuerza el hombro del muchacho que lo escuchaba boquiabierto. Le cogió de la mano y le apoyó un dedo sobre el pecho.

—Esto es lo más hermoso que podrás regalar a nadie. Guárdalo en tu interior y no dudes en concederlo cuando vuelvas a amar. Solo hay una cosa más triste que tener vacío para obsequiar y es no querer entregar tu corazón por miedo al dolor.

Lo soltó y esta vez sí se alejó en dirección al taller dejando al muchacho mirando en silencio su espalda. Cuando ya estaba lejos, Mischoll sonrió al escucharle silbar una tonada algo más alegre que la que había estado entonando cuando había llegado.

III

Al entrar en el taller el hedor de los fuegos y el metal saturó sus sentidos, así como el calor cubrió su piel de una película de sudor. De aquí para allá corría gente atareada vestidos con mandiles de cuero, cargando extraños instrumentos cuyo propósito le parecía un enigma. Un anciano tan flaco que parecía un esqueleto observaba a un aprendiz con la mirada cargada de severidad, evaluando cómo este moldeaba soplando desde un extremo de un largo tubo un vidrio tan caliente que era de un reluciente naranja. Después, cuando ya tenía forma alargada, el aprendiz comenzó a girarlo mientras estilizaba su silueta con unas largas pinzas metálicas. Era tan bello e hipnótico aquel proceso que durante unos minutos Mischoll los contempló, tan fascinado por su trabajo como por la concentración que ambos destilaban. Incluso las gotas de sudor parecían respetarles y caían con lentitud para no interferir en la tarea; una relució durante instantes a la luz de las llamas bajo la nariz del viejo antes de precipitarse hacia el suelo como una solitaria joya.

Finalmente el alumno liberó un suspiro y tendió las pinzas con expectación mientras el vidrio se enfriaba y perdía el tono anaranjado, revelando por fin a Mischoll que el fruto de sus esfuerzos era una hermosa copa veneciana decorada con un león alado. El maestro la cogió con la seguridad que daba una vida de trabajo y la acercó a sus ojos brillantes bajo el ño fruncido para después alejarla contemplándola desde otro ángulo. El aprendiz no apartaba sus ojos del rostro de su superior y Mischoll se descubrió aguantando la respiración tanto como él.

Tras un largo escrutinio la mirada del anciano se hizo menos rigurosa y asintió levemente mientras tendía la figura de vuelta al aprendiz, que ahora sonreía; sin embargo volvió a adoptar un aire severo cuando se percató de la presencia del intruso que los contemplaba.

—No atendemos pedidos aquí.

Mischoll negó con la cabeza y una queda sonrisa adornó sus labios en actitud conciliadora.

—No vengo a encargarle nada.

Pareció que el hombre iba a replicarle, pero antes de que las palabras brotasen de sus labios cambió de idea. Asintió con lentitud y dio una palmada al aprendiz en el hombro para que se marchase.

—No creía que fueses real, pensé que eran invenciones de la gente— confesó con una voz que súbitamente se entristeció—. Aunque has hecho el viaje en vano. Eso pertenece a otra vida, ya no me dedico a ello.

Mischoll levantó las manos hasta su pecho y desabotonó la camisa mostrando la cicatriz que tenía en su piel. El viejo artesano contuvo el aliento y crispó sus dedos, después dio un paso adelante y extendió una mano hasta que la punta de sus cálidos dedos recorrió aquella marca singular.

—¿Cuánto tiempo?—preguntó con voz embargada por la emoción.

—Casi seis años.

Frunció el ceño y arrugó la nariz.

—¿Quién lo hizo?— inquirió sin mirarle, totalmente concentrado en su estigma.

—Prefiero no hablar de ella.

El maestro levantó el rostro y le miró a los ojos. Mischoll sintió que escudriñaban en su interior.

—Muy bien, vamos abajo.

Y abrió una pequeña puerta que antes había permanecido inadvertida. Tras ella aguardaba una escalera envuelta en la oscuridad por la que ambos bajaron. Al fondo había luz y tras la lenta bajada palpando en la oscuridad Mischoll se encontró en una pequeña estancia aún más caliente que la superior debido a un pequeño horno de trabajo en el que un muchacho que apenas le dirigió una leve mirada desinteresada trabajaba.

El anciano se dirigió hacia el armario que hacía juego con el sólido escritorio y sacó una botella de vino y dos vasos, pero Mischoll no le siguió, se había quedado maravillado mirando las paredes repletas de baldas de madera en las que había innumerables piezas de brillante cristalería. Animales transparentes se agolpaban observándole desde sus repisas; habría miles y todos eran diferentes y de una maestría exquisita.

El maestro lo sacó de su estupor con un carraspeo y plantándole una copa en las manos. El sabor fuerte del vino contribuyó a aumentar aún más el calor de la estancia.

—No te preocupes por el chico, ya estaba aquí cuando yo era un aprendiz. Apenas nos presta atención y casi nunca habla. Ahora muéstramela otra vez.

Se descubrió de nuevo la cicatriz y con un interés tan científico que era desagradable, el maestro la examinó durante largos minutos. La situación le

recordó a los diferentes doctores que había visitado: el médico rural de Poitiers, el doctor en París, el trágico doctor Einstein... Todos ellos lo habían examinado y ninguno de ellos había podido ayudarlo.

Intentando escapar de la incomodidad, la atención de Mischoll volvió a las fantasías que poblaban las paredes de la habitación. A un lado aquel silencioso joven que no podía tener la edad que aparentaba se encontraba ensimismado en dar forma a un masa de cristal al rojo recién extraída del horno.

Con un carraspeo satisfecho el anciano se apartó de él y se rellenó la copa.

—¿Cómo viniste aquí?

—Me dijeron que podría ayudarme.

El aludido paladeó el vino y después lo tragó negando con la cabeza.

—No he preguntado por qué, sino el cómo. Quiero saber de tu viaje.

—Es una larga historia.

El maestro sonrió.

—Todas las buenas lo son. Además tenemos tiempo, vino y nada mejor que hacer —dijo sentándose tras el escritorio—. Algunos corazones rotos se curan con tiempo, otros con palabras. Seis años hace que desapareció el tuyo: demos un intento a las palabras allí donde el tiempo ha fallado.

Durante horas Mischoll habló narrando su vida en Poitiers, el robo y el año vacío que vino después, la visita al médico y el viaje a París donde

tampoco pudieron ayudarlo, la visita al doctor Einstein y el año de esperanza que terminó amargamente. El retorno al hogar y cómo no pudo detenerse y continuó viajando al sur hasta que vio el mar, la vida de marino, la estancia en la isla de la antigua hechicera y el hombre convertido en pantera, un amanecer en el Pireo que le había hecho llorar, Alejandría, el Nilo y Memphis, las galletas de compasión que no había querido tragar más tiempo, la desesperanza que le embargó cuando el sacerdote no pudo ayudarlo. Los días grises que siguieron hasta que escuchó la risa conocida en Creta y vio el rostro de Paola al otro lado de la terraza. Incluso le habló de su llegada a Venecia y lo divertido de encontrar la población tan ajetreada por su llegada que no le habían reconocido.

Observándolo con aquellos ojos pensativos, el anciano lo escuchaba en silencio. Cuando hubo terminado su historia paladeó un nuevo trago del vino que no había vuelto a tocar.

—Me has hablado de lo que ocurrió pero no de las personas. Creo que deberías rellenar esos huecos.

Mischoll tomó aliento y lo dejó ir con lentitud. Cerró los ojos y compuso todos los rostros. Sabía que iba a dolerle pero al empezar a hablar de nuevo se sorprendió al descubrir que no lo hacía tan fuerte como antaño.

Empezó por sus padres, quienes le habían dado la vida, querido incondicionalmente y educado creando las bases de quien se había convertido. Continuó rememorando a las mujeres que en su infancia le habían enseñado palabrotas, tanto las alegres que viajaban a París como las tristes y dolidas que retornaban de ella. Le habló del viejo húsar que le había cogido cariño y que lo salvaría de sí mismo años más tarde. Del doctor que le atendió en primer lugar. Del señor Jordrette y su familia, de los ojos de la pequeña Eponine, la primera que le había preguntado si le dolía la falta de corazón. Le habló de la pequeña pintora a la que no se había atrevido a hablar. Del doctor de París y de su colega el doctor Einstein que enviudó muy joven y murió en el

lejano norte. De Alejandra, tan morena y exótica, hecha para bailar, reír y para ser amada por un hombre que no era él. Del estibador que le dio tal paliza que lo dejó por muerto y en ese momento se sorprendió deseando que ambos hubiesen sido felices juntos. Le habló del amable capitán y su hermosa familia; también de la bruja de la isla y su sombra, la pantera, un marinero encantado tan enamorado de ella que estaba condenado a acompañarla toda la eternidad en una espera por un hombre que había muerto hacía milenios. Después pasó a cosas más alegres y le habló de Paola de su risa y su poesía y de su separación, de las conversaciones con el barquero y el cocodrilo, para pasar al instruido sacerdote del templo y el sabio mercader del desierto, ambos maestros de unas oscuras artes que harían bien en desaparecer, y poseedores de un conocimiento que todo el mundo tenía, pero del que pocos querían ser conscientes. Incluso le habló de la charla con la cortesana del puente y del joven herido de amores que había encontrado al llegar a Murano y cómo le había aconsejado dándose cuenta que quizá sus viajes le habían enseñado algo.

Y en todas sus palabras aparecía ella, una imagen del amor que le había regalado, las esperanzas de las que había disfrutado, los sueños de futuro que había acariciado y también del dolor que le había otorgado. Se sorprendió todavía más al detectar algo extraño en su interior mientras hablaba, ¿gratitud? No podía ser, ¿o sí?.

IV

Una vez hubo terminado ninguno de los dos habló y permanecieron mirando las sombras mientras el joven que los acompañaba continuaba concentrado en su tarea y canturreaba para sí una antigua canción pasada de moda. Finalmente con un suspiro el anciano artesano dejó el vaso sobre la mesa al tiempo que negaba con la cabeza.

—Yo solo hago espejos, ¿por qué crees que podría ayudarte?

Por un momento recordó Memphis y la entrada del templo, las pruebas que hubo de superar para que el sacerdote le respondiese. Pero aquella vez no había doblez tras el rostro que tenía delante.

—Imagino que la gente le compra pequeños espejos antes que preferirlos grandes.

El artesano sonrió con franqueza y le hizo un gesto con la mano invitándole a continuar.

—La gente prefiere ver pequeñas partes de sí antes que verse entero. Existen zonas que no queremos mostrar a los demás, incluso a nosotros mismos —Las palabras se apresuraron, pugnando unas con otras por salir—. Yo he viajado medio mundo buscando a alguien que me curase, buscándola a ella para exigirle mi corazón cuando debería haberme ocupado de cerrar mi herida.

Quedó callado, dolido por la sinceridad de unas palabras de las que había huido durante seis largos años.

—Yo solo hago espejos —repitió el artesano señalando uno enorme que había en la pared—, depende de las personas utilizarlos.

Sin necesidad de decir una palabra más, Mischoll se levantó y con paso lento se acercó al espejo, mientras abría por tercera vez la camisa en ese día. Sus dedos no querían colaborar, así que terminó arrancándose un botón. Sus pies no se movían, así que los arrastró hasta allí, y su barbilla parecía pesar tanto como su dolor, por lo que tuvo que recurrir a toda su voluntad para levantar los ojos y contemplar la marca de su pecho.

La había visto de reojo mil veces, pero era la primera vez que dedicaba tiempo a examinarla desde aquel fatídico amanecer en Poitiers, hacía ya tanto tiempo. Se sorprendió. Era una cicatriz rosácea y brillante a la luz del horno pero no aquella cosa desagradable que casi lo había matado. Con lentitud sus manos subieron hasta ella y la tocó. La sensación fue tan extraña que le provocó un respingo.

Había esperado dolor, un azote recorriendo su pecho, pero por el contrario había sentido calor y un cosquilleo tan sutil que curvó sus labios en una tenue sonrisa. Movié los hombros y la marca subió y bajó con ellos. Poco a poco tomó conciencia de que era parte de él; no la más bonita, pero tan suya como la creciente sonrisa o la mirada de sorpresa que tenía en el rostro.

La tocó una vez más, fascinado por aquella sensación y notó algo todavía más extraño: su pecho estaba caliente y no solo por el vino. Algo bajo la cicatriz acariciaba la punta de sus dedos con un movimiento rítmico. Se giró mientras la conciencia de ese movimiento lo disparaba en un batir apresurado, como el que le había referido en su carro el señor Jordrette–Thenardier que habían sonado los tambores en el campo de batalla de Waterloo. A su espalda el extraño e imposible muchacho lo miraba con una beatífica sonrisa en el rostro. Después alzó las manos y depositó un obsequio en las suyas. Mischoll contempló un corazón de cristal, modelado como una joya.

—Es lo curioso de las brujas —dijo el artesano mientras servía una última copa apurando la última reserva de la botella—. Solo tienen el poder que nosotros queramos darles.

Un hombre cambiado había llegado a la ciudad y un hombre consciente de su cambio salió de esta. Las gentes aún miraban la lejanía esperando al viajero sin corazón, pero algunos ya comenzaban a murmurar que les habían tomado el pelo y que tal hombre no existía pues no se podía vivir sin corazón. Mischoll no pudo sino darles la razón sonriendo pues ahora sabía que aquello era cierto, que solo su renuencia a examinar su pecho, a sí mismo, a su alma, le había impedido hasta entonces volver a tener un corazón en su interior.

Pensó en embarcar y volver a casa lo antes posible, pero antes necesitaba ver un poco el mundo con aquella perspectiva y disfrutar del viaje, pues aunque todo parecía seguir siendo igual, en su fuero interno notaba que algo había cambiado. La luz era más brillante y los sonidos más claros, el aire entraba mejor en sus pulmones y sus labios se curvaban en una sonrisa por cualquier nimiedad con una frecuencia mucho mayor que antaño. Antes que él llegaría la carta que había escrito, incapaz de aguantar las buenas noticias.

«Queridos papá y mamá...

¡Tengo un corazón! Os lo diré de nuevo porque ni yo mismo lo creo. ¡Tengo un corazón! Me dan ganas de gritarlo. ¡TENGO UN CORAZÓN!

Bajo la cicatriz de la piel de mi pecho late con fuerza, ¿quién sabe cuánto tiempo llevaba haciéndolo? Tal vez años pero no tenía el valor de enfrentarme a la vieja herida y comprobar su estado.

Solo tuve que viajar por medio mundo para darme cuenta que la solución estaba al otro lado de un espejo.

Tal vez hayáis escuchado historias sobre mí, en Venecia era toda una leyenda a la que mi figura no hizo justicia pues no fui reconocido. Me resultó divertido escuchar algunas y caminar entre gentes que me preguntaban si me había visto a mí mismo.

En fin, dejo mis anécdotas para cuando os vea, que va a ser muy pronto, ya que me dirijo hacia allí. Cuento los días para veros y cada vez son menos.

Mischol, vuestro hijo, que por fin vuelve a casa.

PD: ¡Tengo un corazón con el que quereros aún más!»

EPÍLOGO

Rondaría mayo cuando Mischoll se adentró en los bosques de Lombardía. Los animales correteaban festejando el buen tiempo, los árboles eran tan verdes que parecían esmeraldas y los pájaros cantaban en busca del amor.

En su andar llegó a una pequeña cabaña en el claro de un bosque. Un niño jugaba afuera persiguiendo mariposas y por un momento creyó haber estado ya allí con anterioridad, pues el pequeño le era extrañamente familiar.

Solo cuando este se detuvo en su loca carrera y le miró, se rompió la idílica sensación de irrealidad. Sus rasgos eran los de quien tanto daño le había hecho. Su recientemente descubierto corazón latió con fuerza y un lacerante dolor que ya creía olvidado rasgó su pecho otra vez.

La primera intención fue marcharse de allí, pero los ojos del niño, abiertos por la sorpresa, le tenían hipnotizado. Sin dejar de mirarle, el muchacho abrió la boca mientras retrocedía.

—¡Mamá!

Y antes de que Mischoll pudiese hacer nada, la puerta de la cabaña se abrió.

El tiempo había sido benévolo con ella. Llevaba otros ropajes, el pelo diferente y para Mischoll esas pequeñas diferencias avivaron el dolor de la herida. Y sin embargo...

No era el dolor desgarrador de la separación, ni la agonía en la que había vivido durante los años de vagabundeo por el mundo. Era un pesar triste, pero que no le impidió sonreír.

Entonces ella, hasta entonces cegada por el fuerte sol del claro, lo vio y abrió los ojos desmesuradamente mientras estrechaba al asustado pequeño entre sus brazos.

Mischoll se acercó, apenas un par de pasos, una acción sencilla que había deseado largo tiempo por una razón equivocada y se detuvo ante ella. No perdió la sonrisa, sino que aturdido por el miedo del niño, hizo un esfuerzo en llenarla de confianza para tranquilizarlo.

—Ha pasado mucho tiempo.

Las palabras sonaron artificiales, forzadas, muy diferentes del mensaje que había imaginado en tantas noches de desesperación. Pero en cierto modo fue mucho más satisfactorio.

—Mucho tiempo —repitió ella, tan sorprendida y asustada como él.

Un samovar silbó en el interior de la casa.

—¿Quieres pasar?—preguntó ella.

—Me encantaría una taza de té.

La acompañó dentro. Era una buena cabaña de piedra y madera, decorada con sencillez y objetos de sitios diversos que Mischoll había conocido en sus viajes. Había una buena colección de libros en estanterías y sobre la alfombra que adornaba la estancia descansaban varios juguetes caídos cuando la atención del niño lo llevó fuera. Ella levantó la tetera del samovar caliente y sirvió la aromática infusión en dos decoradas tazas de cerámica. Mischoll se lo agradeció y levantó la suya disfrutando de su fragancia y calor.

La tenía delante y no sabía qué decir. El tiempo, la distancia, el dolor y el reciente descubrimiento de su corazón habían alejado demasiado al Mischoll actual de quien había sido antes y todo lo que había fantaseado en el pasado con decirle ahora eran palabras muertas que no diría.

—Me alegra ver que estás bien —comenzó ella.

Una frase sencilla con la que se iniciaban muchas conversaciones pero que en sus labios resultó desagradable al joven, quien por un instante se descubrió mirando los armarios de la cabaña, preguntándose si aún conservaría su corazón. Y durante un momento el cielo se tornó oscuro y palabras asomaron con negras alas en su corazón. El dolor volvió, pero apenas recordaba siquiera la vieja tortura de antaño.

Después el sol volvió a salir, y aquellas negras palabras se disolvieron en la nada mientras él le dedicaba una sonrisa que no era exclusivamente para ella.

¿De qué hablaron? Dejémosle ese conocimiento a ellos, pues sólo para ellos eran sus palabras- Nos contentaremos diciendo que hablaron durante horas, en voz baja mientras ambos miraban a través de la ventana al pequeño que jugaba persiguiendo mariposas.

No le echó en cara nada en todo el tiempo que pasaron juntos, y durante la

despedida, extrañamente amarga, simplemente dijo:

—Nadie te querrá nunca como lo hice yo.

Y ella entendió que él no hablaba del tamaño del amor y que no se comparaba con nadie de los que había habido ni de los que vendrían después.

Cuando Mischoll se alejó de allí dirigió sus pasos al oeste, espoleado por el deseo de encontrarse con unos padres que hacía seis largos años que no veía. No pensaba en qué haría a continuación: se quedaría con ellos durante uno o dos años intentando compensarles por su ausencia y después ya vería.

El mundo era un lugar enorme y lleno de atracciones para un hombre con un fuerte corazón latiendo en su pecho.

ACERCA DEL AUTOR



Nací en 1982 en Zaragoza (España). Estudié Psicología y comencé a trabajar en Recursos Humanos hasta que me di cuenta que me gustaban más los humanos que los recursos. Gracias a ello emprendí en el campo de la Psicología Sanitaria sin perder nunca el contacto con la literatura ya que he trabajado desarrollando guiones para proyectos culturales y herramientas educativas.

Si quieres darme tu opinión sobre *El viajero sin corazón* o ver el desarrollo de nuevos proyectos no dudes en escribirme a miguelangelfeallue@gmail.com, en redes sociales o visitando plumaytecla.wordpress.com.

También quiero aprovechar y pedirte que la valores en Amazon para ayudar a futuros lectores.

¡Muchas gracias!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



La dama roja es un homenaje a los cuentos clásicos en forma de novela donde Étienne, un talentoso artista francés habituado a la buena vida en la corte, se ve obligado a dejar atrás todas las comodidades tras caer en desgracia por un lío de faldas y viajar por los bosques franceses buscando sustento a través de sus canciones.

Una oscura noche ve su camino unido al de una misteriosa mujer que porta una capucha roja y una espada negra con la que le salva la vida de una bestia surgida de los cuentos infantiles.

A su lado comenzará una extraña búsqueda de la que sabe muy poco, en la que descubrirá que los cuentos de hadas tienen un trasfondo espeluznantemente real.

[EN AMAZON.](#)

